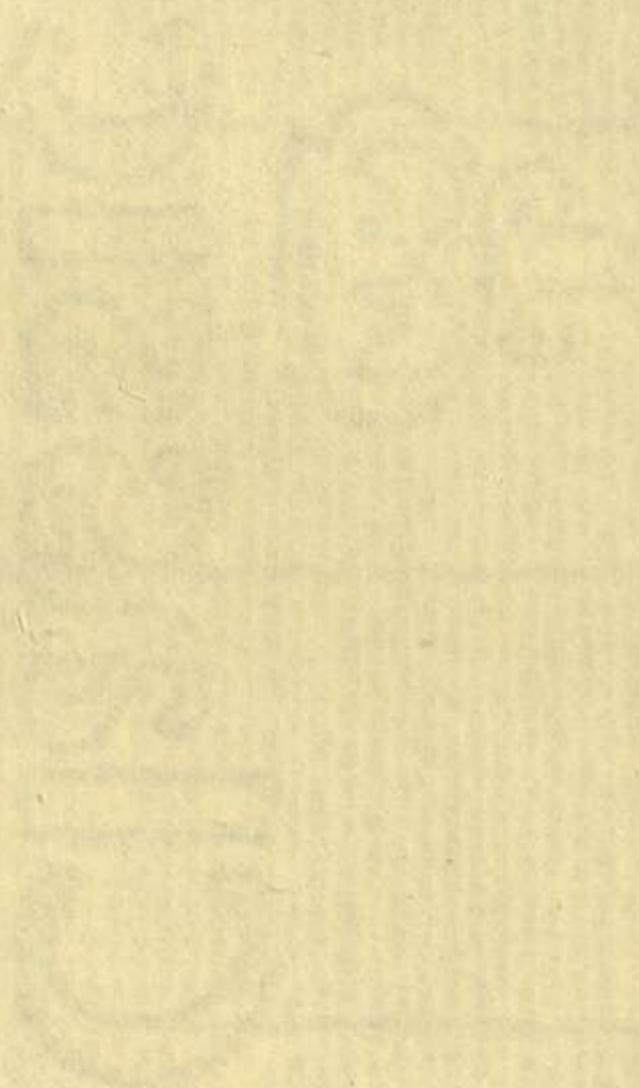


ATENEVA

1931

71-74

PH



Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

Manuel Rojas.	<i>Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo.</i>
Adolf Meyer Abich.	<i>Investigación y enseñanza. I.</i>
Arturo Zúñiga.	<i>Poemas.</i>
E. Solar Correa.	<i>Lasserre y el romanticismo.</i>
Raúl Silva Castro.	<i>Fragmentos.</i>
Jaime Torres Bodet.	<i>Cercanía de López Velarde.</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Roberto Meza Fuentes.	<i>Apología del espolique perfecto.</i>
René Dumesnil.	<i>La música en Francia.</i>
Rafael Cabrera Méndez.	<i>Dos mujeres y un rey.</i>
Luis E. Heysen.	<i>Biología de Bélgica.</i>
Abel Valdés A.	<i>Bolívar desde España.</i>
Salomón Wapnir.	<i>La crisis de cultura en la literatura chilena.</i>
Alfa.	<i>Asonancias y disonancias.</i>

LOS LIBROS—LAS REVISTAS

(Sumario detallado a la vuelta.)

SUMARIO

Año VIII

Enero de 1931

N.º 71

	PÁGS.
MANUEL ROJAS.	Imágenes de Buenos Aires. Ba- rrio Boedo. 1
ADOLF MEYER ABICH.	Investigación y enseñanza I. 13
ARTURO ZÚÑIGA.	Poemas. 32
E. SOLAR CORREA.	Lasserre y el romanticismo. 38
RAÚL SILVA CASTRO.	Fragmentos. 53
JAIME TORRES BODET.	Cercanía de López Velarde. 63

HOMBRES IDEAS Y HECHOS

ROBERTO MEZA FUENTES.	Apología del espolique perfecto... 80
RENÉ DUMESNIL.	La música en Francia. 90
RAFAEL CABRERA MÉNDEZ.	Dos mujeres y un rey. 94
LUIS E. HEYSEN.	Biología de Bélgica. 97
ABEL VALDÉS A.	Bolívar desde España. 105
SALOMÓN WAPNIR.	La crisis de cultura en la litera- tura chilena. 113
ALFA.	Asonancias y disonancias. 119

LOS LIBROS

GEOGRAFÍA:	
Catalunya a les Mars.—Ricardo A. Latcham.	123
La isla mágica.—Manuel Rojas.	126
HISTORIA:	
El otoño de la Edad Media.—R. C. M.	127
Esplendor y ocaso de los Romanof.—R. S. C.	128
POESÍA:	
El alba frágil. Abel Valdés A.	129
CIENCIAS SOCIALES:	
Esquema de una situación económico social de Ibero-América.— Raúl Silva Castro.	130
El terror en América.—Manuel Seoane.	133
PEDAGOGÍA:	
Cómo educa la nueva Escuela Chilena.—R. C. M.	134
NOVELA:	
Más Afuera.—Ricardo A. Latcham.	135
LITERATURA:	
Scrittori del Tempo nostro.—Abel Valdés A.	138
PSICOLOGÍA:	
El Concepto de la Angustia.—R. C. M.	139
LAS REVISTAS:	
Sobre Angel Sánchez Rivero.—Proust y la Música.—Ariel.	141

MADERAS DE MARTA VILLANUEVA.

El papel empleado en esta Revista es chileno y fabricado por la
Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones.

ATENEIA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina — Luis D. Cruz Ocampo
Raúl Silva Castro — Félix
Armando Núñez

008 (83)(05)

ATENEIA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otras países del mundo.

ATENEIA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre 14.00

En las provincias, de Chile y en Bolivia,
recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto
Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista, ATENEIA mantiene una oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8. Esta oficina funciona todos los días hábiles de 14 a 19 horas.

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO

AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado, 583

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

INDICE

ORGANO del GRUPO INDICE

Mensuario de cultura
actual, información,
crítica y bibliografía.

DIRECCION POSTAL:

Clasificador 24-A. - SANTIAGO

CHILE

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar
sobre la aplicación del Cine a la
educación en cada una de sus ra-
mas (universitaria, primaria, se-
cundaria, agrícola), así a la cien-
tífica como a la popular, y a la
higiene social. Se publica en cin-
co ediciones: inglesa, francesa,
italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia -ROMA

Suscripción por un año a la
edición española: dólares 4;
pesos chilenos, 32.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AME-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

* *

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de
Ciencias Sociales y
Letras, fundada
en 1918.

Director Fundador:

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176.

LIMA - PERU

Revista Chilena

PUBLICACION MENSUAL

Diplomacia,
Historia,
Artes,
Letras.

FUNDADOR;

Enrique Matta Vial

DIRECTOR:

Félix Nieto del Río

DIRECCION POSTAL: CORREO 8,
SANTIAGO DE CHILE

Suscríbese Ud. a

ATENEA

consagrada en Chile y fuera de Chile como la
mejor revista chilena.

PRECIOS DE SUSCRIPCION A CONTAR
DESDE EL 1.º DE ENERO DE 1931.

Un año..... \$ 28.00
Seis meses..... 14.00

Para las provincias de Chile y
para Bolivia estos precios ten-
drán un recargo de dos pesos
anuales para franqueo.

Suscripción en países extranjeros, excepto
Bolivia, cuatro dólares anuales o su equiva-
lente según el país.

Número atrasado de la Revista, tres pesos.

Las suscripciones se reciben en el Edificio de la Mu-
tual de la Armada y Ejército, 2.º piso, oficina 8, Santia-
go y en la Secretaría de la Universidad de Concepción.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII — Santiago, Enero de 1931 — Núm. 71

Manuel Rojas.

IMAGENES DE BUENOS AIRES

BARRIO BOEDO

PRÓLOGO BREVÍSIMO

ESTAS líneas no tienen sino un objeto: fijar fuera de mí, antes de que el tiempo los desvanezca definitivamente y de modo que perduren más que mí mismo, los recuerdos de una época de mi vida y de la vida de mi ciudad natal. Esta vida de mi ciudad natal que intento describir, lo sé, es sólo una parte ínfima de ella, tal vez la menos importante, quizás la que no interesa a nadie más que a mi corazón. Pero no importa. No trato de hacer peligrar la estabilidad de un concepto histórico ya mineralizado. Pretendo hacer, más que una exposición de mi vida muerta y más que un retablo inanimado de hechos trascendentes, una imaginaria de los viejos años de mi barrio nativo. Tal es lo que me propongo, tal es lo único que en este instante me interesa.

NAZCO; PERO ESTO NO TIENE IMPORTANCIA

De mis primeros días del barrio Boedo no conservo

reflejo alguno. Son días como espejos desocupados. Sé que nací en una casa situada en la calle Maza, entre Estados Unidos e Independencia; pero ignoro en qué acera estaba ubicada, cómo era y quiénes, además de mis padres, vivían allí. Estos, que podrían refrescar mi memoria, han muerto. No me queda, pues, más que una fecha y una dirección insegura. Reconozco que es poco, pero no hay más y podría haber menos. Después de mi nacimiento transcurren varios años, dos, tres, cuatro, en que no hallo sino visiones de viaje. Mis padres eran un poco vagabundos, como yo lo he sido. Volví al barrio Boedo cuando mi cerebro era ya capaz de absorber recuerdos y de guardar imágenes. Pero... Mi primer recuerdo es este: partimos tres del barrio Boedo; volvimos sólo dos. Mi padre había quedado en Chile, muerto. No es un buen principio, pero no hay otro.

Y AQUÍ EMPIEZAN LAS IMÁGENES

La primera está vestida de verde. Frente a mi casa, Estados Unidos entre Castro Barros y Castro, un alfalfar ocupaba casi toda la manzana; apenas cedía una faja de tierra a la hilera de casas que daban frente a la calle Europa. Pero el color de esta imagen no es uniforme. Inopinadamente, cuando menos lo esperábamos, otro color, un color violado, amanecía tendido sobre el verde mineral de la mielga. El alfalfar florecía. Encima del violado de las flores, en los primeros días de la primavera, pequeñas manchas móviles, como pequeñas llamas que anunciaran el incendio del verano, flotaban, dándole al campo un aspecto que comúnmente no usaba. Eran manchas amarillas, blancas, violetas, negras. ¿Tal vez las flores, cambiadas de color y de tamaño, danzaban sobre la esmeralda profunda? Eran mariposas. Y en las noches, desvanecidos los siete colores del espectro, muertas o aventadas

las mariposas, un enjambre de luces frías, errantes, encendiéndose y apagándose en la oscuridad, indicaban la existencia del verde anocheado del alfalfar. Luciérnagas. Tucos.

¡Tuco, tuco
¡Pan y queso!
¡Si no venís te rompo un güeso!

¿Cuántas mariposas cacé yo en aquel alfalfar? ¿Cuántas luciérnagas, cogidas allí, me restregué por la frente, pretendiendo hacer con sus fósforos húmedos una diadema de brillantes, y cuántas en los dedos, con la intención de ostentar fabulosos anillos nocturnos? No lo sé. Regresábamos a casa con aspecto de seres que vuelven de excursión a través de una nebulosa estelar. Llevábamos manchas de luz hasta en los zapatos, simulando hebillas.

Considerábamos el alfalfar como nuestro coto de caza. Verdad es que estaba cercado por una triple hilera de alambre de púa, pero verdad es también que esa triple hilera de alambre de púa no tenía nada que ver con nosotros. Además, ¿qué es un alambrado para un niño de seis u ocho años? Tanto como para un pájaro. No se nos ocurrió nunca que ese «campito» tuviera dueño ni nadie nos lo hizo jamás presente, temiendo, de seguro, provocar nuestro asombro, nuestra incredulidad o nuestras risas. Durante dos años pasé la mitad de mis horas en el alfalfar, jugando, cazando mariposas, cogiendo tucos, matando sapos. Era mi jardín, mi plaza de juegos, mi campo de experimentación biológica, mi playa de veraneo.

Pero esta imagen se desvanece y otra avanza. Una noche en que dos muchachos perseguíamos a otro en el alfalfar, vimos que varios hombres salvaban la cerca. Asustados, nos escabullimos entre la mielga, más alta que nosotros. Los hombres pasaron pisándonos casi

y marchaban tan silenciosos, con tal aire de misterio y de decisión, que los tres, locos de terror, dejando que se alejaran un poco huimos como conejos. Pasé la noche soñando con aquellos hombres y al día siguiente, en medio de estremecimientos, oí que el vecino Aniceto decía:

—¿No saben? Anoche han muerto a varias personas en la panadería de ahí enfrente...

Desde este instante el alfalfar tuvo, para nosotros, un atractivo más: su leyenda; pero el juego de la escondida no contó ya con nuestro entusiasmo y la cifra de mortalidad en la estadística de los lampíridos descendió bruscamente.

COLOMBRES

Nos fuimos a Colombres, entre Estados Unidos e Independencia. Pero no olvidé el alfalfar. Iba siempre a visitarlo y los chicos me recibían con afectuosidad de antiguo socios. Cierta vez lo atravesé corriendo, seguido por una bandada de muchachos. Me había escapado del colegio y todo el alumnado me perseguía. Me alcanzaron y nos fuimos a jugar football a las barrancas de Boedo e Inclan.

Es en aquella cuadra de Colombres donde está mi verdadera infancia. En sus aceras, en su calzada, en sus dos esquinas de Independencia, que yo conocía como a mi madre y que conservo en mi cerebro como en un negativo que se puede revelar en cualquier instante, dejé muchos días y muchos años de mi vida. La casa estaba en la acera poniente. No recuerdo el número; pero de la esquina hacia ella había, más o menos, cuarenta pasos, distancia que llegué a recorrer con los ojos cerrados, embocando la puerta, también con los ojos cerrados, sin vacilación. Este automatismo era tan preciso que aun persiste. Seguro estoy de que colocado en la esquina de Independencia, hoy

haría lo mismo. La casa existe, existía por lo menos en 1925, año en que la ví por última vez y en que realicé el experimento con la fijeza de veinte años atrás.

Era una casa limpia, aireada, fresca. Constaba de seis habitaciones y dos patios. En la primera habitación, con ventana a la calle, vivía un sastre socialista que me enseñó a cantar «Hijos del Pueblo». En la segunda, mi madre y yo. Seguía el dormitorio y el comedor de la dueña de casa y luego dos piezas más, pequeñas, habitada la primera por un zapatero italiano de obra fina, barba negra, pálido, silencioso y delgado, y la otra por una anciana francesa, inválida, que decía haber sido millonaria y que en mis tiempos vivía de la caridad de sus compatriotas. El primer patio estaba lleno de plantas florales: jazmines, tacos de reina, buenas tardes, helechos, heliotropos, damas de noche. En el albañal prosperaban flores verdinegruzcas: sapos.

Del barrio Boedo no recuerdo con claridad sino la cuadra de que hablo, la de Independencia entre Colombres y Boedo, una parte de la de Boedo entre Estados Unidos e Independencia, donde en ese tiempo había una estación de tranvías, y la cuadra en que estaba el alfalfar. Lo demás se me ha olvidado, y cuando intento evocarlo aparece en mi mente una pared alta, lisa, manchada de gris con blanco, inmóvil y como sumergida en un agua clarísima.

AQUÍ HAY UN MUERTO; PERO NO ESTOY SEGURO

Un día entre los días las puertas se cerraron bruscamente y los vecinos y los moradores de mi casa desaparecieron. ¿Qué sucedía? Era en 1905. Sobrevino un atardecer oscuro, tempestuoso, y el pampero pasó bramando sobre las azoteas. Yo, que era uno de los más callejeros de mi barrio, fuí llevado de una oreja a la casa. Allí advertí que mi madre estaba seria, que el sastre y el zapatero estaban serios, que todos estaban serios y cuchicheaban entre sí raras palabras. Era ne-

cesario, por lo visto, estar serio. Pero, ¿por qué? Yo necesitaba una razón para estarlo y como no me la dieron, la busqué. En mi casa no sucedía nada. La razón, pues, no estaba dentro, y me fuí a escuchar tras de la puerta, en espera de que los ruidos de la calle me la anunciaran. Pero escuché mucho rato inútilmente. No pasaba un vehículo, un transeunte. Por fin, entrada ya la noche, una turba de hombres desfiló gritando.

—¡Viva la revolución!—escuché.

¡Había una revolución! ¿Cómo eran las revoluciones? Separé un poco las hojas de la puerta y vi que los hombres entraban al almacén y despacho de licores de la esquina. De allí salían cada cierto rato y gritaban:

—¡Viva el partido...!

¿Qué partido era? Se me ha olvidado. Pero la voz de los hombres se empañaba a medida que el tiempo transcurría. ¿Tendrían influencia los despachos de bebidas en el desarrollo de las revoluciones y en la vida y muerte de los partidos políticos? Uno de aquellos hombres salió de pronto y soltó un grito y un tiro. El farol colgado junto a la puerta de mi casa, un modesto farol a petróleo, saltó hecho trizas, apagándose en señal de protesta. Al mismo tiempo, mi madre me envió a la cama. El pampero bramaba sobre las azoteas, corriendo hacia el río con sus largos pasos de morador del desierto. (En verdad, no estoy seguro de que ese viento fuera el pampero, pero los chicos de mi tiempo, influenciados por la poesía popular, llamábamos pampero a todos los vientos). Poco después, otro tiro. Me dormí.

Al otro día oí contar que un hombre, que intentó encender el farol, había sido herido por un tiro disparado desde la esquina y que su cuerpo, desangrándose, permaneció toda la noche frente a mi casa. Al amanecer se lo llevaron, muerto. Yo busqué la mancha de sangre; pero no hallé nada. Por eso he dicho que aquí, en este recodo, hay un muerto, pero que no estoy seguro de que lo haya. Y la culpa no es mía.

CANCIONES

Boedo, en esos tiempos, era un barrio apacible. No existían por allí teatros, los tranvías eran escasos y los cines y los automóviles no aparecían aún, los unos con su campanilleo mortificante y los otros con sus bocinazos. Vivíamos en paz. La edificación, en general, era modesta: casas bajas, antiguas, con aireados patios y frescos zaguanes. Había amplitud. La gente no vivía amontonada y quedaba espacio para las macetas florales, los parrones y los juegos de los chicos. La calle era nuestra, sobre todo la calle Independencia, con sus inmensas aceras y su calzada de cancha de football. No he vuelto a ver en ninguna parte aceras semejantes, y, si las he visto, me han parecido mezquinas comparadas con aquellas. Tal vez esto se deba al crecimiento desmesurado de mi envergadura y al recuerdo de la tranquilidad provinciana de la calle Independencia.

En los atardeceres, en la acera sur de Independencia, entre Boedo y Colombres, nos reuníamos veinte o más niños y tomados de los brazos, formando hilera que iba desde la pared hasta la orilla de la calzada, paseábamos de esquina a esquina, cantando canciones de la época: *La loca del Bequeló*.

Guitarra antigua, tierna cantaba
la triste historia que cuento aquí...

Loca de amor:

Vaga sola en el suelo pampeano
una loca de lánguida faz...

La piedra del escándalo:

Una palomita helada
que el viento había extraviado...

Llenábamos la calle con el eco de nuestras delgadas y pueriles voces, cantando a la luna de Enero o de Septiembre. La hilera iba y venía, procurando mantener la recta; cuando un transeunte amenazaba su continuidad, ondulaba como una cinta, separando, ya la punta que tocaba la pared, ya la que llegaba hasta la orilla de la calzada; una vez salvado el obstáculo recuperaba su dirección insegura y melódica. Aun recuerdo aquellas canciones y muchas veces, en ciertos momentos, aparecen; tienen un sabor lejanamente dulce y los labios no encuentran tropiezo para modular sus palabras, redondas y suaves, aprendidas hace muchos años y no olvidadas. Ignoro si los actuales chicos de ese barrio hacen lo que hacíamos nosotros; tal vez no; la población bonaerense ha subido rápidamente y en las aceras de Independencia la multitud impedirá la formación y el tránsito de aquellas antiguas hileras cantantes, muchas de cuyas voces habrán enmudecido ya para siempre.

En las noches, pequeños órganos aparecían en las esquinas. Tenían formas de piano y eran tirados por caballos petizos. Previo discreto emolumento tocaban las últimas o las penúltimas canciones. Algunos hombres—nosotros les llamábamos «compadritos»—bailaban, haciendo con las piernas raras figuras; parecían paralíticos intentando andar. Ido el órgano y marchados los compadritos, los niños parodiábamos los bailes en medio de carcajadas. El órgano nos proveía de motivos musicales. Era nuestra radio ambulante.

ESPACIO

No puedo pensar en Buenos Aires sin percibir una sensación de espacio: longitud, latitud, altura. Alguien me dijo una vez que Buenos Aires era un hoyo. Tal vez, estimado desde el centro de la ciudad, pueda parecerlo; mirado desde lejos, desde aquí, por ejemplo, no lo pa-

rece. Sobre las casas bajas el cielo estaba alto, azul algunos días, tempestuoso otros, color de viento y de lluvia; los relámpagos fulguraban arreando el temporal. Mi sensación de espacio se debe, en primer lugar, a las avenidas que reparten la multitud por los diversos barrios. Lo que más recuerdo de las ciudades son sus avenidas. Siendo anchas y numerosas las de mi ciudad natal, la sensación de latitud es simultánea al recuerdo. En segundo lugar, a la forma achaparrada de la edificación no central—achaparrada si se toma en cuenta la superficie de la ciudad—, edificación que no interrumpe la perspectiva y que deja cancha para las miradas que buscan descanso por encima de las azoteas. Sensación de altura. Y en tercer lugar, al hecho de que yo habitara, en un lapso de tiempo relativamente breve, en distintos barrios de Buenos Aires: Boedo, Caballito, Triunvirato, Luzuriaga y, ya hombre, en la provincia: Banfield. Para ir de un punto a otro de los citados es necesario atravesar, en el recuerdo y en la práctica, toda la ciudad y aun salir de ella. Sensación de longitud. Esa sensación de espacio no la puede percibir el que ha vivido sólo en un barrio; pero yo, que además de lo indicado trabajé a los diez años en un oficio que me obligaba a recorrer todos los alvéolos bonaerenses, tengo de mi ciudad una sensación geométrica, una sensación de plano, de cuyos límites no se conoce sino el congruente con el río. Los demás son infinitos. Las vías férreas se los llevan en todas direcciones, perdiéndolos en el desierto.

LA BILLARDA

Extraño juego, que no he visto practicar en ninguna otra parte. Empezaba por dos gritos, el uno que ofrecía y el otro que aceptaba:

—¿Va?

—¡Venga!

Y el pequeño trozo de madera, cilíndrico, aguzado en las puntas, sintiéndose herido, zumbaba en el espacio. El que acechaba hacía lo posible por cogerlo en el aire; si lo cogía, ocupaba el círculo; si no, recogíalo del suelo y procuraba, mediante movimientos falsos o tiros rápidos, ubicarlo dentro de la vacilante circunferencia trazada con tiza en medio de la calle. Pero, ojo avizor, el adversario oscilaba el armado brazo, atizando al trocillo volante un soberbio palo. Si erraba y el palito caía en el círculo, los papeles se trocaban; si acertaba, el juego seguía su curso. Era un juego que podía empezarse a jugar en Colombres e Independencia y, siguiendo sus variantes, terminarlo en la Dársena Norte o a las puertas del Matadero. Era el juego de la billarda. ¡Ay de los vidrios! ¡Ay de las cabezas de los cansados viandantes! Palo en mano cualquier mocoso transformábase en protector del gremio de vidrieros y en enemigo de la integridad ciudadana. Terror de los dueños de casa, pesadilla de los morenos vigilantes de mi tiempo, la billarda, tal vez precursor criollo del moderno *baseball*, desarrolló en mí la costumbre y el deseo de andar por el mundo. Pero andando por él no era yo el que estaba dentro del círculo ni el que estaba fuera, mucho menos el palo que atizaba: era el palito volanderó, sin eje de rotación, hélice suelta, que nunca se sabía hacia qué lado iba a salir ni dónde caería.

COLEGIO CAMPERO

¿Existirá aún el Colegio Campero? Tenía dos entradas, una por Boedo y otra por Independencia, en la manzana que comprende esas dos calles y las de Colombres y Méjico. Un ancho patio de baldosas lo dividía. De este Colegio no recuerdo sino a su director—un anciano de aspecto plácido, un poco obeso, rosado el semblante—y, con más precisión, a uno de los maestros. Apareció un día en la sala de clases de mi curso, esbelto,

atlético, sanguíneo. De sus primeras palabras recuerdo las siguientes:

—Soy de la provincia de Buenos Aires. Mi padre era vasco y levantaba con los dientes, a la edad de ochenta años, una bolsa de maíz de cien kilos de peso. . . .

Esto nos pareció a los muchachos una advertencia; pero no lo era. El maestro, a pesar de su progenitor y a pesar de su aspecto hercúleo, era hombre bondadoso. Su presencia animaba; parecía, más que un educador, un amigo. Bajo su influencia, en los días que siguieron a su aparición en el colegio, me entusiasmé hasta el punto de pasar a ocupar uno de los primeros puestos; pero después, desvanecida la novedad, retrogradé de nuevo hasta los últimos. Pero me distinguía siempre; guardo de él el mejor recuerdo de mis escasos años de escolar. Este maestro se llamaba Félix Mieli.

Dos o tres años estuve en el Colegio Campero. En uno de ellos obtuve un éxito que no olvidaré nunca. Lo considero casi como mi primer éxito literario. Estábamos en el patio, en clase de composición oral y asistían nuestras familias. Nos dieron una palabra para construir con ella una oración.

—Palabra: corazón. A ver, usted. . . .

Preguntó a varios niños; respondían frases sin sentido o débiles de expresión. Cuando el maestro se dirigió a mí, respondí, sin pestañear:

—Yo guardo en mi corazón las últimas palabras que me dijo mi padre al morir.

Yo no había visto morir a mi padre; pero el éxito fué clamoroso. Todos me felicitaron y al día siguiente salí citado en las composiciones que los niños hicieron sobre aquella clase. Me alababan. Yo me cité también en la mía. Pero mi madre me llamó mentiroso y, además, vanidoso.

ME VOY; VUELVO Y ME VOY

Poco después mi madre me sacó del Colegio Cam-

pero y me llevó al San Carlos, donde estuve sólo cuatro meses. Una enfermedad me obligó a dejarlo. Volví al barrio Boedo, pero por poco tiempo. Nos fuimos a vivir a Caballito.

Más o menos un año pasó. Una noche mi madre me llevó a Boedo; iba a visitar sus antiguas amistades. Aprovechando su permiso salí a la calle. No se veía en ella a ningún chico; pero yo sabía dónde encontrarlos: en Colombres e Independencia. Allí estaban, tres o cuatro, conversando. Me acogieron con cariño:

—Che, qué grandote estás...

La luz de la vidriera del almacén iluminaba débilmente el grupo. Hablamos muy poco y nos despedimos con un hasta luego que dura hasta este instante.

Hacía un poco de viento y de frío esa noche. Mi madre me tomó de la mano y nos fuimos. Abandonábamos el barrio. En la esquina de Independencia y Boedo encontramos al maestro Mieli. Saludé, quitándome la gorra. Se detuvo y habló con mi madre un largo rato. Hablaban de mí. Al irse me pasó la mano por la cabeza y me dijo, cariñoso:

—Hacete un hombre, Manuel.

Era una noche del año 1907. Sólo en 1925, diez y ocho años después, pude volver a Bodeo. Había andado mucho mundo y era ya un hombre. Pero no encontré a nadie que pudiera tomar constancia de ello. En las calles de mi barrio nativo era yo un desconocido y todos lo eran también para mí.

Adolf Meyer Abich.

INVESTIGACION Y ENSEÑANZA (1)

I

A MUCHOS de los lectores les parecerá extraño el solo hecho de pensar que la investigación y la enseñanza sean dos dominios espirituales autónomos e independientes el uno del otro. En el sentido de la antigua frase latina: «docendo discimur» (enseñando investigamos), por hábito consideran las normas espirituales de vida a que nos hemos referido estrechamente ligadas en su esencia, cuyo destino las hace depender la una de la otra y aún deberían considerarse como idénticas. En esta relación tan estrecha entre investigación y doctrina, como la norma de vida más favorable para la investigación misma, está basado todo el sistema universitario prusiano desde hace

(1) Al que desee informarse con detenimiento sobre las preguntas aquí esbozadas, como también sobre el conjunto de los problemas que presenta la investigación, se le recomienda la lectura de la obra que acaba de aparecer: *Institutos de Investigación, su historia, su organización y sus finalidades*, con la colaboración de numerosos (más de cien) sabios, editada por el doctor L. Brauer, médico director del hospital común de Hamburgo Eppendorf, y profesor ordinario de medicina; doctor A. Mendelssohn Bartholdy, Consejero Secreto de la Corte, profesor ordinario de Derecho, jefe del Instituto de Política Externa en Hamburgo, y doctor Adolfo Meyer, Consejero bibliotecario y Docente privado de la Universidad de Hamburgo, actual profesor de Filosofía contratado por el Gobierno para la Universidad de Chile (Santiago). Prestó su colaboración en lo concerniente a la redacción el doctor Joh. Lemcke, Consejero bibliotecario en Hamburgo. Tomos 1 y 2. Hamburgo, casa editorial Paul Hartung, 1930.

cien años, o sea, a partir de la reforma tan renombrada y muy fructífera del sistema universitario hecha por *Guillermo von Humboldt*, amigo de Goethe e importante lingüista y humanista. Fué este sabio hermano mayor de Alejandro von Humboldt, que merece la más alta consideración por sus valiosas investigaciones científicas en Sud-América. Más aún, el actual director del sistema universitario prusiano nos afirmó que el axioma de la estrecha relación entre la investigación y la doctrina forma aún hoy día la base más segura de la política cultural prusiana, considerada desde el punto de vista de la investigación. Esta afirmación la obtuvimos con motivo de pedirle su colaboración para el libro *Institutos de Investigación*, mencionado en nota, ayuda que nos fué prestada gustosamente.

Y sin embargo, no queda resuelto el problema al que hemos hecho referencia, sobre las relaciones entre investigación y enseñanza, sino que sólo lo hemos formulado y bosquejado en forma precisa. Esta relación estrecha entre investigación y enseñanza puede tener tres sentidos diferentes: en primer lugar puede significar que investigación y enseñanza (1) son factores que, teniendo las mismos derechos, están yuxtapuestos; pero ella puede significar también que el acento y la dirección de esta unión estriban en la investigación, mientras que de la doctrina se exigiría que se pusiera al servicio de la investigación, subordinándose a ella. Y en tercer lugar podemos invertir la relación entre ambas, colocando en primer término la enseñanza y subordinándole la investigación.

Estas tres posibilidades se han realizado en la historia de las organizaciones destinadas al servicio de la enseñanza y de la investigación y además es de sumo

(1) No consideramos aquí la identidad que han tomado ocasionalmente, puesto que no existe en la realidad. Así ha habido excelentes profesores que no han investigado nunca y grandes investigadores que han sido pésimos profesores.

interés ver que diferentes naciones han realizado en este sentido uno u otro tipo.

II

Antes de entrar a investigar en detalle estas relaciones tenemos que decir algunas palabras sobre la diferencia fundamental que existe entre investigación y doctrina en general. En el primer párrafo de mi compendio (1) para el libro sobre *Institutos de Investigación*, ya mencionado, he dicho con respecto a esto lo siguiente:

La investigación es una actividad de la vida espiritual que se ejecuta dada la importancia que tiene en sí misma. El conocimiento de lo verdadero representa un valor supremo, cuyo crecimiento es la tarea y objeto del más noble humanismo, como lo son también la realización de lo bueno y sagrado y la creación de lo bello.

Pero estas grandes autonomías espirituales de la humanidad no están dispuestas en forma incoherente y sin relación. Cada una de ellas trata de servir a las demás y a la vez, sus propias finalidades. Así aprovecha el arte los resultados de la investigación; por ejemplo, el mejoramiento en la calidad de las tinturas producido por la investigación química facilita la obra del artista o por lo menos contribuye a su conservación. Es bien sabido el grado en que el hombre práctico, que actúa de acuerdo con las leyes morales, aprovecha en la vida los resultados de la investigación pura en los estudios relacionados con la Técnica o la Medicina, con el objeto de realizar su más alta finalidad, o sea, fomentar el progreso de la civilización.

De la misma manera también la investigación, o sea, el dominio del conocimiento puro de lo verdadero, aprovecha las autonomías del arte y de la práctica. Las formas del arte, como el dibujo y la pintura, permiten a la investigación presentar conocimientos coherentes en forma precisa y concentrada, en especial aspectos de la naturaleza, cuya exposición descriptiva exigiría una extensa y detallada disertación. Además la inves-

(1) *Formas organizadas de Investigación desde el Renacimiento y sus principales problemas actuales. Institutos de Investigación*, tomo I, Hamburgo 1930, Se está preparando una traducción castellana de mi artículo.

tigación presta una utilidad práctica en todas las manifestaciones técnicas, clínico-médicas, jurídicas y económicas, y a la vez ella se beneficia con estas actividades de la vida, puesto que solicita y obtiene del Estado y de las grandes corporaciones públicas, industriales y económicas, los medios necesarios, para continuar sus investigaciones al servicio del conocimiento puro.

La investigación se vale de un instrumento especial, indispensable para su existencia, que, sin embargo, no está esencialmente unido a ella. Este instrumento es la *doctrina*. Los diferentes investigadores desaparecen, pero la investigación misma es eterna. Los investigadores, por consiguiente, tienen que idear métodos y procedimientos para transferir a las generaciones futuras lo que ellos han reconocido como verdadero; en otras palabras, tienen que dar a sus conocimientos formas organizadas que aseguren la existencia de establecimientos docentes o escuelas de todas las categorías. Estos conocimientos se transmitían por la tradición, que fué oral y escrita. La primera se manifestó bajo la forma de *poesía didáctica*, que desempeñó un papel muy importante especialmente en la cultura hindú, pero que también estuvo muy difundida entre los griegos y romanos, desde Hesiodo hasta Lucrecio. Por lo demás la doctrina tomó, poco a poco, diversas formas, según se tratara de capacitar a los alumnos para hacer investigación propia, o si se trataba sólo de difundir una *cultura general*. La cultura implica el conocimiento de todos los aspectos de la vida espiritual y los fines últimos que persigue dependen, por lo tanto, de los resultados de la investigación. Además la cultura está estrechamente relacionada con todas las normas de la vida religiosa, artística, política, ética y práctica de un pueblo y de una época, Por consiguiente, del campo de la investigación elige ella para sus fines sólo aquellos «bienes culturales» que representan un valor para todo individuo y que lo capacitan para ser, dentro de la colectividad humana, un miembro eficiente y activo. En este sentido el antiguo ideal de cultura era el hombre perfecto—bello y bueno (*καλὸς καγαδ ἔ ἀτδπωοῖ*)—, mientras que en los tiempos modernos el hombre ideal es el *gentleman*. Considerada la cultura desde este punto de vista, no constituye en sí misma una autonomía espiritual, como la religión, el arte o la ciencia, sino que forma el sistema espiritual heterogéneo y más universal que conocemos. Sus finalidades están determinadas en alto grado por los métodos de investigación, de lo que se deduce que sólo puede haber una cultura nacional y espontánea allí donde la investigación ha encontrado igualmente un lugar perpetuo y característico para la nación respectiva.

De lo dicho se desprende inequívocamente una diferencia esencial entre investigación y enseñanza. A la investigación pura, propiamente dicha, sólo le interesa aquella parte de la enseñanza que trata de preparar para la investigación, o sea, que sólo tiene la finalidad parcial de educar para investigador. A esta clase de enseñanza se le aplica el acertado término «doctrina». Pero la enseñanza como una integridad no sólo sirve para transferir los resultados de la investigación y para formar investigadores, sino que mira hacia la cultura (educación), prescindiendo de la investigación. Por eso no proporciona los conocimientos necesarios para la investigación, sino que se interesa sólo por aquellos resultados de la investigación que encierran al mismo tiempo un valor cultural. La investigación como tal está sometida por su parte a un criterio que no deriva de la investigación misma, a saber, puede depender de los ideales de cultura del *gentleman*, del humanista o de otros ideales pedagógicos.

Sin embargo, los ideales pedagógicos—lo verdadero, el arte, lo bello, la religión, lo sagrado—no son por sí mismos autonomías espirituales últimas, como lo es la investigación; ellos pertenecen junto con la Política al dominio de las consideraciones generales heterogéneas del trabajo espiritual del hombre. Pero cuando se trata de realizar las altas finalidades pedagógicas, participan en esta realización los objetos del arte y de la religión en un grado no inferior a los resultados de la investigación de índole cultural.

De todo esto resulta una diferencia clara y esencial entre investigación y enseñanza y, por otra parte, también una fuerte dependencia mutua interna, de modo que aquí nos encontramos frente a circunstancias expectantes de sumo interés en el dominio de la vida espiritual humana. Investiguemos ahora en los tipos existentes de las instituciones dedicadas a la investigación

cómo se han ido estabilizando estas potencias en forma organizada.

III

Consideremos en primer lugar aquella combinación de investigación y enseñanza, en la que el acento es sostenido por la enseñanza y que representa, por lo tanto, una primacía de lo pedagógico sobre la investigación pura. La investigación no es ejecutada aquí por la importancia que tiene en sí misma, sino que sus resultados son puestos al servicio de la instrucción en el grado en que éstos reúnan las cualidades pedagógicas necesarias. Naturalmente que al hablar de cultura no se trata de la «cultura general» difundida por los liceos, sino de la *educación profesional*. Nosotros nos interesaremos sólo por las universidades, pues únicamente ellas pueden aspirar a ser instituciones de enseñanza y de investigación al mismo tiempo, mientras que las diferentes clases de liceos no tendrían cabida en nuestras consideraciones. La educación profesional es también instrucción o formación y no investigación propiamente dicha. Se puede ser un excelente médico o juez práctico y, sin embargo, estar muy lejos de la investigación médica o jurídica. A estos hombres les basta hacer utilizable prácticamente a la humanidad lo que ha sido investigado por otros. Por consiguiente, se dividen las universidades que quieren suministrar en primer lugar una educación profesional para empleados públicos—jueces, profesores, empleados administrativos—, o para las «profesiones liberales»—médicos, ingenieros, abogados—, en *Escuelas Profesionales* (Escuela de Leyes, de Medicina, de Ingeniería, etc.), mientras que las universidades que sirven especialmente a la investigación prefieren la división en *Facultades* con varios «institutos de investigación». Esta diferencia en la organización se revela más clara

y evidente si consideramos un ejemplo especial. La enseñanza de una determinada ciencia—por ejemplo, de la Filosofía, Zoología, Química o del Sánscrito—es impartida en una universidad de investigación en un solo lugar, en un instituto en el cual se reúnen todas aquellas personas interesadas en esta ciencia, sea desde el punto de vista de la enseñanza, del estudio o de la investigación. Por ejemplo, un estudiante de leyes que desea compenetrarse de la medicina legal no puede hacerlo dentro de la Escuela de Leyes, sino que tiene que inscribirse para este fin en el Instituto correspondiente de la facultad médica. O tomemos un ejemplo de índole científica espiritual; la enseñanza de la filosofía se imparte en un solo lugar de la universidad de investigación para los estudiantes de todas las escuelas, para los filólogos, médicos, abogados y teólogos, es decir, se imparte en el instituto de investigación o seminario para filosofía. Completamente diferente es la universidad dividida en Escuelas Profesionales. Las Escuelas de Medicina, de Ingeniería y de Pedagogía tienen, en este caso, cada una su propio zoólogo, químico y matemático y la enseñanza de la filosofía, que incumbe especialmente a las Escuelas de Leyes y de Pedagogía, es impartida separadamente dentro de cada establecimiento. De esto se evidencia que las universidades divididas en Escuelas Profesionales quieren suministrar a sus estudiantes la educación profesional necesaria para la formación práctica de su profesión, mientras que la universidad de investigación quiere *concentrar* todas las actividades que están relacionadas en una rama determinada de la investigación, para conseguir así en este dominio obras cumbres de la investigación con el *máximum* de rendimiento. En el primer caso tenemos varios institutos pequeños provistos de lo estrictamente necesario en el sentido pedagógico y sólo con escasas posibilidades de investigación pura; en el otro caso tenemos un solo instituto,

capaz de llenar todas las exigencias de la investigación, pero en el cual han sido consideradas también en forma satisfactoria las necesidades pedagógicas, puesto que éstas forman sólo una pequeña parte de lo que la investigación exige. El personal y materiales requeridos son en ambos casos más o menos los mismos. Es verdad que un instituto de investigación necesita más materiales técnicos, lo que corresponde a un doble gasto en la adquisición de libros útiles que son de uso imprescindible en cada uno de los pequeños institutos de la misma índole de las escuelas profesionales. Esta concentración favorable a la investigación se opone a una descentralización que tiene sólo un interés pedagógico particular para las escuelas profesionales. No puede afirmarse sin un análisis más detenido la superioridad de un sistema sobre el otro. Uno solo no llenaría todas las exigencias que la organización universitaria presenta y una nación que no tenga interés o aptitudes para la investigación pura, indudablemente procede mejor empleando los medios de que dispone en beneficio de sus escuelas profesionales, en vez de erigir institutos de investigación en los cuales en último término no se produce nada. Naturalmente surge aquí la pregunta de si una nación que no valore la investigación pura es capaz de subsistir en medio de la lucha mundial que sostienen las naciones. Pues hoy en día la investigación científica se ha apoderado de la dirección decisiva en todos los dominios de la vida, predominio que seguirá aumentado más y más. Hay institutos de investigación para el cultivo de los cereales y crianza nacional de animales, para Política externa e investigación de las oportunidades económicas, para la navegación aérea y la industria automovilística, etc. En todos los aspectos de la vida se revela el «procedimiento científico» como superior a todos los demás. Vivimos en la época de la ciencia, sea que lo consideremos bueno o no. Por eso creo que

las naciones que no colaboran en forma intensiva en la investigación pura, no podrán resistir con el tiempo a la selección social, que rige también para los pueblos.

Pero ya nos hemos adelantado demasiado. Desearíamos estudiar en primer lugar en este capítulo aquel sistema de las relaciones que existen entre investigación y enseñanza en que predomina esta última, y que por consiguiente ha subordinado la investigación a ella. Este sistema lo tenemos en forma de cultura pura o *universidades docentes puras* en los tiempos medievales europeos. Esta época fué el gran período del aprendizaje para el Occidente europeo. Fué para los nuevos y jóvenes pueblos europeos, no sólo aptos en alto grado para adquirir una cultura, sino también capaces de crear una propia, un período de asimilación de la imponente cultura antigua, que consideró hasta las más ínfimas manifestaciones de la vida en todos sus aspectos, llevándolas a un alto grado de perfección. Sólo en el Renacimiento surgieron las propias y nuevas culturas creadoras, después de varias tentativas infructuosas (Renacimiento carolingio, irlandés, etc.) y que se emanciparon de la antigüedad, siguiendo senderos propios. Los resultados *típicos* más importantes de estas jóvenes culturas son la investigación de la naturaleza y su dominación bajo la forma de la Técnica y de la Medicina clínica.

En cambio en la Edad Media el Occidente estuvo completamente bajo el dominio de la vida espiritual de la antigüedad. *Aristóteles*, como dice Dante en su magna *Divina Comedia*, que representa la síntesis suprema del espíritu que reinaba en la Edad Media, fué el indiscutible «maestro di colcorche sanno». Estudiar Física o Zoología no significó en la Edad Media observar y describir los objetos y fenómenos respectivos de la naturaleza misma, sino más bien sinónimo de un estudio de las obras de Aristóteles que trataban de estas materias. Críticas sobre críticas, glosas sobre glosas y co-

mentarios sobre comentarios se escribieron para alejar las eventuales incongruencias entre las indicaciones de Aristóteles y las diferencias demasiado evidentes entre la naturaleza nórdica y la naturaleza mediterránea descrita por Aristóteles o de suplir por la misma razón y en el mismo sentido de Aristóteles las omisiones de éste. Naturalmente con mucha injusticia se ha denominado a la Edad Media época de «obscurantismo». Fué una época que tuvo mucha originalidad propia; basta recordar las imponentes construcciones góticas y muchas otras obras del arte creador y de la literatura. Pero todas ellas se amoldaban en la mejor forma posible al marco espiritual histórico tomado de la antigüedad. La reproducción que Santo Tomás de Aquino hizo del mundo medioeval es la síntesis más completa y acabada de las actividades tradicionales y originales de su época. La parte original de la Edad Media fué la obra del cristianismo, de la «luz divina» de Santo Tomás. De esta fuente han salido todos los impulsos del mundo medioeval en cuanto a literatura, goticismo y arte creador, como también en cuanto a las normas de vida social y política. Pero todo lo tradicional que había en la Edad Media brotó de la «luz natural» que, tanto antes como ahora, había encontrado su expresión más perfecta en Aristóteles. Esta tradición se refiere especialmente a la actividad docente e investigadora de esta época.

En estas situaciones globales del espíritu las universidades no podían ser sino lugares donde se ejercía la *doctrina* o la *enseñanza*. Investigaciones en el sentido propio de ir en busca de nuevos conocimientos no existían. Aristóteles era la perfección de la «luz natural». Todo lo que merecía ser investigado y conocido en los objetos de la realidad ya estaba contenido en las obras de Aristóteles y sus grandes contemporáneos y sucesores, especialmente en Hipócrates y Galeno. Por consiguiente, el problema de las univer-

sidades medioevales era sólo un problema de índole pedagógica, o sea, el de la mejor trasmisión de los conocimientos definitivos de Aristóteles. *Así tenemos que la universidad medioeval es una universidad de cultura puramente docente.*

El Renacimiento y el Humanismo eliminaron el ideal medioeval del conocimiento, es decir, el de considerar a Aristóteles como la cumbre de la «luz natural», y con esto dieron fin a esta gran época. En lugar de la trasmisión tradicional de la antigüedad implantaron una nueva cultura creadora, según el *espíritu* y el modelo de la antigüedad, aunque con finalidades completamente diferentes. De este nuevo espíritu nacieron las obras de Galileo, Keplero, Vesal, Harvey, Descartes, Spinoza, Leibniz, Newton y Kant, mencionando sólo a los más grandes guías espirituales de la investigación europea occidental, que se inicia en aquella época. Para tales aspiraciones de investigación propia las universidades docentes medioevales naturalmente ya no podían satisfacer las nuevas exigencias desde el punto de vista de su organización, y así se originó, poco a poco, una gran cantidad de nuevas formas sociológicas de investigación. Primero nacieron las Academias y «Sociedades eruditas»; más tarde los «Museos de Historia Natural» y de «curiosidades». Las universidades quedaron por mucho tiempo relegadas a segundo término, a menos que se transformaran en acrópolis de la escolástica en contra del nuevo espíritu. Era la época de Descartes, Spinoza y Leibniz, espíritus que actuaron independientemente de las universidades. El último de los tres fué además el fundador de una de las más antiguas Academias científicas de suma importancia, a saber, la Academia de Berlín que aun hoy día celebra regularmente el «aniversario de Leibniz» en conmemoración de su fundador.

Naturalmente, las universidades no pudieron sustraerse con el tiempo a los cambios de ideal del co-

nocimiento científico. Se verificó paulatinamente una transformación de suma importancia, que consistió en convertir las universidades docentes en universidades de investigación. Este cambio se efectuó primero y en forma más radical en las universidades que acababan de crearse en aquella época, en especial en las nuevas universidades humanistas de Italia del Norte y de las cuales la de más renombre era seguramente la de Bologna. Pero este proceso, que consistía en humanizar «las universidades y que en Alemania tomó caracteres de mucha fuerza y tenacidad, fué muy largo y naturalmente no quedó sin tener reacciones». En este país ha vencido la idea de la universidad de investigación en forma tan general y radical que ya no se concibe el caso contrario y se interpreta el principio de unión entre investigación y doctrina evidentemente en beneficio del predominio de la investigación. Esta idea reina en el espíritu alemán desde la última gran reforma universitaria llevada a cabo por Guillermo von Humboldt, que fué al mismo tiempo y en forma muy significativa el representante más característico del neo-humanismo en el período comprendido entre los siglos XVIII y XIX. En Alemania al nombrar a un profesor universitario se toman en cuenta casi exclusivamente sus cualidades de investigador. Estas son decisivas, porque el hecho de ser al mismo tiempo un buen profesor sólo es considerado como una cualidad suplementaria muy deseable. Pero aquel que tenga sólo esta cualidad, sin haber contribuído con algo de valor a la investigación, jamás tendrá el honor de proveer una cátedra universitaria. En consecuencia, a ningún profesor alemán se le exigirán semanalmente más de seis horas de conferencia. Si no fuera así, ninguno de ellos podría disponer del tiempo necesario para dedicarse a la investigación propia.

Un aspecto enteramente diferente ha tomado esta transformación en los países latinos europeos. A raíz

de este desenvolvimiento, Alemania, desde el período comprendido entre los siglos XVIII y XIX, volvió a colocar el centro de gravedad de la investigación, que había descansado durante algún tiempo en las instituciones llamadas Academias y Museos, en las universidades modernas de investigación. En los países latinos, especialmente en Francia, este centro de gravedad de la investigación permaneció en los nuevos institutos que hemos mencionado. Buffon, Cuvier, Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire actuaron como profesores en el «Jardín de Plantas» y de sus museos y fueron al mismo tiempo de la Academia de Ciencias, en cuyas aulas se originó alrededor de 1830 la controversia muy conocida entre Geoffroy y Cuvier, a raíz del concepto de la evolución orgánica, en cuyo resultado estaban vivamente interesados Goethe y todo el mundo espiritual de aquella época. También hoy día estos museos y laboratorios que existen desde aquella época—por ejemplo el de Claude Bernard y además el «Instituto Pasteur» de fama mundial, con sus numerosas ramificaciones en las distintas colonias francesas—forman en Francia el centro de la investigación moderna de la naturaleza, de la misma manera como la Sorbona es la continuadora de la renombrada Universidad de París, que estaba a la cabeza de toda la escolástica. Ciertamente hoy día es la Sorbona una universidad moderna, pero su carácter es más bien doctrinal y docente que de investigación propiamente dicha; en realidad existen naturalmente también muchas uniones personales entre la Sorbona y los profesores de estos nuevos centros de investigación francesa, antes citados.

Las universidades españolas presentan actualmente en mayor grado que las universidades francesas la tendencia didáctica, que revela su origen escolástico. Ellas no se dividen en Institutos de Investigación, sino en Escuelas Profesionales y, según lo muestra la

historia espiritual desde el Renacimiento, no han contribuído al progreso del espíritu humano en materia de investigación referente a la naturaleza, a la medicina y a la técnica. El investigador más importante de la España actual y que goza de renombre internacional, Ramón y Cajal, caracterizando esta situación, no actúa en una universidad. Hombres inteligentes y de criterio moderno como Castillejo (1) quieren preparar también en su patria el terreno para el espíritu de la ciencia y de la investigación modernas, porque saben que de ello depende el resurgimiento o la decadencia definitiva de su pueblo como potencia. Estos guías organizadores de la ciencia en la España moderna no intentan convertir sus universidades, que permanecieron en la etapa escolástica, al ideal moderno de la universidad de investigación. Eso significaría hacer un ensayo en un terreno inadecuado. La Junta Real Española de Investigación Científica es por eso una organización de Institutos libres de Investigación, semejantes a los institutos alemanes «Kaiser Wilhelm» o a la «Carnegie Institution» en Norte-América. Estos se dedican exclusivamente a la solución de problemas de investigación, sin tener las más ínfima obligación de realizar una actividad docente o práctica, sin tener tampoco una relación oficial con las universidades. Por cierto que pueden existir relaciones personales, y naturalmente las disposiciones de la Junta se refieren en primer lugar a los profesores universitarios que tienen verdadero interés en realizar investigación científica propia. También el Instituto de Cajal es una adaptación a las disposiciones de la Junta.

En las antiguas colonias españolas, actualmente estados libres hispanoamericanos, las circunstancias

(1) Compárese su epítome sobre los *Institutos Españoles de Investigación* en el 2.º tomo de la obra citada sobre *Institutos de Investigación*.

son más o menos parecidas a las de España, con la diferencia esencial de que desde su independencia de la madre patria el espíritu moderno se ha introducido en ellos con más vigor que en España. Naturalmente que las universidades están organizadas en la forma antigua, exceptuando instituciones bien modernas como la de Concepción, donde predomina el principio de los institutos. Las universidades se dividen en Escuelas Profesionales, que, desde el punto de vista de la organización son más o menos independientes de las facultades, y aquel que conoce su funcionamiento no puede dejar de afirmar que ellas sirven en mayor grado a la enseñanza que a la investigación. Como hemos visto, en Alemania las aptitudes pedagógicas del profesor universitario son un buen accesorio a las cualidades de investigador que son imprescindibles. En cambio en la América hispana, sin excepción, existe el caso contrario. La aptitud pedagógica es aquí decisiva, pero el ser al mismo tiempo un ávido investigador no es en ningún caso un requisito imprescindible, aunque muy deseable y que, por lo general, se presenta sólo en ciertos casos excepcionales. Esa es la situación general. Sin embargo no puede negarse que en los tiempos actuales algunos de los países americanos más importantes, como Argentina y Chile, verifican un cambio muy notable en favor de la universidad de investigación. Sobre esta materia volveremos a tratar más detenidamente al final de este estudio, en especial por lo que se refiere a Chile.

IV

La universidad de investigación pura forma la antítesis de la universidad puramente docente que acabamos de describir. Estas universidades docentes, correspondiendo a su carácter espiritual histórico, estaban distribuídas por todas partes durante la Edad

Media y constituyen aún hoy día el tipo básico que domina en la mayor parte de las universidades latinas. Por el contrario, la forma típica de la universidad alemana desde la reforma llevada a cabo por Guillermo von Humboldt es la universidad de investigación. Con esta reforma este gran humanista alemán y hombre de estado ha llevado nuevamente a la universidad de su país la corriente espiritual moderna de Occidente, nacida durante el Renacimiento, mientras que en los países latinos esta corriente ha permanecido en los nuevos centros organizados de investigación, es decir, en las academias y museos. Por esta razón, las universidades alemanas, que habían quedado relegadas a segundo término desde el Renacimiento hasta Leibniz y Goethe, vuelven a tener indudablemente, desde principios del siglo pasado, la dirección en la vida espiritual del país. Guillermo von Humboldt anhela también en sus propósitos la unión más estrecha que se pueda establecer entre investigación y doctrina, pero desplazando completamente el centro de gravedad de este sistema. Pues él ya no afirma que la investigación encierre en sí misma altos valores, que se trata de hacer servir para la enseñanza, sino que reemplaza el dogma radical. *¡El mejor investigador es al mismo tiempo el mejor profesor!* La verdad de esta afirmación tan conocida se comprueba también en las excepciones y éstas sólo confirman la regla, pues regía y rige aún hoy día la firme convicción de que en la mayoría de los casos aquella frase es exacta.

Probablemente esta afirmación no puede contradecirse. Por regla general aquel que como investigador domina una esfera determinada del conocimiento, también sabrá presentar esa doctrina en la forma más adecuada y completa. Aquí debemos recalcar que la «mejor» doctrina no es siempre la más fácil. Los peligros que amenazan a las universidades por exceso de investigación, no derivan del hecho de que excelen-

tes investigadores sean casualmente malos profesores, sino más bien, *que la investigación determina en forma decisiva también la organización interna, especialmente lo que concierne al perfeccionamiento y al desarrollo posterior de las universidades. Por este motivo se descuida la función sociológica fundamental de las universidades, que deben ser instituciones educacionales no sólo para investigadores, sino también para los altos funcionarios y profesores del Estado y que además deben ser los guías de las «profesiones liberales» propiamente tales.* Sin duda este aspecto sociológico ha sido descuidado en forma progresiva en el desarrollo que han tenido las universidades alemanas especialmente desde principios de la nueva era. Por esta razón han quedado alejadas de la universidad alemana todas aquellas profesiones superiores, que como tales llenan la función sociológica de la universidad, sin perseguir la ciencia pura, sino la ciencia aplicada, y han encontrado su forma adecuada de organización en Escuelas Superiores especiales. Sólo hago alusión a las Escuelas agrícolas superiores, a las Escuelas superiores de montes y plantíos, en especial a las Escuelas técnicas superiores y recientemente a las Academias Pedagógicas.

Sin duda que las universidades alemanas están amenazadas por el peligro evidente de exagerar la importancia de la investigación pura. Algunas personas que comprenden este problema pretenden separar las facultades médica y jurídica de la universidad en cuanto a su organización para establecerlas en Escuelas Superiores Especiales para Medicina y Leyes. Si esto llegara a realizarse entonces las actuales universidades comprenderían sólo las facultades filosóficas con sus secciones de Filosofía y Ciencia de la naturaleza. Si la educación pedagógica, inclusive la de los profesores de enseñanza secundaria, se entregara a las nuevas Academias pedagógicas, lo que probablemente ocurrirá

con el futuro desarrollo de éstas, los restos de las universidades actuales serían por cierto instituciones dedicadas exclusivamente a la investigación pura, pero a expensas de un empobrecimiento considerable en los problemas de aplicación y de la vida práctica. Nadie puede solo investigar constantemente; la vida exige también una aplicación de lo que se ha investigado. La psicología y la biografía de los grandes investigadores nos muestra que la época más fructífera de su investigación data de los 25 y a lo sumo hasta los 45 años de edad; después de este período muchos de ellos se han dedicado a tareas prácticas, políticas y en especial a las que se refieren a la de la investigación científica. También los Institutos de Investigación pura que existen hoy día (me refiero a los Institutos Rockefeller y a los Institutos de la Sociedad Kaiser Wilhelm), han comprobado el hecho de que el investigador puro no puede existir sin tener una ocupación práctica. Algunos de estos institutos, como por ejemplo el Instituto de investigación carbonífera y el Instituto para la investigación textil, ambos pertenecientes a la Sociedad Kaiser Wilhelm, ya se dedican según su tarea especial a problemas prácticos, pero ellos hacen investigaciones puras sobre estos asuntos y forman también investigadores especiales para determinados campos científicos. En este aspecto se diferencian de las universidades sólo en el hecho de que sus alumnos ya han sido graduados en ellas y además en que desde un principio quieren evitar el recargo de las tareas didácticas.

También aquí reconocemos la verdad de la antigua experiencia de la vida, que los extremos se tocan. Lo que falta de investigación en las universidades puramente docentes lo tienen los institutos de investigación en exceso. El procedimiento correcto consiste en combinar armoniosamente las tareas de investigación con las de la enseñanzas o de la vida práctica.

Muchos «colleges» ingleses antiguos y de grandes recursos, que, por consiguiente, pueden permitirse este lujo, han solucionado satisfactoriamente la situación, en forma más bien personal. Un profesor del «college» tiene que cumplir esencialmente con sus tareas docentes, mientras que los «Fellows» pueden dedicarse voluntariamente a la investigación o pueden participar también en la enseñanza. Esta es una forma de solucionar las dificultades que hemos expuesto, que, prescindiendo del gran gasto que ella significa, a primera vista predispone en su favor. En realidad ésta no constituye una fusión orgánica, una síntesis superior, sino que es sólo la unión adicional de los puntos extremos a que nos hemos referido más arriba, sin evitar estas características puestas.

(*Concluirá.*)

Arturo Zúñiga.

POEMAS

CALLE

*Triste y húmeda, la noche
es como el ojo de un buey
contemplando un campo muerto.*

*Vago a solas, con la dicha
de una enorme plenitud,
por las calles enlodadas
de negra sombra invernal.*

*Aquí—viejo vigía—hubo un farol
con sueño que nos alumbraba,
entre largos parpadeos, el camino
—¿recuerdas?—que, por lo demás,
no era el tuyo ni era el mío...*

¿Dónde está ahora?

Y tú también ¿dónde estarás?

Una ramera...

*La felicidad es un abismo;
pero es hermoso no saber.*

Ah, carne bovina, muérete.

Que los siete puñales abran en mí una brecha.

*¿Pecadora tú? No; sacerdotisa
de tus caderas imperiales;
ardes en tus lámparas de oro
como en un juego de ignominias;*

¿pero cómo no beber, sediento,
el vino centenario de tus dos jarras de arcilla?
A la orilla de tu nombre me quedaría,
soñando, estos días que me quedan,
como a la orilla de un lago.

Una puerta cansada
atraviesa este pedazo de calle adormecida,
y una pared bosteza largamente

Suena un ¡adiós! como una campanada.
Un grito despiadado le hace una desgarradura
al vestido de seda de la noche...

Alguien pasó, invisible,
haciendo sonar la empuñadura de sus huesos.
Una mano de nieve me acaricia la espalda.

Triste y húmeda, la noche
es como el ojo de un buey
contemplando un campo muerto.

LA CIEGA

Vive tomando el sol. Como es ciega,
tras de una tela blanca lleva los ojos olvidados
y siempre se está hablando con los hombres
de cosas que no entienden.

Tiene de corderita y de paloma
en la santa dulzura de sus manos
cuando buscan el sol, que se hace trizas
en el papel de seda de sus labios.

Si algún día, más fuerte que todas las cosas
y que las angustias de nuestras miradas,
la muerte, la muerte, la muerte
quisiera llevárnosla,
nosotros, porque era la muerte,
sin pena, dejaríamos que se la llevara.
Más de seda, más de éxtasis se nos volvería;
más ligera, más de alba.
La tendríamos siempre

*en el sol, en el agua,
 en la rosa florida,
 en la luna, en el viento,
 en la voz que nos habla;
 la tendríamos nuestra,
 nuestra, nuestra,
 porque no era de nadie
 y en toda cosa clara
 estaría, siempre, soñando.
 Es ciega...*

ALBA

*Mi vida es una humilde calle;
 sola;
 en ella no hay tiendas, ni almacenes de nada,
 ni la estridencia «nouveau riche» de las calles de tráfico.*

*Es una calle sola,
 abandonada.*

*De vez en vez únicamente
 una sonrisa fina y alta
 hace volar los infinitos pájaros que anidan
 en el alero de su casa:
 ella pasa;
 y sólo su perfume de árbol,
 su terciopelo de árbol a la madrugada,
 nos la recuerda en la alegría que se queda en la casa.
 Mi vida es una humilde calle.*

CANCIÓN DEL NAVÍO QUE SE ALEJA

*Para tu pipa marinera, marinero,
 y las algas marinas que las cuerdas de tus ojos amarraron
 —tu palabra añorante reza en su hálito yodado—,
 las mozas, ¡pobres mozas!, crujiendo sus percalas en las
 [al viento
 [hosterías,*

te cantan, con los ojos en nube de olvido, te cantan:
Navío, navío, nos dejas,
nos dejas mañana, navío!
y en la música verde del agua salada
se ahogan las quejas y el ritmo sufriente de las heridas
[gargantas!

Navío, navío, nos dejas,
nos dejas mañana, navío...
Cuántas mujeres encintas de ilusiones,
rompiendo el vacío con la angustia mortal de sus brazos,
—¡Ojos de morfina de las prostitutas!
Puerto, puerto, puerto.
Marinero, ¿has dormido?
Marinero, ¡marino, no duermas!
Ojos de morfina de las prostitutas,
oh, la espiral de sus manos ringleras
en las apoteosis del burdel.

Atraviesan los mares, y a tus pies han caído, traídas
[por el viento,
en tragedia de noche, arrasadas de lágrimas,
las canciones que lloran, marino, marinero,
cuando levas el ancla,
y se queda una novia esperando en el puerto:
¡Navío, navío, nos dejas,
nos dejas mañana, navío!
Oh, marinero que cruzas los mares, marino, marinero.
Y el puerto, siempre igual...
¿Qué línea horizontal te raya hoy los ojos, marinero?

CANCIÓN

Eres como una aldea,
o como una antigua casa;
a tu lado desaparezco totalmente,
cuando me hablas.

Canto a la buena hormiga,
y al gusano, y al pájaro y a la yerba más hu milde,

*si me miras
con los ojos entornados.*

*¿Por qué será que no se puede
dejar de soñar, a veces?*

*Ahora mismo estoy soñando
contigo.*

*De un amarillo moribundo,
serían mis palabras si llegara la hora
de decirte al desnudo:*

«¡Alma!...» Y no decirte más.

*A tu lado el sentir me es tan liviano,
que hasta la tierra toma novedades de aire
y de estrella nevada:*

*hay un deseo de ser pájaro,
canción, hablar de pueblo,
o nada.*

*Simplemente eres aldea.
Aldea nada más.*

*Las estrellas maduran como frutos esta noche.
Y tú no sabes nada, Aldea.*

CANCIÓN DE AMANTE

*Como si no existieras, te guardo en mi recuerdo,
arquitectura nueva, canción de siglo nuevo;
para tus brazos y tu boca, para tus risas y tus lágrimas,
ha florecido, anudada de rosas, mi palabra.*

*Naciste en la mañana limpia de mi primer deseo,
alba de vicios perdurables en la frondosa selva de tus
[besos,
y te quedaste como un lago de oro al pie de una montaña
en copia eterna y ruda de la más intensa ansia.*

*Oh, bautismo de infinito, oh, éxtasis de agua en las
[raíces de mis nervios.
Y tú, cansada de ser tuya, meciéndote en la hamaca
[primaveras del viento.*

Es en la línea recta de tu perfil de mármol,

carne de pechos firmes de ramera inviolable;
es en los cien puñales que danzan en el odio de tus ojos,
es en tus piernas ágiles—¡un beso, mi vida, a tus rodillas!—,
es en ti, por ser tú misma, que mi vivir desconsolado
hendió su raíz trágica y enalteció en su tormento.

Es en ti, árbol desnudo, fuente de toda gracia,
en donde un nuevo mal del siglo hace su nido:
por cuidarlo, mi vida;
martirio mío, pensamiento mío,
estrella.

En la sombra de la nada hace un descuento trágico el
[destino,
y mi vida es para ti únicamente, oh, vicio nuevo,
oh, amada...

E. Solar Correa.

LASSERRE Y EL ROMANTICISMO

I

PIERRE Lasserre iba a venir a Chile el año pasado. Algunos que conocían sus obras le esperaban con cierta impaciencia. Un día—inesperadamente—el cable anunció que el viajero había partido ya, mas no para esta tierra, sino para el gran viaje del cual no se retorna...

Era Lasserre un hombrecito pequeño, trefe, insignificante: un *mínimum* de materia. Salía de sus labios una voz tenue, pero nerviosa, una voz que titubeaba buscando afanosamente la palabra justa, la palabra única, la que había de iluminar con fulgor súbito el cerebro un instante perplejo del auditorio. Aquí no habría obtenido un éxito resonante. Era, además, demasiado filosófico. Pero en nuestra reducida *élite* intelectual acaso hubiera dejado una huella imborrable.

El hombrecito pequeño, trefe, insignificante, poseía una de las cabezas más vigorosas y mejor organizadas de la Francia. Discípulo de Maurras en sus años mozos y émulo suyo en la fuerza dialéctica, se estrenó en el campo de la filosofía y la literatura, sistematizando las ideas del defensor de los derechos del Occidente latino en contra de la llamada *barbarie romántica*.

La famosa obra en que se contienen estas ideas, o sea la teoría anti-romántica de Lasserre, apareció en 1907 y se titula *Le Romantisme Français, essai sur la Revolution dans les sentiments et dans le idées au XIX^e siècle*. Otras producciones posteriores (1), algunas de las cuales delatan en el autor una marcada evolución ideológica, cimentaron definitivamente el renombre de su talento, pero ninguna levantó—a excepción de la *Defense et Théorie des humanités classiques*, complemento de su libro primigenio—revuelo semejante al que éste produjo en los círculos intelectuales franceses.

No se trata—y el subtítulo lo indica—de una crítica meramente literaria. Obra es de enjundia filosófica, verdadero enjuiciamiento de toda una época, análisis implacable de la ideología, de la moral, de la estética de aquel siglo que Daudet llamara un día «el siglo estúpido».

Le Romantisme Français ha sido reeditado varias veces, entre otras el año 1908 y el año 1919. En los prefacios puestos a estas dos ediciones el autor plantea su tesis favorable al Clasicismo y adversa al Romanticismo.

Define este última como «una desorganización entusiasta de la naturaleza humana». El Clasicismo es, por lo contrario, esencialmente organizador. Nos hace concebir un orden, una jerarquía necesaria y legítima de las facultades psíquicas.

Esta—la jerarquía—subordina la sensibilidad a la inteligencia, la imaginación a la razón, las potencias afectivas y espontáneas a la potencia reflexiva. Ella es la condición absoluta—agrega el autor—de la justeza en las ideas y del decoro en las pasiones.

Los principios clásicos—observa en otro lugar—

(1) *La Morale de Nietzsche, Les idées de Nietzsche sur la musique, Les Chappelles littéraires, Portraits et discussions, La Jeunesse d'Ernest Renan, etc.*

no atentan contra el ardor e intensidad de la imaginación y el sentimiento, del mismo modo que la armadura ligera alzada por el horticultor no atenta a la vida de la planta trepadora que se enrolla en ella. Y al contrario, gracias a ese sostén la planta puede dirigir su cabeza hacia el sol fecundante en vez de arrastrarse por tierra y ahogar en sus repliegues el propio crecimiento.

Lasserre, según explícitamente lo confiesa, se había propuesto hacer de su obra una definición del Romanticismo, pero en realidad resultó una historia de dicho movimiento. Tal vez por eso la arquitectura del libro, a primera vista, no parezca clara ni armoniosa. Hay el aparato de un plan ideológico, pero en el fondo no se ciñe tanto a las ideas como a la cronología. Así, por ejemplo, en la parte de la obra titulada *Sentimientos románticos* se examinan también conceptos y en la sección destinada a las *Ideas románticas* se analizan con frecuencia sentimientos.

Comienza el autor estudiando las fuentes lejanas del Romanticismo, y va después siguiéndolo en su desarrollo y evoluciones, a través de varias etapas sucesivas.

Los capítulos iniciales, encarnizada disección de la personalidad moral e ideológica de J. J. Rousseau, señalan a éste como el origen primero de la revolución romántica.

Le romantisme—expresa textualmente el crítico—est l'atmosphère d'un temps où l'oeuvre de Rousseau demeure sur la voie publique.

En efecto, la nueva tendencia propicia el sistema de sentir, de pensar y de obrar conforme a la pretendida naturaleza primitiva del hombre. O sea, exactamente lo mismo que predicaba el filósofo del *Emile* y de *La Nouvelle Héloïse*.

En *Réveries d'un promeneur solitaire* encuéntrase ya el adjetivo *romántico*, y se le emplea para designar ora un paisaje de montañas donde nada revela la mano del hombre, ora la exaltación o el desfallecimiento voluptuoso que ese espectáculo—tempestuoso o sereno—comunica a una sensibilidad lírica. El vocablo quiere, pues, expresar la idea de virgen, selvático, espontáneo, en oposición a lo razonado e inteligente.

Ordinariamente se estima el Romanticismo como una simple moda literaria. Es un error. En él está, no sólo en germen sino en realización plena, la subversión total del alma humana. Las facultades que han hecho del hombre el amo del universo, sus facultades afirmativas, constructivas—la inteligencia y la voluntad—, se derrumban en completo descrédito y en su lugar se exaltan las virtudes del instinto y la fantasía. Negativo en su esencia—apunta Lasserre—, se ha tomado el Romanticismo como la afirmación suprema, y se ha dado a sus fuerzas destructivas los bellos nombres de las cosas por él destruídas: Libertad al desorden, Genio a la confusión, Razón al instinto, Energía al impulso anárquico.

Alguien observaba—¿el doctor Marañón?—que una de las características de todo momento revolucionario es el desparpajo con que muchos se apoderan de lo que no les pertenece: así de las cosas materiales como de los grandes conceptos ideológicos: de una alhaja entre el tumulto de un saqueo o de un nombre prestigioso en el caos de las ideas, como Honradez, Nobleza, Fraternidad.

Nadie superó a los románticos en este arte de escamoteos de títulos sugestivos y brillantes. Pero Lasserre los llama a cuenta, examina el contenido de su fraseología sonora, los obliga a restituir lo que no les pertenece, y el señorial castillo se deshace, a nuestros ojos, como una fantasmagoría.

II

La primera etapa del Romanticismo propiamente dicho—aquella en que sobresalen Senancour, Constant, Chateaubriand, Mme. Staël—crea, según Lasserre, la anarquía del sentimiento, la manía y el fasto de las pasiones.

Este Romanticismo—aun innominado—se reduce a la actitud de algunas individualidades poéticas, muy interesantes, pero aisladas, más cuidadosas de ofrecerse en espectáculo al público o a ellas mismas que de formar escuela. Todas o casi todas sus producciones tienen, en efecto, carácter autobiográfico.

La realidad, la modesta realidad, carece de valor y significación para los románticos. Siempre se les ve correr tras anhelos quiméricos. El *Fausto* y el *Obermann* simbolizan, en sus dos direcciones diversas, esta ansiedad de infinito. La creación de Goethe personifica las extremas ansias del espíritu—Fausto ambiciona la omnisciencia—; el personaje de Senancour encarna la sed insaciable e insaciada de goces. Aquél representa a la generación que vendrá después—en él está en germen *el mal de la duda*—; éste sintetiza a la primera generación romántica, a la que puso de moda *el mal de la melancolía*.

Sus almas poco viriles—dice Lasserre, refiriéndose a estos últimos—, son solicitadas únicamente por los deleites sensibles, pero bajo el disfraz de la religión, bajo los nombres de Dios, de Infinito. «Todo lo esperan de lo alto.» Y creyéndose sobre la vía de una emoción sin nombre y sin límites, los unos imaginan poder encontrarla en la introspección y el silencio, mientras los otros la persiguen afiebradamente en una existencia tumultuosa.

El amor se ofrece, desde luego, a su fantasía como uno de los caminos reales que conducen a la meta

ansiada. Eros vuelve a tener su religión, pero los dogmas del pícaro dios antiguo experimentan una alteración profunda. Ahora el objeto del amor no es la mujer; el objeto del amor es el amor.

En su *Nuit d'aôut* escribió Musset un verso que es como un lema del nuevo concepto erótico:

Il faut aimer sans cesse, après avoir aimé...

Imagina Lasserre la sorpresa, el pasmo que se habría apoderado de algún alegre epicúreo del siglo XVII al imponerse de que este verso—admirable divisa para su vida despreocupada y galante—constituía la triste epifonema de un poema doloroso hasta la desolación.

La sensibilidad romántica tiene el raro arte de convertir en trágico lo que es, en su esencia, frívolo. El que ama sin cesar y vuelve a amar después de haber amado, el que hace del amor una tarea, amará necesariamente sin pasión, no irá más allá del capricho pasajero y fácil. Pero estos hombres del siglo XIX poseían, además, el don de exaltarse en el vacío—así se explica la paradoja del verso de Musset—y, como toda idea o sentimiento hueco necesita por lo menos una apariencia de contenido, fabricáronse esos ídolos quiméricos que se designaban con los vagos nombres del Ideal, el Porvenir, la Felicidad.

Lasserre personifica en Benjamín Constant, verdadero maníaco de pasiones, este especial carácter del amor romántico.

El desarrollo de sus pasiones—explica—, que siempre hablan el lenguaje de la pasión eterna, es extraño. Podría decirse que ellas nacen independientemente de toda acción real de una mujer sobre su imaginación y sus sentidos, especie de fulguración brusca de un capricho interior que buscarse ciegamente un objeto.

El autor aduce, como siempre, grande acopio de

hechos y comprobaciones que no es posible reproducir, y llega a la conclusión de que esa manía pasional revela un corazón anémico, que se sugiere a sí mismo la pasión y se la figura infinita y divina, precisamente porque la pasión humana y natural tiene en él cegadas sus fuentes.

Los poetas habían siempre asociado el amor a la juventud, a la fuerza y a la belleza. Ahora—a partir de Rousseau—se confunde el amor con la piedad, con la mendicidad. «Amame—decían otrora los amantes—, porque soy joven y ardoroso.» «Amame—dicen ahora— porque estoy languideciente, porque sufro y soy digno de lástima.»

La manía de las pasiones indica en el hombre o hastío o anemia del espíritu. No así en la mujer. En esta el objeto del amor puede faltar, mas no la sinceridad de la aspiración. El varón que deja invadir enteramente su alma por la vida sensitiva y espontánea, sufre una disminución, una degradación; en cambio, esa vida espontánea y sensitiva, en su cabal desarrollo, constituye la naturaleza de la mujer. «La idiosincrasia romántica es de esencia femenina.» Ella representa la decadencia del hombre. El perpetuo vaivén de los deseos y los impulsos, de los delirios y los abatimientos, nace en los hombres de una sensibilidad extravaviada por el desorden del pensamiento y la ruina de la voluntad, y los coloca por debajo del ser que en la languidez, los trastornos nerviosos y las crisis, tiene sus formas de vida propia, sus estados de plenitud y de poder. «La femme écrase l'androgyné», termina Lasserre (1).

Existe, a causa de esta anómala situación, durante la época romántica, una especie de imperio o sacerdocio femenino. En la vida le inaugura, tal vez, Mme.

(1) ¿Quién no recuerda los amores célebres de Constant y Mme. Staël o de Musset y George Sand, y la figura indecisa, lamentable, de los amantes frente a la briosa personalidad de sus amadas?

de Warens y en la literatura, *Julie*. Mme. de Warens inicia al soñador solitario en los secretos de Eros y *Julie* introduce el tipo de la mujer filósofa, predicadora. A semejanza de ésta, las escritoras románticas Mme. Staël la primera, revisten a las ardientes emociones de su corazón de los atributos de la moral, de la religión y de la verdad filosófica. Identificar con ellos la pasión y la espontaneidad parece ser la misión de la mujer intelectual romántica. Pero la religión, la moral, la filosofía son disciplinas que tienen precisamente por objeto reglar, encauzar las pasiones y hacer del hombre natural y espontáneo un hombre civilizado, amo de sí mismo. Y esta confusión de ideas, según el pensador francés, equivale a la disolución de la inteligencia.

Al mismo tiempo que Mme. Staël difunde sus filosofías, entra en escena Chateaubriand y surge con él lo que Lasserre llama el fasto de las pasiones. El amor romántico—el nuevo ídolo—se exhorna de un ritual aparatoso formado de ensueños místicos, raptos de elocuencia e imágenes deslumbrantes. Cantar, poetizar magníficamente los sentimientos llega a ser sinónimo de sentir. La mayor o menor intensidad de la emoción se valoriza por la mayor o menor riqueza de las apariencias.

El atuendo verbal y el abuso de lo patético proceden, sin embargo, a juicio del crítico, de una exaltación verdadera, pero enfática. Enfática si se tiene en cuenta la pequeñez o la indignidad de los objetos que, a menudo, la provocan. Todo parecía, entonces, trascendental o sublime.

El espíritu romántico—apunta Lasserre—posee una irrefrenable tendencia a maravillarse, a extasiarse, a espantarse, tendencia que mira poco a la cualidad de las circunstancias y de la cual se extrae, en toda ocasión, una inagotable disponibilidad de patético.

Algo semejante suele ocurrir con el adolescente que entra a la vida ilusionado, lleno el cerebro de quimeras: las más fútiles experiencias originan en él estupefacciones y decepciones que parecerían absurdas o desconcertantes a cualquier juicio y sensibilidad medianamente precavidos. Y eso fueron siempre los románticos: una especie de niños grandes.

III

La segunda etapa del Romanticismo se inicia por los años 1830. Ahora pontifica Hugo y la gran sacerdotisa es George Sand. A la anarquía del sentir se agrega la anarquía del pensar. Las ideas *rousseauunianas* se han extendido y comienzan, a través de la literatura y el arte, a penetrar en el alma de la sociedad francesa. Vulgarizado el movimiento, necesita un nombre, y se le bautiza con el de Romanticismo.

La generación de 1830, desde el punto de vista de la sensibilidad—del desorden sentimental—no aporta nada nuevo. Limítase a recibir la herencia de la generación anterior. Pero, en cambio, flamea programas y convierte sus tendencias en sistema. Anhela proporcionar ideas a la filosofía, una filosofía a la historia, asuntos y caracteres al drama y la novela, una doctrina a la estética.

Si se examina la nueva ideología—nueva sólo de cierto modo porque estaba ya en Rousseau—adviértese que la razón y la experiencia se encuentran ausentes, que todo se basa en una realidad ilusoria, subjetiva, nacida de la apoteosis del «yo».

Cada individuo se cree el eje del Universo y se mira a sí mismo como un fin y como un todo.

El endiosamiento del «yo» trae, como consecuencia lógica, la afirmación de la absoluta emancipación individual y ésta, a su turno, la abominación de todo lo que pueda significar un límite para la «sagrada liber-

tad del individuo»: la Civilización, el Estado, la Patria, la Ley, la Religión, la Tradición, la Familia.

El hombre—al decir de Hugo—rara vez se equivoca; la sociedad se equivoca siempre.

Como un corolario de esta tesis anti-social, anárquica, surge la glorificación sistemática de lo irregular y aun de lo delictuoso, y las páginas de los libros románticos se pueblan de aventureros, bandidos y prostitutas.

Estos personajes están formados, de ordinario, por elementos psicológicos, o fantásticos o incompatibles entre sí. Nada tienen—si se exceptúa al nombre—de seres reales, pero así es necesario que sean para que demuestren sus tesis ilógicas o extravagantes que entusiasman a sus progenitores. A menudo se yuxtaponen en ellos dos ideas absolutas inconciliables, el criminal y el santo, el monstruo y el ángel.

Pero sigamos a Pierre Lasserre.

Los forzados sublimes—dice—, los perezosos de genio, las envenenadoras angélicas, los monstruos inspirados por Dios, los comediantes sinceros, las cortesanas virtuosas, los saltimbanquis metafísicos, las adúlteras fieles, no forman sino una mitad, la mitad simpática de la humanidad según el Romanticismo. La otra mitad—la malvada—está fabricada por el mismo procedimiento intelectual, bajo la sugestión del mismo instinto revolucionario. Ella comprende todos los detentadores o representantes de una parte de autoridad o de disciplina cualquiera, política, religiosa, moral o intelectual, reyes, ministros, sacerdotes, jueces, soldados, gendarmes, maridos y críticos.

En suma—agrega—, la autoridad bajo todas sus formas es usurpación, bandidaje, atentado contra la naturaleza del hombre, más o menos disimulado. Los que la ejercen o en ella participan forman necesariamente una porción corrompida, malvada, estúpida, o por lo menos y en todo caso, carnavalesca del género humano.

¿Cómo explicarse este absurdo radical que caracteriza la concepción romántica del hombre y del mundo ético? En todo ello—contesta Lasserre—es preciso

ver el efecto de una causa general, de un oscurecimiento filosófico. de una educación que glorifica la ineducación, de un *a priori* falso que expone a lo falso aún a las mentes mejor dotadas; o en otras palabras, es preciso ver la influencia de Rousseau, padre común de la Revolución Francesa y del Romanticismo.

Este, en último análisis, constituye la genuina expresión literaria de aquella. Es el espíritu de la Revolución actuando en las letras, del mismo modo que la Revolución es el alma romántica actuando en la política. El revolucionario muestra el mismo anhelo de emancipación individual que el romántico—Declaración de los derechos del hombre—, el mismo deseo de anular las jerarquías—principio de igualdad—, el mismo afán destructor, la misma inclinación a subvertir los valores y un concepto igualmente utópico de la humana naturaleza.

En las páginas precedentes se ha visto cómo la desafortunada hipertrofia del «yo» conduce a los románticos, por un lado, al desconcierto y dislocación de las potencias afectivas y, por otro, a una ideología arbitraria y anárquica por la cual se llega, lógicamente, a la exaltación del crimen y el vicio.

Hagamos ahora girar la engañosa rueda de las concepciones románticas y, sin apartarnos de su centro, de su eje—el «yo» soberano—, tendamos la vista por otro de los innumerables radios que de él parten, prolongándose con mentidos reflejos. Miremos hacia el concepto romántico de la cultura. La orgullosa autonomía del «yo» trae aparejado el descrédito de ella. La cultura, indudablemente, pone un freno a las immoderadas expansiones del individuo. Los románticos la consideran, por eso, no como un enriquecimiento de la naturaleza, obtenido por la selección y la liberación de sus elementos más preciosos, sino como un verdadero atentado a la integridad de las potencias primitivas del hombre.

Tal doctrina, cuya práctica integral constituiría un retorno a la barbarie, engendra—como es fácil imaginar—incalculables consecuencias. Aquí sólo será posible referirse—no hay espacio para más—a su repercusión en el dominio de la estética.

Ante todo, en virtud de ella, desaparece la noción que expresa el alma y razón de ser del arte, la noción de perfección.

La ausencia de una sólida formación filosófica y el desprecio por el estudio, la meditación y la experiencia—frutos preciosos de la cultura intelectual—, provocan en los románticos esos pueriles entusiasmos, ese perenne maravillarse a que más arriba se aludía. Cada mañana se proclaman nuevos prodigios. El milagro florece, a sus ojos, por doquiera y «se descubre todo, hasta el amor», como apunta irónicamente Lasserre.

En este estado de espíritu, acógese con entusiasmo la primera idea que asoma en la mente.

Y la primera idea—observa el inteligente crítico—es, moralmente, la más anárquica, y, estéticamente, la que ofrece menos resistencia, la que se deja desarrollar con mayor facilidad; es, en suma, la que representa el menor esfuerzo.

La literatura romántica podría, en general, definirse como la literatura del menor esfuerzo. En el teatro y la novela triunfan las banales invenciones de esencia melodramática, transfiguradas en concepciones esquilinas por el énfasis propio de la escuela: vivos que se suponen muertos, muertos que se suponen vivos, asesinos enmascarados, espías siniestros, sustitución de personas, cartas delatadoras, narcóticos, venenos, cofres fatídicos.

Hay en los románticos, por el mismo motivo, una ineptitud notoria en lo que se refiere a la creación de caracteres. Creen, ingenuamente, desarrollar una psi-

cología profunda poniendo en boca de sus personajes consideraciones magnilocuentes. Pero más que ineptitud es imposibilidad, originada por la concepción revolucionaria de la naturaleza humana.

El Romanticismo—afirma Lasserre—es la descomposición del arte, porque es la descomposición del hombre.

¿Cómo obtuvo, sin embargo, esta literatura una acogida tan fervorosa? El pensador francés explica el fenómeno atribuyéndolo al brillo de las apariencias. El esplendor de las palabras, la orgía nunca vista de sonidos y de imágenes, el atrevimiento de las metáforas, las gallardías de la sintaxis y la rima, el opulento lirismo, todo aquel fasto verbal de que hizo gala el Romanticismo, cubría, como con un manto regio, la indigencia de la concepción y la arbitrariedad del pensamiento. La literatura romántica—escribe Lasserre—se caracteriza precisamente por el predominio de la forma sobre el fondo, de la dicción sobre el pensamiento, del efectismo sobre la inspiración.

Y además—esto no puede olvidarse—los lectores eran también románticos, y sentían y pensaban como sus poetas y novelistas.

Todo ello está bien, dirá el lector. Pero ¿y la poesía? Porque en el Romanticismo es innegable que se encierra un fondo poético. Esas ansias de infinito, el matiz de irrealidad que se comunica a la vida, la tendencia ensoñadora, esa hiperestesia de la sensibilidad, la misma falta de *control*—verdaderamente infantil—de la imaginación, son y serán siempre veneros misteriosos de legítima poesía.

Hija de la fantasía y la sensibilidad, ella es cosa demasiado ondulante, vagarosa, para la sólida red de este formidable razonador. La mariposa frágil—la falena vestida de oro y negro—de la poesía romántica, aprisionada en su puño macizo, se hace polvo, nada.

Y se llega a esta conclusión: si el predominio absoluto de la sensibilidad y la imaginación es la ruina del individuo, el imperio exclusivo de la razón es la ruina de la poesía.

IV

Existe todavía, según Lasserre, una tercera etapa del Romanticismo que comenzaría por los años de 1850 y que tendría la singularidad de exhibirse como una poderosa reacción anti-romántica, siendo que en el fondo era sólo una reacción parcial o incompleta. Los nombres de Taine, Flaubert, Goncourt, Zola representarían el nuevo aspecto romántico.

En apariencia—escribe el crítico—los años que van de 1850 a 1860 inauguran en todos los dominios, filosofía, política, literatura, una fortísima reacción contra el Romanticismo. Esta reacción no es ilusoria; es decisiva en ciertos aspectos. Pero no se ejerce sino contra ciertos elementos del Romanticismo, y los potentes espíritus que la emprenden permanecen prisioneros de sus otros elementos. Son más bien románticos rebelados que románticos libertados.

Heredera, en parte, de la sensibilidad y del espíritu de sus predecesores, la nueva generación reconoció el fracaso romántico frente a la realidad, pero no llegó a penetrar en sus causas profundas, a desentrañar el radical error de su ideología.

El reconocimiento de dicho fracaso, en vez de liberarlos del virus romántico, condujo a los hombres de 1860 al determinismo absoluto y al pesimismo, no ya instintivos como en las generaciones anteriores, sino analíticos y reflexivos.

Pero el estudio de este semi-romanticismo exigiría amplio espacio. Las páginas que el autor le consagra y, asimismo, las que dedica a la idolatría del progreso, a la religión de la ciencia y a la influencia germánica en Francia, cuyo filtro él mismo había de beber después, descubren puntos de vistas muy interesantes, y se hace forzoso reservar su exposición para un segundo artículo.

Habr , entonces, que hacer algunos reparos a las censuras demasiado rotundas de Lasserre, y observar que si el Romanticismo ha tenido influencia desgraciada en el orden intelectual y social, ejerció, en cambio, en el dominio literario un influjo inmediato benefico. Al revolucionarlo todo, contribuyó a agitar los espíritus, a lanzarlos por vías nuevas y fecundas, a romper rutinas y prejuicios. El bullicioso tumulto romántico despertó las letras del letargo en que dormitaban hacía un siglo, y del caos surgió, joven y bella, una nueva poesía lírica, cuyas seductoras modulaciones nunca habían sido oídas.

Habrá que decir también en ese problemático artículo, algo sobre el autor del *Romantisme Français*: decir, por ejemplo, que a veces no saca en forma explícita sus conclusiones, que no coordina lo suficiente, que las excelencias que atribuye al Clasicismo se hallan apenas esbozadas. El libro está, por lo demás, escrito con pasión, con apremio. El estilo suele ser enrevesado y violento, y a veces un tanto oratorio, dicción que no es precisamente la más adecuada para una obra de especulación filosófica. Al leer a Lasserre se sueña en Bergson, en su prosa transparente, en el maravilloso ensamble de sus ideas, en la clara arquitectura de sus libros, cuyas líneas precisas, armoniosas, evocan la euritmia de un templo griego. Eso es ser clásico. Lasserre es sólo un clásico teórico, un clásico por formación intelectual y no por temperamento. Ello pudo hacer prever desde un principio la futura evolución de su mentalidad. Andando el tiempo, su espíritu había de triunfar sobre su educación, y si la muerte no se interpone, quizás hubiéramos visto repetirse en él la historia del fiero sicambro. Al reflexionar en lo cual renace—imperativo—el viejo problema:  el Romanticismo y el Clasicismo fueron, en realidad, simples escuelas, o debe mir rseles, sobre todo, como modalidades permanentes del espíritu humano?

Raúl Silva Castro.

FRAGMENTOS

CUANDO era adolescente, me gustaba vagar en la noche por las calles de Santiago. Era una costumbre postiza. Si hubiese respondido a un anhelo profundo de mi alma, me las habría arreglado para mantenerla. Hoy concilio el sueño temprano y no despierto sino hasta que el sol dora los cristales de mi ventana. El sueño es sueño para mí, y no vigilia ni tormenta. Esto me tiene bien con la vida y me da fuerza para trabajar. Lo sé, lo siento.

Pues bien, cuando era adolescente, oí muchas veces, en plena noche, la carrera hostil del tren de los difuntos. Llamo así a un traqueteo de misterioso convoy que a veces cruzaba el aire de la ciudad dormida y llegaba distinto a mis oídos. Era el ruido de un tren en marcha que corría como encajonado entre cerros, de la sombra a la sombra. Sonaba como un tesoro metálico. Era tan poderosa la emoción que me producía este estrépito singular, que a veces me detuve confuso, para oírlo mejor, para no perturbar con el eco de mis pasos ese remoto temblor del aire en calma. La luz de los faroles nocturnos se hacía más aguda, y me parece recordar que en ese momento no cruzaban más vehículos a mi vera. Interrogué a menudo a mis acompañantes sobre aquella misteriosa fuga en el vacío.

Siempre me decían que no la sentían o bien que les parecía algo indistinto y vago.

Era sin duda un tren que corría hacia un mundo para mí ignorado y que llevaba a esa comarca de sombra algo monstruoso. Después lo he bautizado el tren de los muertos. Sí; es un nombre que le conviene, aun cuando está teñido levemente de un romanticismo de mal gusto. El romanticismo y el mal gusto de la adolescencia, poblada de ensueños vagos y misteriosos.

Con esta impresión pretérita combino una que me asalta a veces hasta hoy mismo. Hace pocos días, por ejemplo, al peinarme, abstraído frente a un espejo que me devolvía mi rostro sudoroso por el calor del mediodía, imaginé sentir una sirena que hacía señas. No era una sirena cualquiera sino precisamente esa sirena naviera que sólo se escucha en los puertos. La imagen fué tan viva que todo se transformó en torno mío. Me pareció vivir en la orilla del mar, donde los hombres están de tránsito y las cosas parecen prontas a la despedida. Me pareció que las circunstancias todas de mi existencia habían cambiado; yo mismo no era entonces el ser convencional que escribe unas líneas que no entenderá nadie y que a nadie gustarán, sino un hombre distinto. ¿Cómo era ese hombre? Me imaginé que mi vida había dado una vuelta brusca, como cuando un caminante distraído llega a una esquina y debe doblar de pronto, so pena de atravesar la calle que no había creído encontrar tan luego. Y que no era el hombre que soy, que debe ir a buscar esta tarde un traje que ha mandado planchar, sino un ser de tránsito, que debe emprender viaje cualquier día y que entonces seguirá ansiando lo contrario de lo que yo ansío, en esta envoltura, bajo esta máscara humana. Quiero decir que bajo esa personalidad que me revelaba

de súbito la voz—imaginada—de la sirena, mi deseo legítimo habría sido hacerme sedentario, siquiera por un breve tiempo, coger una rutina, adquirir una pauta de conformidad, mientras que hoy me agradaría ser vagabundo, siquiera por un poco de tiempo. Pero es inútil que intente explicar todo esto. Es muy difícil para mí, y después de todo, no vale la pena en absoluto.

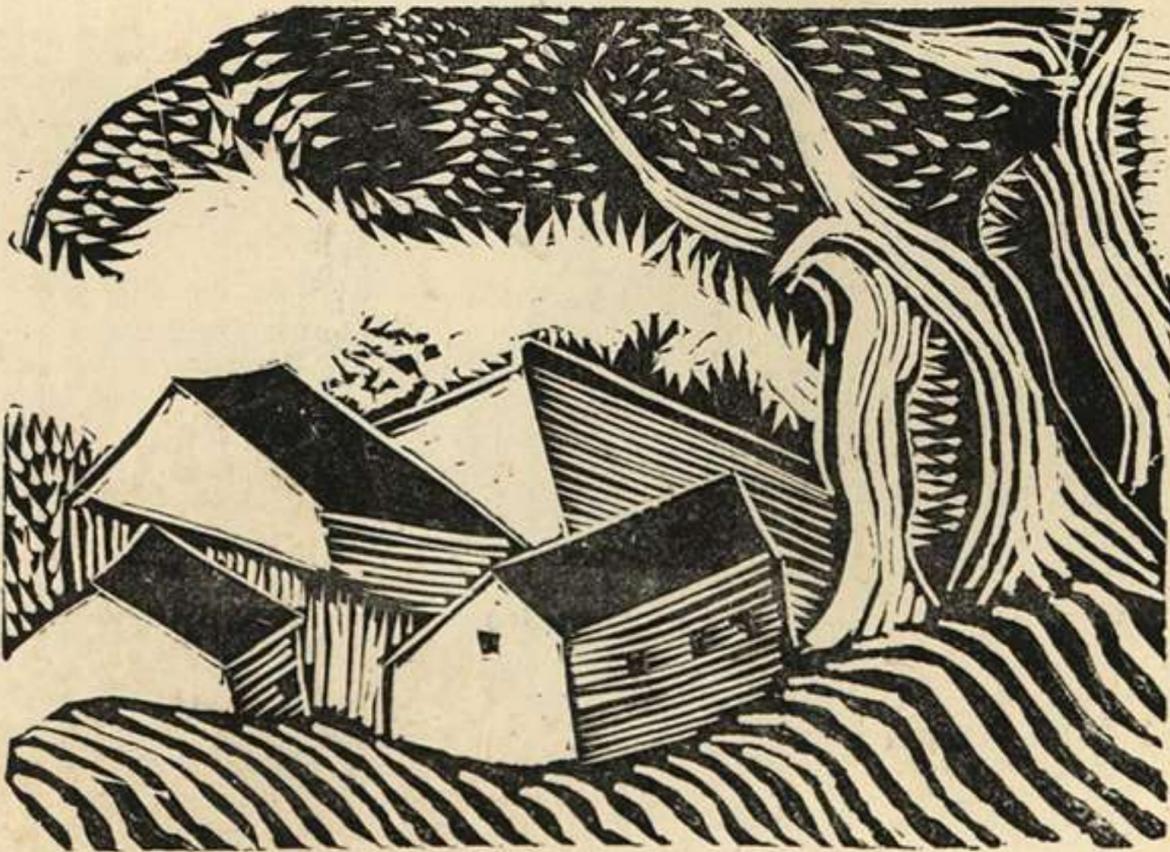
Yo no sé qué edad tendría cuando, a punto de calzar mis primeros pantalones de hombre, me convertí por algún tiempo en campanero de una iglesia. Por el interior de una vieja calle que se extiende hacia el sur de la Alameda se alzaba—se alza todavía—una modesta capilla construída de ladrillos. No tiene propiamente campanarios, sino dos improvisadas torrecillas dispuestas para albergar dos sonoras hermanas gemelas. Anexa a ella existe un pensionado de sacerdotes. Por sus pasadizos me introduje a veces, en unas tardes silenciosas, anheloso de sorprender la vida de los solitarios. Divisé en una sala grande y sombría una mesa de billar en que hacían carambolas dos venerables ancianos para los cuales los tacos eran seguramente más pesados que un bastón para manos de niños. En otras creí ver dormitorios, pobres dormitorios de célibes forzosos, en que jamás resuena la voz de la alegría. Raídas alfombras cubrían los pisos de estas habitaciones. Pero estas piezas se alineaban en corredores abiertos hacia patios frescos y sombríos. Patios en que la vegetación crecía con una abundancia fabulosa, gracias sin duda a los cuidados de un jardinero también viejo y achacoso. Hoy pienso que si las plantas hubiesen seguido la misma norma de abstención que presidía las existencias de esos sacerdotes, estos venerables hombres no habrían disfrutado de esa fres-

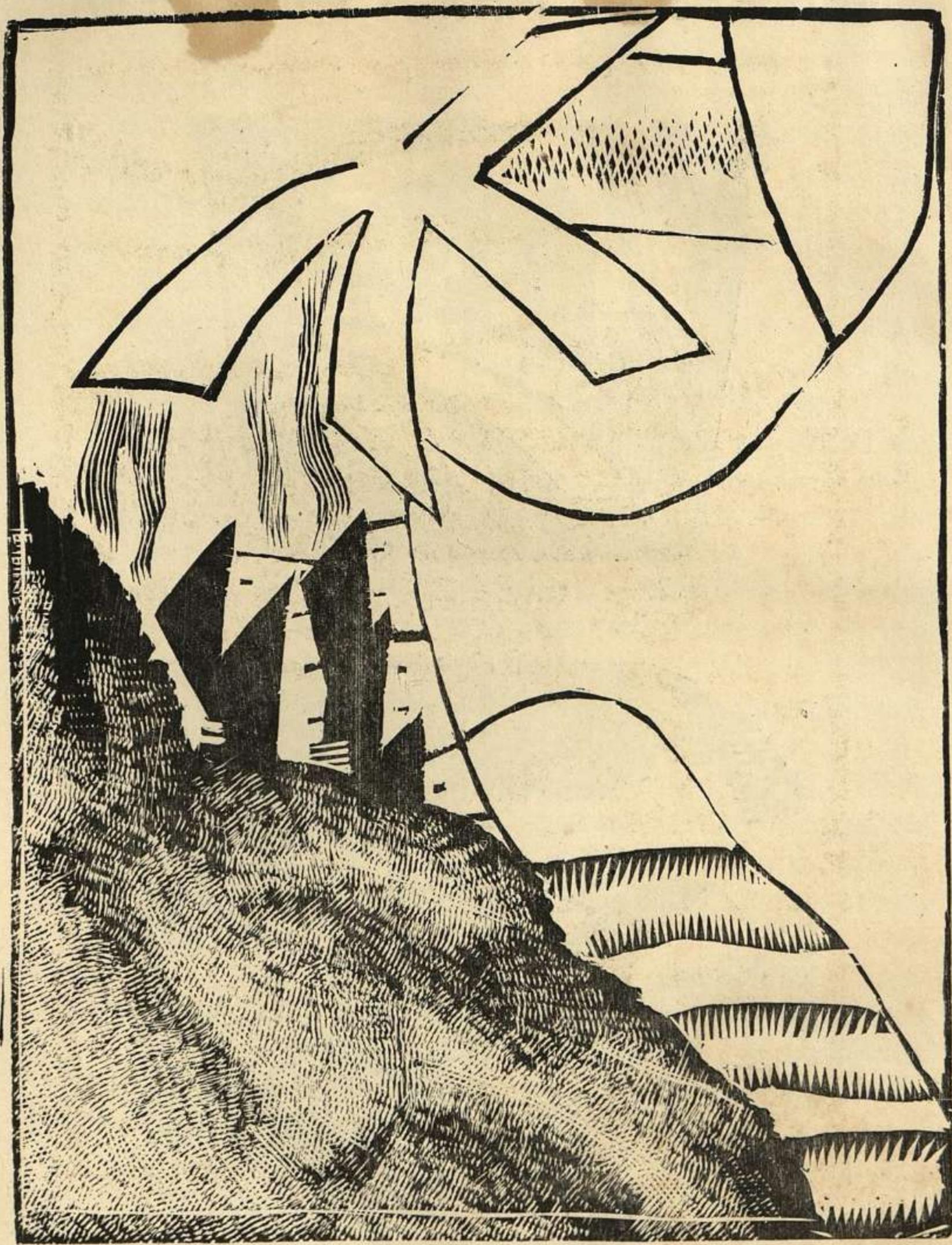
ca sombra que reconciliaba con el mundo. Pero estos pensamientos son blasfemos.

Gracias a no sé qué recurso extraordinario, yo que jamás fuí partidario de hacer amistades, me hice amigo del sacristán de esa iglesia. Era un hombre parecido al Chaplin que poco más tarde me iba a encontrar en las pantallas del cine. Quiero decir con esto que tenía los ojos brillantes, un bigote recortado como cepillo y el pelo un poco crespo. Era moreno como son todos los sacristanes chilenos, y también como todo ellos vestía con sencillez deslustrada. Sus maneras eran respetuosas; jamás se creyó autorizado a darme la mano, y siempre me trató con evidente cortesía. Cuando se cantaba, con solemnidad perfumada, el mes de María, mi misión era tocar las campanas que citaban a los fieles. Mi amigo el sacristán tenía mucho que hacer con el arreglo de las velas y de las flores; las beatas que llenaban en confuso enjambre los altares y entre las cuales por cierto no se contaba ninguna de mis tías, ni mis abuelas, ni mi madre, lo llamaban a menudo para que las ayudara en sus empeños. Yo entonces me subía por una escalera de hierro adosada a un muro y desde allí me colgaba de la cuerda que movía la campana. (En ese tiempo la iglesia no disponía sino de una. Hoy tiene ya dos.) La *seña* consistía en una agrupación un poco caprichosa de campanadas seguidas, a las cuales, tras un breve intervalo, seguía una campanada solitaria, que por eso resonaba más agudamente que las demás. Una vez tocadas las tres señas, el sacristán se iba a avisar al sacerdote que estaba encargado de la devoción, y la ceremonia comenzaba luego.

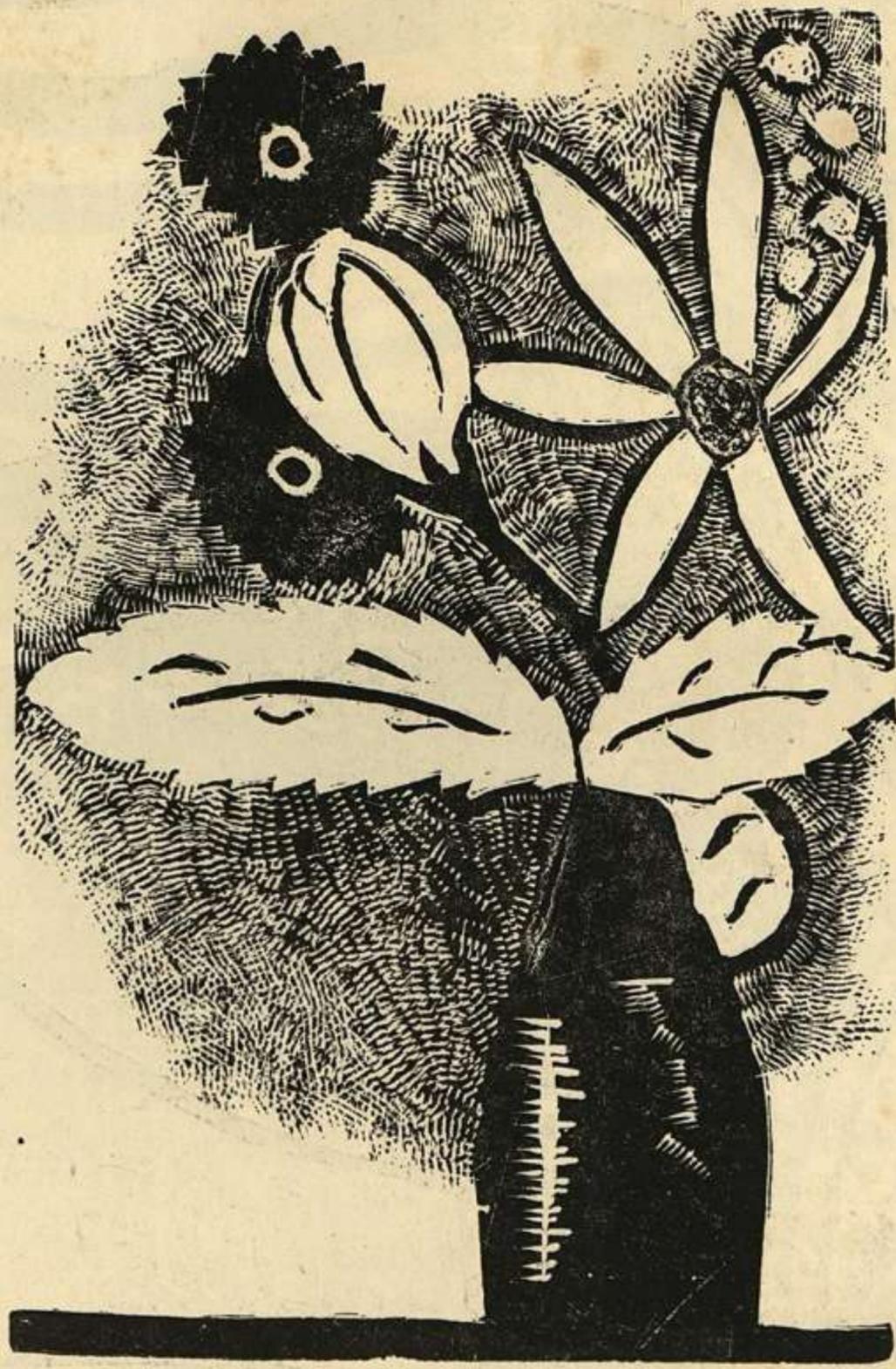
Muchas veces asistí también, discretamente asilado en la sombra de la sala, al acto en que el sacerdote se revestía de sus ornamentos. Era una ceremonia sencilla, a la cual mi amigo el sacristán ayudaba con expedición y respeto. En esa sala, el presbiterio, se musitaba apenas, y era frecuente ver al sacerdote mover los

MADERAS DE MARTA VILLANUEVA









labios en silenciosa oración mientras se le ponían los paramentos sagrados. Parecía abstraído en otro mundo, ajeno al ambiente terreno en que su cuerpo se movía. Pero si un paramento había sido mal colocado, lo corregía él mismo con presto movimiento y a veces por esta inadvertencia mi amigo el sacristán se llevó unas miradas que me parecieron coléricas. En unos armarios que cubrían la parte baja de las paredes se guardaban hábitos relucientes de sedas y bordaduras. En otros había un vasto depósito de velas de cera, de gruesos y formas diferentes, que despedían un cálido y pegajoso olor. En otros, en fin, se juntaban vinajeras, copones, paños para el altar y varias chucherías sagradas. Había paramentos especiales para ciertas ceremonias y para días determinados.

Entre los sacerdotes que vivían en el pensionado fui amigo sólo de uno, que era también profesor. Era un hombre altísimo, de antipática fisonomía. Sus pies eran enormes y sobresalían mucho de sus sotanas. Sus manos eran muy grandes, y a menudo, al accionar, las golpeaba fuertemente contra el vientre. Su abdomen era prominente, y las manos estrelladas sobre él producían un curioso ruido que no he vuelto a oír. Aunque era muy flaco, su vientre sobresalía de la línea general de su cuerpo. Esto daba a su figura un aire extraño, inarmónico, que conducía fácilmente a la hilaridad a quien viera en la calle, cobijada bajo un sombrero clerical de alas muy pronunciadas, tan desmesurada humanidad. Más cómico era todavía cuando—supremo lujo—reemplazaba ese sombrero de diario por otro de peludo fieltro, muy elegante, pero de alas tan breves que hacían un feísimo marco a sus abultadas facciones.

Un día me invitó a un salón de recibo en el pensionado de la iglesia de que vengo hablando, y me contó su viaje por Tierra Santa. Lo había hecho varios años antes, cuando era más joven, y a su recuerdo se emo-

cionaba. En el viaje había revivido una por una las etapas de la vida del Salvador, y a menudo asomaban las lágrimas a sus ojos cuando evocaba la belleza de los atardeceres de Tierra Santa, la paz del lago de Tiberiades, la torva hermosura del huerto de los olivos. De ese mismo viaje había traído unas reliquias que me mostró. Se trataba de unos fragmentos de maderos de la cruz del Salvador, de tierra cogida en el sitio en que estuvo clavada la Cruz, de hojas de los retoños de los olivos que el Rey del Mundo regó con su sangre.

No parecía tan conmovido cuando me mostraba esos tesoros como cuando me hablaba de las bellezas de la santa tierra israelita. Indudablemente se había familiarizado mucho con ellos, y en cambio su viaje no había sido más que uno y no se iba a repetir. Me regaló algunos de esos tesoros, y aunque me recomendó muchísimo conservarlos con cuidado, los perdí pronto. Los fragmentos del santo madero se confundieron un día cualquiera con esas hilachas que en el fondo del bolsillo le nacen a uno como por generación espontánea y que son como el sudor del traje. La tierra fué a dar a la tierra del patio de mi casa, y no se distinguía, a fe mía, de la que allí se encontraba. Las hojas de los olivos sacros se resquebrajaron, se rompieron en minúsculas partículas y terminaron por correr la misma suerte de los maderos. El hecho es que un día me sentí libre de las reliquias que el largo y flaco sacerdote me había donado con efusión de su ánima, y no me pesó. Apenas lo noté.

Por ese mismo tiempo debe haberse desencadenado en Europa una vasta tormenta. Algunos lejanos ecos irrumpían en nuestras habituales conversaciones, y poco a poco, se fueron diseñando los bandos y las preferencias. Idólatra de los austriacos—¿por qué? no lo sé—, yo fuí tímidamente germanófilo; más tarde me sedujo Francia por no sé qué detalle singular, pero luego fué Inglaterra la que me conquistó, y sólo por

Inglaterra me pareció justo que se librara la pelea. Pues bien, en las conversaciones que tenía conmigo el sacristán, también se habló a veces de la guerra. Una tarde del verano, próxima ya la noche, tratamos de estas cosas. Nos hallábamos de pie en el corredor al cual se abría la puerta del presbiterio. Nos hacía sombra una mata de madreselva que se elevaba reptando por un pilar y en lo alto se repartía horizontalmente a ambos lados, bajo el techo mismo del corredor. El olor de la madreselva se mezclaba a los de otras plantas florecidas; los pájaros chiaban para acompañar sus últimas diligencias tesoneras; de vez en cuando un tranvía agujereaba el aire en calma con su campanilla presurosa. Debo haber expuesto al sacristán las razones—sentimentales seguramente—por las cuales Francia monopolizaba por entonces mis simpatías, cuando de pronto me paralizó una curiosa frase que exhalaban con suma naturalidad sus labios de hombre maduro.

—Pero en París hay tantas p. . . .—dijo.

Eso era insólito. Yo había escuchado, es cierto, y también dicho muchas veces la palabra, y hasta cierto punto no tenía ya derecho a escandalizarme. Pero oírla en boca del sacristán era ya demasiado fuerte. Me imaginaba a ese hombre como dueño de una vida muy honesta y muy simple. En el ambiente eclesiástico había adquirido unos modales suaves, un poco redondeados, propios de quien tiene que tratar a diario con clérigos y beatas. En suma, la práctica del disimulo, virtud primera de la vida clerical, debía ser para él algo vivo y activo. Yo no era capaz de discernir entonces claramente ciertos matices. y con la conjunción de la hora y del sitio, las palabras del sacristán me parecieron blasfematorias. Había tomado en él por ascetismo lo que no era sino máscara necesaria para tratar con la gente de iglesia y que en ese momento con gusto abandonaba, puesto que yo no era de la misma cuerda.

Creo que esta leve impresión, sentida en plena niñez, ha tenido profunda influencia en mi ánimo. Poco tiempo después las ceremonias de la religión me parecían desprovistas de sentido y seguí concurriendo a la misa dominical por imposición casera, pero no por voluntad mía. Por esos mismos días también cambié el curso de mis lecturas. A las inocuas páginas de Julio Verne y de Enrique Salgari siguieron tímidas y repetidas exploraciones en Pío Baroja, en Dickens, en Azorín. El concepto del mundo se fué transformando para mí. Me pareció, por momentos, que había encontrado mi camino.

Instintivamente les tengo miedo a las triviales amistades de los viajes. Me parece ilegítimo que los hombres traten de conocerse cuando van desplazándose; es decir, cuando han dejado su persona verdadera, su habitual postura, para adoptar la convencional careta que el viaje exige. Para no dar entrada a mi intimidad a los que aspiran a penetrar en ella, me envuelvo en una inmutabilidad hosca, impropia para las frívolas relaciones que el viaje hace prosperar. Comprendo que sería divertido hacer lo contrario, y seguir la corriente del mayor número. Es lógico que se entretengan mucho los viajeros frívolos que bailan, se sacuden, juegan, se sondean sobre sus gustos respectivos y sus congruas vidas. Pero yo no he nacido para eso. La amistad es algo más que el contacto de dos manos que se estrechan y mucho más que las palabras de convencional cortesía que se cambian entre los viajeros. A mí no me interesa en absoluto saber si el vecino de mi litera, a quien no había visto nunca antes y no veré nunca después—¡a Dios gracias!—, ha dormido bien. ¿Por qué me lo pregunta a mí, pues?

Los hombres que viajan a sus anchas son hombres

acorazados y hombres para los cuales no existe ninguna vida interior. Cuando yo viajo hay unas fibras delicadas que me van desgarrando los trenes con su aullido, las estaciones, las maletas hacinadas, los crujidos y bruscos vaivenes de los vehículos, el olor del carbón que se respira en todas partes, los muelles, la pasarela de los barcos que de pronto se retira, mientras entre el buque y la orilla se va precisando una distancia que crece; las lenguas enrevesadas, el pañuelo que no me despide a mí, y que si a mí me despidiera, me molestaría mucho; el estrecho pasadizo donde se hacen los pánicos en las noches de tormenta, el abigarrado bazar del peluquero de a bordo, el cielo que huye con el mar y como él se repite, todo eso, en fin, de que está compuesto el viaje. ¿Cómo sería posible que cuando me voy sintiendo sangrar un poco en cada detalle tuviese tranquilidad suficiente para entablar una nueva relación? Por lo demás, yo quiero mis tardes para mí. En mi maleta he puesto unos libros que anhelo devorar y unos papeles que quiero cubrir de letras. No; no puedo dilapidar horas que son mías y que nadie sino yo sabrá colmar con una pequeña tarea y con una pequeña, recatada, dicha.

Esos otros viajeros desaprensivos, bien lo sé, son los únicos que sacan fruto del viaje. Ellos encuentran unas mujeres alegres, descocadas, que se dan maña para despistar a sus maridos o que los dejan simplemente en tierra. Esas mujeres reciben a esos viajeros con una sonrisa y no vacilan en entregarse a ellos. Es una clase de mujeres que yo no conozco. No temo decirlo: todas las mujeres que conozco tienen la psicología femenina tradicional; es decir, no se entregan a la experiencia sexual por simple deseo de aventura o por curiosidad o por mera sensualidad, como hacen los

hombres fácilmente, sino que piden contenido emocional al minuto que pasa. Es un destino extraño, pero es mi destino. No lo defiendo ni lo injurio; no me parece mejor ni peor que otro alguno. Anoto sólo su carácter definidor y lo inscribo en la órbita de mis pasos.

Jaime Torres Bodet.

CERCANIA DE LOPEZ VELARDE

IMAGINO los usos nuevos, delicados, patéticos, ingeniosamente imprevistos, que el habitante de una isla excluída de la civilización podría dar a los objetos de mi despacho si el mecanismo del naufragio, tan difundido por las novelas de aventuras, tuviese aún, en nuestros días, la eficacia, la convicción o la honradez bastante para arrojarlos, en resaca oportuna, a los pies de alguna choza o sobre la arena de algún litoral. ¿Qué voluptuoso reclamo de fauno haría gemir sobre la flauta improvisada, por ejemplo, con el cañón de una pluma fuente? ¿O qué misterioso fetiche—de verbo, como el de un Dios, periódico y oculto—adoraría en el recinto de una radiola?

Una de estas recreaciones del universo hace, científicamente, la autoridad imaginaria de los arqueólogos. Otra, transportada al terreno de los vocablos, enriquece la obra de los poetas. Y así es como el juego de la reencarnación de los términos inspira a Ramón Pérez de Ayala, en *Bèlarmino y Apolonio*, la graciosa alteración del idioma de que se anima el español al pasar por la retórica primitiva de su personaje.

No es poco frecuente, en efecto, que una lentitud de la atención en la plática de algún amigo o en la prosodia de algún discurso, nos deje en las manos, recién caídas de la rama del concepto, una frase, una palabra,

una sílaba, llenas de sugestivos misterios. De estos hallazgos purísimos, la vida moderna—tan complicada por los tecnicismos usuales—ofrece al espectador un amplio repertorio. Pero sería inútil perseguirlos. Su calidad, su precio, su condición de goce están en la sorpresa; viven del entorpecimiento de la conciencia que los disfruta; se instalan sobre el estupor de la atención, un instante abolida, que los reconoce.

En estos paréntesis de placidez las palabras ya no tienen otro valor que el plástico y gratuito de su volumen, de su sonoridad, de su peso. Gracias al milagro—en que todo arte se goza—los espíritus recobran el uso de esa capacidad de libre disposición de sí mismos de que la cultura los priva. ¡Qué claros y, a veces, qué recargados del sentido barroco del argumento nos parecen entonces los poemas más elípticos de un Góngora o de un Mallarmé! Desatendidos, un minuto siquiera, de los privilegios de la literatura, ¡qué opaca advertimos, al fin, la significación concreta de las cosas!

Mesa, libro, teología, infelicidad... Palabras que sólo el uso ha conseguido amoldar a la forma de los objetos que evocan, pero que, en una deliciosa humorada de *enfant terrible*, el descuido de la atención, lógico y vigilante como el del sueño, cambia de sitio, súbitamente, en la casa metódica, de familia burguesa de Franz Hals, con que podríamos comparar nuestro vocabulario.

¿Por qué arbitraria síntesis, que la pereza prolonga, estas cuatro letras de la palabra *mesa*, contienen la realidad del mueble en que leo, y, apoyada en su imagen, la del otro, ya un poco increíble y esquivo—¿soñado? ¿visto? ¿sentido?—en que escribí lo que estoy leyendo. Del uno me sorprende la solidez. Pero del otro recuerdo la línea. De otro más, todavía legendario, exagerando la fantasía con la memoria, me seduce el color. *Mesa*. Pronuncio sus sílabas mentalmente, varias veces, hasta que la repetición—como la velocidad de las ruedas,

que hace desaparecer la forma de los radios—me salve del sentido que me representan. Mesa. Libro. Teología. Infelicidad. No sé ya, en este principio de olvido, si teología es el nombre de una mujer italiana o, por contraste dantesco, si Beatriz es el título de una metafísica facultad. Ignoro si libro es un signo del Zodiaco o un instrumento de tortura. No preciso si el término infelicidad corresponde a un estado del espíritu, al recuerdo de una ciudad conocida en la geografía de un drama de Ibsen o a un modelo de traje de noche. Confesémoslo. ¿No sería casi plausible decir de algunos de los invitados que se presentó a nuestra fiesta vestido de infelicidad? Imaginemos, sin embargo, con risa, la protesta inmediata del redactor de Sociales y Personales. Y, no obstante, ¡cuántas veces el crítico—el mejor de los críticos—imita, en arte, los procedimientos del cronista de sociedad!

El idioma, apreciado en conjunto, desde el punto de vista de la inteligencia, puede compararse, una vez más, con la instalación de una buena comunicación inalámbrica. Mediante una clave convencional, un signo, un escalofrío, una contraseña magnética, un grupo de ondas instala—sobre la pauta del alta voz—el escenario invisible de un ballet ruso, la tribuna de un orador político o el marco, los gritos, y los timbrazos enérgicos del referee, en un combate de box. Pero ¡qué ligera alteración de la graduada ruedecita indicadora basta para hacer estallar dos continentes de sonidos! Un grado más, a la izquierda, derramaría la líquida romanza del tenor en el segundo acto de *Lohengrin* dentro del alarido espeso, sólido, con que un team de «foot-ball» corea su triunfo en el estadio. Un grado menos, hacia la derecha, desordenando latitudes, adelantándose a Ravel, instalaría a Paul Whitemann y a una pequeña orquesta de jazz sobre la marea hegeliana—tesis, antítesis, síntesis—del océano filosófico de Bach.

He citado, un momento antes, al *Belarmino* de la novela de Pérez de Ayala. Quiero insistir en él porque me proporciona un ejemplo característico de estas recreaciones poéticas del lenguaje que me interesa revisar y a las cuales, estimada en sus justas proporciones, se parece tanto la aventura retórica de Ramón López Velarde.

Belarmino es un extraño filólogo que dispone del mundo—del «cosmos», según él lo llama—desde el taburete en que su hija le coloca diariamente el diccionario. En su especulación, comprende, sin embargo, que «vivir es conocer y conocer, crear. Es decir, dar un nombre».

En el cosmos—afirma Belarmino—están los nombres de todas las cosas, pero están mal aplicados, porque están aplicados según costumbre mecánica y en forma que, lejos de provocar un acto de conocimiento y de creación, favorece la rutina, la ignorancia, la estupidez, la charlatanería gárrula y el discurso vulgar. En el cosmos están los nombres como aves en jaula, o como seres vivos, pero narcotizados y en sepulcros.

Belarmino—añade Pérez de Ayala—hallaba una manera de placer místico, un modo de comunicación directa con lo absoluto cuando rompía los sellos sepulcrales para que se alzasen los vivos enterrados y abría las jaulas para que las aves saliesen volando.

Y es así como, por un curioso procedimiento de integración—absolutamente respetuoso del sujeto—el filólogo Belarmino, desde su humilde taller de zapatería, llega a sentir como equivalentes estas dos realidades tan distintas: camello y ministro del gobernante, dromedario y ministro del Señor.

—¡Locura! declarararán muchos lectores apresurados, frente al taller de zapatería de *Belarmino*. Pero, en el fondo, una revolución esencial se incubaba ya al calor de estas meditaciones sedentarias. Una revolución indescriptible que, de poder llevarse a la práctica, daría al traste con instituciones y gobiernos, con dog-

mas y con filosofías. Una revolución tanto más veloz cuanto más abstracta y tanto más violenta cuanto que no la dirigían los generales, sino los poetas. Y ya se sabe que éstos, desde que Platón los arrojó de su República, están queriendo probar de algún modo sus capacidades de acción.

La primera impresión que produce, a la lectura, una poesía de Ramón López Velarde, es precisamente la de haber penetrado, de pronto, en una casa saqueada. Pero, inmediatamente, del desorden visible, las incoherencias mismas van tranquilizando nuestro sentido de la propiedad. Sí, ha habido violencia, pero los saqueadores no se han llevado consigo nada de lo que habían venido a robar. La cortina ha desaparecido de la puerta que protegía, pero no ha desaparecido de la casa; ahora vibra, como una túnica sobre el busto de una Minerva, estilo Imperio, de 1810. El espejo no ha huído del marco que lo encerraba. Se ha vuelto de espaldas, cara al muro, acaso para no presenciar la escena de robo que nuestra llegada al salón—es decir, nuestra curiosidad en la lectura—ha conseguido evitar.

Habitados a la insensibilidad de los adjetivos elocuentes, los lectores de 1918 nos sentíamos ofendidos, ante los poemas de *La Sangre Devota* y los de *Zozobra*, aun no coleccionados, por algo que era, precisamente, un triunfo de la sensibilidad. Cuando López Velarde, en una espléndida evocación de las aldeas y de los campos atravesados por la cólera revolucionaria, escribe:

Hasta los fresnos mancos,
los dignatarios de cúpula oronda,
han de volver las quejas de la torre
acribillada en los vientos de fronda,

un extraño malestar, de devoción mística, nos sobrecoge. Y como toda expresión poética, cuando es realmente acertada, nos parece también misteriosa y di-

fácil como un milagro, buscamos con inquietud los orígenes de una adivinación que, a mi juicio, reside sólo en el juego de estos dos términos: la evocación significativa de la torre y la calidad de la palabra *dignatario* que, aplicada a los fresnos amputados por la metralla y reunida a la cúpula oronda del final del verso comenzado, les da, en seguida, una solemnidad y una resignación de sacerdotes cristianos del martirologio.

Otra estrofa de un poema sin título reproduce en *Zozobra*, con vocablos diferentes, esta misma experiencia de transiciones idiomáticas puras. La cito porque se refiere también a imágenes plásticas del culto y a la decorativa tradición visual del catolicismo, que López Velarde reitera:

Mi corazón leal se amerita en la sombra.
Es la mitra y la válvula... Yo me lo arrancaría
para llevarlo en triunfo a conocer el día,
la estola de violetas en los hombros del Alba,
el cingulo morado de los atardeceres,
los astros y el perímetro jovial de las mujeres.

Salvo el último verso que, de un salto a las estrellas —como en la balada de Banville—, nos traslada de nuevo, no sin contusiones, a la ironía y a la ternura de la sexualidad, la estrofa toda vive de sus solas resonancias lingüísticas. En efecto, al referirse a su corazón, el poeta se detuvo en esta palabra: «mitra», de la que el contenido fisiológico le parece menos real que el otro, suntuario, de la mitra de los arzobispos. Por eso ha recordado, en seguida, la «estola» de violetas y el «cingulo de los atardeceres». Por eso también—mirando el espejo con el espejo y pasando de una metáfora a otra, sin contacto con la realidad—llega a esa refracción de los valores sensibles de la palabra «alba» que puede ser entendida, aquí, en sus dos significados: lo mismo como la túnica blanca de los sacerdotes, que

como la claridad cotidiana, ciertamente angustiosa, que precede a la salida del sol.

Esta combinación de religiosidad devota y de poética intrepidez, estas sujeciones a los cánones del dogma y estas rebeldías a los de la gramática, se repiten de un extremo a otro de la obra de López Velarde en forma tal que se implica deliberada. Así tenemos, en *Todo*, acaso la composición más perfecta de *Zozobra*, esta declaración:

En mí late un pontífice
que todo lo posee
y todo lo bendice;
la dolorosa Naturaleza
sus tres reinos ampara
debajo de mi tiara
y mi papel instinto
se conmueve
con la ignorancia de la nieve
y la sabiduría del jacinto.

Y, páginas adelante, en aquella deliciosa estampa sensual que principia *Te honro en el espanto de una alcoba perdida . . .*, el dístico en que describe a la amante:

Ya que tu abrigo rojo me otorga una delicia
que es mitad friolenta, mitad cardenalicia . . .

O, por último, estos versos, sorprendidos en una poesía anterior, de carácter evidentemente juvenil:

Y una Catedral y una campana
mayor que cuando suena, simultánea,
en las avemarías, me da lástima
que no la escuche el Papa.

Porque la cristiandad entonces clama
cual si fuese su queja más urgida
la vibración metálica

y al concurrir ese clamor concéntrico
del bronce en el ánima del ánima
se siente que las aguas
del bautismo nos corren por los huesos
y otra vez nos penetran y nos lavan.

Tratando de descubrir en la obra de López Velarde algunos ejemplos de expresiones poéticas desviadas verdaderamente del sentido útil de los vocablos, se tropieza, sin quererlo, con el prestigio más dramático de su influencia: el fervor. ¿Quién se atrevió a decir, alguna vez, que forma y fondo eran cosas opuestas?

El fervor en el lirismo de López Velarde no está—por fortuna—y ésta es su superioridad específica sobre el *Belarmino* de la novela de Pérez de Ayala, en el juego de azar de las palabras con las imágenes. En este sentido ¿cuántos poetas de hoy—y no exceptúo a muchos de los mejores—pudieran afirmar haber salido, realmente, del período verbal de *Belarmino*?

Hay un estilo de palabras que López Velarde sintió—que padeció muchas veces—pero de cuyas estrategias no se satisfizo nunca. Latía en él, si no el pontífice laico con que orgullosamente se compara, sí un apasionado apetito humano que restringió en su obra el campo del artista puro, sin que, de tales limitaciones, su cantidad de poeta pudiera realmente sufrir. Las cualidades que le legó no serán de la misma limpieza y del mismo desinterés que las expresivas que hasta ahora hemos advertido, pero, en cambio, dan la impresión de ser más durables. Y—¿por qué no?—también más valiosas.

Para entender la poesía de López Velarde debe partirse de un postulado que no la limita tanto cuanto la sitúa. López Velarde fué siempre, y constantemente, un poeta de la provincia. De la provincia mejicana es no sólo el acento religioso de sus mejores poemas, sino el calor y la ternura de la ensoñación amorosa, la in-

culta sustitución del sentido personal por el auténtico en los adjetivos y de los sustantivos de que su anécdota se sirve. Pero, por encima de todo, pertenece a la provincia mejicana ese vago estremecimiento del paisaje que no está nunca al margen de sus poesías—como sucede en las de los escritores de la ciudad cuando salen al campo—sino tejido con su materia última, digerido en su substancia, disuelto por su intimidad.

El significado de la provincia ha sido tan cruelmente modelado por la novela del siglo XIX que casi resulta peligroso elogiarla, en nuestros días, como un remedio de lentitud a la velocidad de que nos hallamos enfermos. Y, sin embargo, es preciso reconocer que, a pesar de sus intrigas familiares y de sus antipatías de campanario—o acaso por coincidencia con la actitud moral que estas mismas debilidades suponen—, la provincia ha sido, siempre, a partir del Romanticismo, la gran proveedora de nuestros poetas. Este fenómeno, que no sabríamos limitar a Méjico, no es tampoco característico de la América española, ni, en última instancia, complementario de la psicología racial hispánica que ha defendido siempre, en punto a escuelas líricas, una devota subordinación y concordia con el paisaje. Francia, tan disciplinada al yugo de la capital, no expresa, en las reputaciones que París autoriza, sino la consagración artística de los esfuerzos que las provincias le muestran. Veinte siglos antes, en la Roma de Augusto ¿qué otro encanto traía, a la corte del Emperador, el poeta de las *Geórgicas*?

La delicadeza escrupulosa que Ramón López Velarde demostró dentro del artificio ha sorprendido a muchos de sus comentaristas y les ha hecho dudar, erróneamente, de la calidad regional de su estética. Comprueba una equivocada interpretación de lo que es la provincia el creer que su simplicidad esté más alejada del artificio que la complicación de nuestras ciudades. Quien lo duda, debe reflexionar un instante

acerca de todas las violencias que la sensibilidad del siglo XVIII tuvo que hacerse a sí misma para llegar, en una refinada decadencia, a percibir la *naturalidad* de Rousseau.

Placen a la vida mecánica de la urbe la simplificación de la elegancia y el concepto, cada vez más desnudo, del individuo. Si esta monotonía del mayor número no se formase, la coexistencia de cinco millones de habitantes en Berlín o de siete millones en Londres ocasionaría a cada minuto una colisión inmoderada de épocas y, en Nueva York, una verdadera lucha de razas. El sentido de la policía—y, en cierto modo, el de la civilización—exige siempre el sacrificio de algunos de nuestros valores originales. De estos, por desgracia, el lirismo no es el más lento en desaparecer.

Cuadra al contrario al demorado ritmo en que la vida de provincia se desarrolla, una abundancia de lentitud, indispensable al florecimiento de las manías. Por eso la mitología democrática, es decir, la novela burguesa de Dickens o de Balzac, prefiere instalarse sobre el escenario de la provincia. Y cuando un *Padre Goriot* o un *Oliverio Twist* surgen en un rincón de la urbe, escogen alguno de esos barrios herméticos en que la limitación de los caracteres evoca atrozmente, en las grandes ciudades, la tensión individual de los odios y las antipatías de las pequeñas aldeas.

Hemos oído hablar, no hace mucho tiempo, a un ingenio extraordinariamente sutil, de la deshumanización del arte. ¿Qué había en el fondo de esta expresión? ¿Se trataba, acaso, de un hastío del hombre por el hombre? ¿Era el principio de una terrible ingratitud de la criatura para con el creador?

Tanto se ha dicho ya en torno a esta doctrina, tanto se calla, que de las reflexiones más erróneas de quienes la comentan, podemos desprender esta interpretación: El arte, como fruto del nuevo tipo de colaboración social que la ciudad representa, exige de cada obra un

mínimum de humanidad, o, lo que es lo mismo, un mínimum de discrepancias vitales, dentro de un *standard* de similitud superior. Concebida en tales términos, la sugestión de Ortega y Gasset coincide con la doctrina moral de un Boileau y se expresa a merced al gran ejemplo clásico con que la época de un Luis XIV la ilustra.

¿Qué es, en efecto, un clásico—ha dicho alguna vez André Gide—sino un escritor modesto? ¿Y qué debe entenderse por modestia, en materia artística, sino esta prudencia de lo personal y esta no exhibición de lo humano de cada quien, que nos pondría en condiciones de ignorarlo todo acerca de la vida de Racine o de Descartes, si no hubiesen estado allí los biógrafos que la reseñan?

El caso de la edad clásica que inspira esta interpretación de la modestia en la literatura francesa indica hasta qué punto una al menos de las actividades superiores del arte es incompatible con el desarrollo de la timidez. Me refiero, concretamente, a la poesía lírica.

Si apartamos por un momento los hallazgos de algunos poemas de La Fontaine—y, especialmente, del *Adonis*—, ¡qué pobre en realizaciones líricas se nos presenta el siglo de Pascal y de Madame de la Fayette, tan rico, en cambio, en máximas morales, en novelas psicológicas y en comedias de caracteres! Perseguida del escritor, la humanidad se refugia en el argumento, por la misma razón por la que, ahuyentándola de la anécdota, la encubrimos con la sensibilidad.

Pero ocurre que el lirismo requiere precisamente, para su éxito, un «desarrollo monstruoso del yo»; es decir, un apogeo de las condiciones circunstanciales del artista que no puede divorciarse de cierta individualidad, exhibición del hombre. De aquí el concepto de la poesía de circunstancia.

Tal apogeo del hombre, no siempre contenido por

los escrúpulos del artista, es idéntico al que traiciona, en determinados retratos de provincia, el rebuscamiento torpe, pero personal, y—digámoslo de una vez—absolutamente lírico, del problemático elegante de la población. Ahora bien, lo que el hombre de mundo exige—y ha exigido siempre—en sobriedad y en impersonalidad de adornos a su semejante es lo que el crítico de gusto pide, con insistencia, al buen escritor. Y en esta discreción de las maneras coinciden lo mismo el *honnête homme* para cuya delicada aprobación componía Molière el Alceste de *Le Misanthrope*, que el «varón discreto» que inspiraba a Gracián el fino continente ideológico de sus Tratados.

Sucedo, por desgracia, que el público formado exclusivamente por estas asambleas de *honnêtes gens* y estos cenáculos de *discretos* no es nunca el más apropiado para juzgar del ímpetu o de la cantidad de una producción lírica. Por esto se explican muchas aberraciones del gusto. Y así se llega a perdonar la crueldad de aquel *parterre* de Reyes que, hace aproximadamente un siglo, en un teatro de Viena, pudo preferir—por lealtad misma con su cultura—la gracia civilizada de una ópera de Rossini a la sublime y solitaria aspereza del júbilo en la *Novena Sinfonía*.

La manera en que afirmo que la provincia contribuye a la poesía no es añadiéndole obscuridad impersonal, sino acentuándole personales particularidades. Siento, por otra parte, que esta contribución no haya sido percibida frecuentemente por conducto de la pereza, que es una capacidad de la delicia, sino por el de la lentitud, que representa una incapacidad de la rapidez. Y cuando clasifico a Ramón López Velarde entre los poetas de la provincia, no entiendo restringirle ninguna especie de méritos. La universalidad de una obra no está forzosamente proporcionada al cosmopolitismo de su escenario normal, ni corre parejas con las dimensiones de la aspiración de su autor. *Ouvert la Nuit*,

de Paul Morand, es más genuinamente francés y, en el fondo, más restringido—a pesar de la ubicuidad europea de sus personajes—que inglés *El Artista Adolescente* de Joyce, que no juega con latitudes de carta geográfica, ni busca otra amplitud que la de su sinceridad.

Quienes al sentido provinciano que encuentro en la obra de López Velarde oponen el atrevimiento de su insumisión para la poesía post-simbolista, no me han entendido, puesto que lo provinciano de la actitud que señalo en él no reside en la timidez—más frecuente en las grandes ciudades que en las pequeñas aldeas—sino en la audacia. Un hombre de la ciudad no necesita dar voces especialmente violentas para seducir la atención de su público. Con detenerse unos minutos, en un momento dado, en el cruce de dos avenidas congestionadas por el tráfico, habrá violado tantos complicados mecanismos de la sociabilidad que esta sola lentitud tomará, casi, las proporciones de una verdadera rebelión. En cambio, en provincia ¡qué sucesión de delirios ha de fingir el hombre de talento para que los parientes de su familia—por el solo hecho de haberle visto nacer—no lo desprecien indefinidamente!

De aquí, en el inteligente de la provincia una falta de medida, aun en el acierto, que lo separa en seguida del inteligente de la ciudad. Por esta falta, de cuyo margen se enriquecen las incertidumbres del gusto, se deslizan—como por un cauce propio—los caudales de un inconfundible lirismo. Así se justifica en López Velarde el sistemático esfuerzo de sustituir por el adjetivo grave, certero casi siempre, el esdrújulo, ampuloso y más o menos indefinido. Donde alguno podía decir: *universal* apunta él, pintorescamente, *ecuménico*. Y donde otro escribiría *un niño*; él ve, inmediatamente, *un párvulo*. Muchos, temerosos de una alusión demasiado indiscreta, no nos atreveríamos, al hablar de nosotros mismos, a afirmar, con el desenfado con que él lo hace: *mi persona*. Mas él se expresa así,

por la misma razón que obliga a los Brummeles de una provincia a instalarse, todos los días, dentro de la solemnidad aparatosa del chaqué. Y lo curioso es que su admirable intuición poética no naufrague en estas faltas de tacto que, gracias a las evocaciones completas en que las descubrimos, no resultan jamás verdaderas faltas de gusto.

Gocemos, en efecto, del «párvulo» de que antes, desprendido él de la atmósfera del poema en que lo sorprendimos, nos habíamos apresurado a sonreír. El poeta, al referir el retorno maléfico al hogar destruído por la batalla, insinúa, entre las ruinas, un delicado trozo de paisaje rural, plagado deliberadamente de giros en desuso y de vocablos envejecidos:

Las golondrinas nuevas, renovando
con sus noveles picos alfareros
los nidos tempraneros;
bajo el ópalo insigne
de los atardeceres monacales,
el lloro de recientes recentales
por la ubérrima ubre prohibida
de la vaca rumiante y faraónica
que al párvulo intimida...

¡Qué bien se explica aquí, insertada después de la estampa escolar de la *vaca faraónica*, esa visión del pequeño *párvulo* intimidado que, antes, nos parecía una mera pedantería de colegial!

No tengo a la mano—y lo deploro—las excelentes páginas que José Gorostiza leyó acerca de la obra de Ramón López Velarde en una de las conferencias organizadas por la Biblioteca «Cervantes» de Méjico, en 1924. No obstante, si la memoria no me traiciona, creo poder afirmar que ya en ellas se proponía cierto aspecto del provincialismo de su poesía como un recato y una ternura del sentimiento dentro del panorama de la edificación nacional. El comentario a esta parte del lirismo de López Velarde me llevaría por lo pronto a si-

tios que no quiero tocar de paso; pero que no me resigno tampoco a dejar para el convenio precario de una alusión. El problema del arte mejicano se encuentra ligado con dificultades técnicas, históricas y políticas demasiado complejas para creerlo resuelto por una simple buena intención de nuestro patriotismo... No deja de ser curioso, sin embargo, el hecho de que *La suave patria* sea precisamente el poema en que López Velarde, al querer superar las fronteras de su regionalismo—de su comprensión deliciosamente parcial de las cosas—, se haya visto precisado también a disminuir el hermetismo patético de su expresión. Comparadas con *Todo*, con *Tierra mojada*, con *Mi corazón se amerita...*, con *Hoy como nunca...*, los versos de *La suave patria* dan la impresión de una renuncia deliberada a los modos esquemáticos de pensar que la poesía de Zozobra había llevado hasta la desnudez despojada y despejada del Algebra. No quiero decir con estas reticencias que *La suave patria* implique un decaimiento del poeta, sino un propósito de vulgarización en sus procedimientos, el deseo de vestirse ya con una cultura... Los hallazgos felices abundan todavía. Citaré algunos, que están ya en todas las bocas y que, a pesar de ello, no han perdido aún su sabor esencial y fragante:

El relámpago verde de los loros.

En calles como espejos, se vacía
el santo olor de la panadería.

Oigo lo que se fué, lo que aún no toco
y la hora actual con su vientre de coco...

Desde el vergel de tu peinado denso...

Como la sota moza, Patria mía,
en piso de metal vives al día (1).

(1) Sería interesante hacer notar hasta qué punto se anticipó en las conquistas de cierta poesía española, rica en imágenes—como la de Federico García Lorca—, esta manera de la sensibilidad de López Velarde para lo plástico.

Cito muchos. Y considero que son todavía más numerosos que los citados los que el temor de parecer prolijo no me autoriza a añadir. Pero, a cambio de estas sorpresas, de estas *iluminaciones*, ¡cuántas lenticitudes y cuántas indecisiones de estilo que las estrofas de *Zozobra* no contenían!

Por ejemplo:

Suave Patria, te amo no cual mito
sino por tu verdad de pan bendito.

Inaccesible al deshonor, floreces...

No como a César el rubor patricio
te cubre el rostro en medio del suplicio.

El alma, equilibrista chuparroza...

Cada uno de estos renglones encierra el eco de un vicio, la torpeza de un aprendizaje, el reflejo de una retórica extraña. El segundo parece de un discípulo de Quintana. El tercero recuerda la fraseología académica de José Santos Chocano. El último evoca las peores imitaciones sentimentales de Gutiérrez Nájera. En los más graves errores cometidos por López Velarde antes de *La Suave Patria* había, en cambio, tales acentos de integridad personal, de mundo poético aparte, que no me es posible elogiar esta poesía suya, demasiado célebre, sino como un magnífico ensayo de transición. De transición hacia mayor popularidad... Pero no hacia mayor transparencia.

Lo peor que puede ocurrir a ciertos ángeles es que un profesor de gramática les enseñe a leer y a escribir. Lo más grave que puede ocurrir a ciertos poetas es perder sus límites, hacer más abundante su léxico, cambiar su profundidad por una promesa—casi siempre ficticia—de mayor extensión. No sé por qué imagino que Ramón López Velarde se hallaba, cuando la muerte

lo arrebató de nuestro lado, en trance de este peligro. Por una parte su mundo—de formas artificiales y herméticas—necesitaba, como el de todo gran poeta, de una sustitución del Diccionario de la Real Academia por el tratado del «cosmos» de *Belarmino*. (Hay metáforas, en efecto, que sólo a través de otras metáforas se pueden comprender.) Pero, desde otro punto de vista, el contacto con una cultura al alcance de todos, eso que José Bergamín ha llamado con tanta exactitud la *decadencia del analfabetismo*, le inducía a traducir los decretos de su reino alucinado al lenguaje de todos los días. Y esta actitud, que supone una desconfianza de la magia, afirma siempre una abdicación.

«Toda el agua del mar no bastaría a lavar de nuestra obra una sola mancha de sangre intelectual» escribió, en página todavía luminosa, la pluma de uno de los más crueles maestros de la sensibilidad contemporánea. Frente al espectáculo de la poesía de López Velarde, repito esta frase de Isidoro Ducasse y comprendo que encierra, sin quererlo, la oración fúnebre de un gran poeta.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

APOLOGIA DEL ESPOLIQUE PERFECTO

RUFINO Blanco-Fombona, que, con los laureles del escritor, comparte los oros del editor, se ha sentido molesto con una nota mía publicada en ATENEA en torno a su libro *Motivos y Letras de España*. Pero él, como aspirante al Premio Nobel y como el «escritor suramericano más universal», no ha podido distraer un segundo de su tiempo de autor y editor para responder a un desconocido del último país de esta América de sus amores y sus sufrimientos, y ha encomendado la tarea a un entusiasta y oficioso amanuense de su editorial madrileña. El tal cumple abnegadamente con su oficio, y me dedica dos columnas de denuestos en *La Gaceta Literaria* del 1.º de Diciembre de 1930. Si después de ese artículo Blanco-Fombona, que según su apologista «es violento, duro, pero dulce y tierno», encomienda a su fiel espolique alguna traducción de esas que no pagan derecho de autor o un nuevo panegírico en que haga caudal de sus insultos a los yanquis para merecer el Premio Nobel, me sentiré íntimamente complacido. Siempre fué calidad de los demócratas de alma dictatorial elevar el servilismo al rango de las más egregias virtudes. A la razón crítica que discierne, puntualiza y precisa, prefieren la adulación incondicional que desmesura, hincha y abulta. Así Blanco-Fombona, que ha hecho una profesión de su odio a Juan Vicente Gómez y su rencor a los yanquis, siendo él un Juan Vicente Gómez al revés y un yanqui de signo contrario, no comprende que ha nacido y crecido en la América Española una sensibilidad que nada tiene que ver con sus personales resentimientos y que procura explicarse los problemas y las situaciones del continente y del mundo a través de los claros caminos de la meditación y de la inteligencia. Y el hecho de que aparezca un escritor, de cuya existencia Blanco-Fombona, tan

bien informado, no tiene noticia, lo que no le impide seguir existiendo, que se atreve a insinuar una escéptica interrogación a las afirmaciones tajantes del escritor venezolano, parece al editor de América un sacrilegio que contradice las leyes a que está sometido lo que llamaron los antiguos el maravilloso orden del universo. Blanco-Fombona tiene proporciones cósmicas, él mismo es América y nadie en este continente que él ha querido redimir con ediciones fraudulentas e imprecaciones de burdel, tiene derecho ni a juzgarlo, ni analizarlo, ni a tocarlo. Quien no está con él, está contra él.

Yo no me equivoqué cuando escribí acerca de su último libro. Dijé entonces:

El escritor que no está de acuerdo con él o que no admira incondicionalmente sus talentos literarios ha de ser por la fuerza imbécil, degenerado, cretino, mulato, plagiario, o cornudo (1).

El diagnóstico se ha cumplido al pie de la letra. Sólo que en esta ocasión, por tratarse de un desconocido, Blanco-Fombona no ha concedido beligerancia al autor que le hacía la gracia de preocuparse de leerlo, y ha encargado a su amanuense de la réplica. Confesemos que el espectáculo ha perdido así en ardor bélico, en hirsuta y escatológica acometividad. Difícilmente puede leerse una página de Blanco-Fombona sin sentir el áspero rumor de un pugilato en sitios de vida agitada y turbulenta. Es el suramericano primitivo, fisiológico y estridente. El escritor que más ha insultado en América cada vez que los hombres y las cosas han salido de través a su individualidad tiránica y avasalladora.

Para un espíritu amante de la verdad no es el que dice las cosas quien tiene importancia. Son las cosas que dice las que importan. No puede ser de otra manera. Es como medir el valor de un escritor por sus diplomas, premios y condecoraciones y no por las obras que ha escrito. Con esta vara de mercader han medido Blanco-Fombona y su apasionado limpiamotas las razones que me movieron a escribir sobre el último libro del libelista venezolano. Yo no presento al señor Blanco-Fombona otro título, y este es para mí el honor más insigne, que el del hombre que busca la verdad y que, por alcanzarla, renuncia de antemano a toda consideración de pasajera vanagloria. Quédese él esperando el Premio Nobel en compañía del otrora omnipotente señor Leguía y vociferando contra Juan Bisonte con la esperanza de sucederlo algún día para dar rienda suelta a tanto odio

(1) Ver página 113 del tomo XIV de ATENEA (N.º 66).

ferviente y a tanta venganza en acecho, que yo me quedaré tranquilo sin mayor ambición que la de no renunciar nunca a mi independencia crítica para juzgar a todos los hombres y todas las instituciones de la tierra, aun a sabiendas de que puede haber entre aquellos naturalezas troglodíticas que son capaces de asesinar a un ser humano si no está dispuesto a reverenciar el genio literario de que se creen dueños.

No es Flanco-Fombona el primer caso, ni será por desgracia el último, de este fenómeno literario de la auto-adoración frenética y de la megalomanía delirante que consumen vanamente la existencia de más de un escritor de América. El escritor que no renuncia a la actitud crítica se expone cotidianamente a las palabras rencorosas y a los alaridos patológicos de estos que viven adorando a la noción que de sí mismos se han creado. Nuestro continente, fértil en bananas, monos y papagayos, ha producido también la fauna fabulosa de los auto-candidatos al Premio Nobel.

¿No es esto mismo un síntoma de debilidad y de pequeñez? El espíritu fuerte busca en la obra misma el premio de su inquietud y de su anhelo. El espíritu mediocre, vanidoso y vulgar corre jadeante tras las oficiales consagraciones, creyendo suplir con medallas y galones esa alegría interior que su falta de talento jamás podría darle.

Y prescindiendo de la puerilidad que encierra el hacer de una vida un medio para alcanzar el Premio Nobel, son bien originales los argumentos que esgrime el espolique entusiasta para ensalzar a su ídolo tan distante del mundo entre el espeso incienso de la adulación torpe y sin medida. La quinta proposición del pedestal que levanta el amanuense a su señor, dice:

Tampoco creo que existan por docenas en América hombres que, como Blanco-Fombona, hayan repartido su vida entre dos ideales tan nobles y desinteresados: el odio a los imperialistas Estados Unidos y el fervor de Bolívar, símbolo de la América eterna.

Sobre el culto de Blanco-Fombona a Bolívar habría mucho que decir. A riesgo de cometer una herejía y guardando las debidas proporciones y distancias, se parece mucho al culto del anónimo espolique por la figura editorial de su señor. Sobre la materia ha escrito Ventura García Calderón:

Muy cerca, un venezolano blanco de alma negra, recogía celosamente el estiércol de los caballos de Bolívar para mudarlo en oro comestible.

A este escritor, que no podrá merecer el sambenito terrible de desconocido, podrá contestarle algún día, si se lo permite la ad-

ministración de su Olimpo editorial, el propio Blanco-Fombona, sin mediación de espolique alguno.

Y en cuanto al «ideal noble y desinteresado e impersonal» del «odio a los imperialistas Estados Unidos» no puede basarse en él el prestigio de un hombre que aspira a ejercer un magisterio sobre la juventud de América. Contra los Estados Unidos se ha de combatir con la inteligencia y no con las mandíbulas. Así lo han comprendido los escritores de la más reciente promoción de Hispano-América que trabajan seria y honradamente haciendo el proceso de la expansión imperialista del capitalismo norteamericano en nuestro continente. Ya cumplieron su trayectoria aquellos que, como Blanco-Fombona, se dedicaron a vociferar, blasfemar e insultar. La generación actual ha tomado sobre sus hombros el trabajo de fundamentar con buenas razones los alaridos con que estos bravos hombres trataron de conmover al mundo. No se les reprocha la táctica ni se les censura el sistema: no conocían otra ni eran capaces de una actitud no por más serena menos eficaz.

En estos días el Premio Nobel de la literatura ha sido otorgado a un escritor norteamericano. La noticia viene en el mismo número de *La Gaceta Literaria* en que el amanuense de Blanco-Fombona compara a su señor con Bolívar y Sandino. Estos escritores norteamericanos son los que han formulado las críticas más agudas y penetrantes a la plutocracia imperialista y despótica que se apoya sobre la vitalidad de su país y tiende sus redes sobre muchas de nuestras repúblicas titulares, que son, en verdad, factorías yanquis. Pero el mérito de esos hombres deriva no del odio que puede haber sido el primer móvil de sus obras sino de la estupenda realización que ha hecho de cada una de ellas una fuerte y perdurable creación estética. En nombre del amor, y muchas veces de un verdadero y grande amor, se han escrito innumerables versos malos. El mismo Blanco-Fombona es una buena prueba de ello con su *Cancionero del Amor Infeliz*, que ha merecido los ditirambos de Cansinos Assens, otro de los tripulantes de la nave editorial que desde Madrid derrama por el mundo español el nombre de nuestro continente. Pero así como no se puede invocar el amor con que los versos fueron escritos para defender su calidad estética, tampoco puede buscarse apoyo para el prestigio del buen nombre de un escritor en el odio que este haya sentido por los yanquis o en su fervor por Bolívar, por más que, para el espolique, sean «nobles y desinteresados e impersonales». Ya hemos visto que para Ventura García Calderón tienen un significado muy distinto. Si juzgáramos por el crédito que las personas merecen, nos quedaríamos sin vacilar

con el dictamen de García Calderón. No obstante, vamos a seguir persiguiendo la sombra de una verdad en cuanto escribe en su apología y diatriba el amanuense afortunado. Apología de su ídolo y diatriba contra el osado desconocido que ha tenido la audacia temeraria de dudar de su inmortalidad y de su gloria. ¡Dudar de un escritor que ha enseñado a un continente entero a odiar a los yanquis y a adorar a Bolívar! Anatema sea.

Dice el amanuense del editor madrileño que R. Blanco-Fombona ha sido traducido al sueco, al ruso, al inglés, al francés, al italiano, etc., que es, en suma, el americano más universal. No me consta ninguna de tales traducciones, pero las doy por consumadas. ¿Qué prueba ello? ¿Que Blanco-Fombona es el escritor que mayor influencia haya ejercido en Hispano-América y en el mundo? Lo niego. El editor ha ayudado en este caso al autor, y de esta manera Blanco-Fombona, que no ha traído las gallinas en ninguna materia, a pesar de que él, modestamente, se cree precursor de Pío Baroja, ha recorrido los caminos del mundo en el vehículo de esas traducciones de que el espolique nos da fervorosa noticia creyendo seducir con ellas al hispanoamericanismo ingenuo como antaño el conquistador con las cuentas de vidrio! Pero hoy sabemos discernir y no dejarnos engañar por las apariencias del auto-reclamo o de la propaganda a cargo de los amanuenses de confianza. Ni Rubén Darío, ni José Enrique Rodó, ni Leopoldo Lugones han tenido el número de traducciones de que hace gala Blanco-Fombona y su influencia, en distintos sentidos y con preocupaciones diversas y hasta antagónicas, ha sido más radical y profunda que la del autor del *Cancionero del Amor Infeliz*. Y, remontándonos a los maestros y precursores de la cultura en el continente, ¿han tenido don Andrés Bello, don Domingo Faustino Sarmiento y, más próximamente a nosotros, don Juan Montalvo y don Manuel González Prada las traducciones de que alardea Blanco-Fombona, y son, por no haberlas tenido, menos importantes que el editor de Madrid? Impera aquí otra vez el criterio del librero y del mercader que miden el valor de un escritor por el número de ejemplares que vende o hace imprimir.

Para el espolique apasionado no hay en Europa y en América escritor que «haya defendido la libertad con más tesón» que Blanco-Fombona. Y esto lo escribe en España donde el heroísmo civil de Unamuno ha conmovido al mundo con su acento entero y ardiente que recuerda la pasión de los viejos y nobles profetas. Verdad es que, para ensalzar a su ídolo, el amanuense sentencia: «el agrio Unamuno, un ególatra». Ignora el apologista que el hecho de haber sufrido en las prisiones de Juan Vicente o Juan

Bisonte, si merece toda nuestra condenación al tirano y nuestra más leal adhesión humana a la víctima, no es título ninguno para aspirar a la gloria literaria o la consagración de los certámenes internacionales. No basta el hecho de estar en la cárcel para ser Cervantes. Eso se consigue con obras. Y no basta para ello que tales obras hayan sido traducidas a todos los idiomas que dice el amanuense y a veinte más. Nosotros, más modestos, nos conformaríamos con que estuvieran escritas en español. El buen español literario que escribieron Cervantes, Lope y Calderón y que escriben Unamuno, Valle Inclán y Pérez de Ayala.

No cree el apologista «que existan muchos escritores de Sur-América, considerándolo todo en justicia, que merezcan más que él (que Blanco-Fombona) el Premio Nobel». Otra vez la obsesión del Premio Nobel. No lo merecen ni más ni menos que él los escritores de nuestra América. Nuestro continente, que aprende todavía la lección de Europa, no ha alcanzado a producir grandes obras maestras que revelen la palpitación de un mundo nuevo. Son de los últimos años los libros que se han presentado como obras específicas de América. Así han aparecido *La Vorágine* del colombiano Rivera, *Los de Abajo* del mejicano Azuela y *Don Segundo Sombra* del argentino Güiraldes como representativas de momentos bien típicos de la vida del continente: las selvas tropicales, las revoluciones llenas de ferocidad y de esperanza, la llanura verde de la pampa con los ganados y las mieses. Siguiendo en el terreno de las comparaciones a que el espolique nos arrastra, pongamos cualquiera de estas novelas frente a toda la obra escrita o por escribir de Rufino Blanco-Fombona y veremos que no hay paralelo posible. Sin embargo, nunca hemos oído decir que a nadie se le haya ocurrido reclamar con tanta insistencia para ninguno de ellos un Premio Nobel destinado a repartirse durante muchos años en Europa y que, la primera vez que ha llegado a América, ha sido por la vía del norte, porque la preponderancia económica de los Estados Unidos determina su preponderancia política y la preponderancia política hace que los ojos del mundo se fijen en sus valores intelectuales. Por otra parte, aunque nos pese y por grande que sea el odio a los Estados Unidos que nos ha enseñado Blanco-Fombona a los jóvenes de América, no podemos cegarnos hasta el punto de olvidar que desde Poe, Whitman y Emerson hasta Waldo Frank, Sinclair Lewis y Sherwood Anderson son legión los escritores de Estados Unidos cuya comparación con Blanco-Fombona resultaría irreverente e irrisoria. Enemigos del procedimiento, lo hemos seguido por complacer al espolique y para precisar en este mar de vaguedades y confusiones en que nave-

gamos los hispanoamericanos para juzgar y calificar a nuestros valores.

Dejo para más tarde la respuesta a una alusión personal que me dirige el espolique respecto al provecho con que leo los libros de Blanco-Fombona y sigo adelante.

La confesión de pena y de fracaso en la vida que parece consumir y entenebrecer la última parte de la obra del sagitario venezolano la recogí en uno de sus propios libros. Acaso el más íntimo desolado y amargo de todos. El título dice: *Diario de mi vida*. Es un libro de odio y de pasión. Allí nos advierte:

No invoco la piedad ajena. Invoco para toda mi obra y para toda mi vida la comprensión de los hombres de buena voluntad. El mismo Francisco de Asís, de aparecer en una canalocracia, se hubiera vuelto un demonio, dando al traste la santidad. Nacido para ciudadano libre en una barbarocracia despótica, el resultado de mi vida es este: odio, dolor, fracaso.

Es la confesión del que nació para César y se siente reducido a nada. Pero, a pesar de todo, desde su barbacana editorial, amenaza, insulta trágicamente:

Viejo, proscrito, enfermo, calumniado, zaherido, no me doy por muerto. Aun procuraré malos ratos a mucha gente. Aun produciré algunas obras. Aun continúo cantando a la ingrata vida la serenata del sardo:

Ascolta la voce
de l'innamorato.

Me he apoyado, pues, en testimonios emanados del propio Blanco-Fombona para juzgar a Blanco-Fombona. Más papista que el papa, el espolique sale a mi encuentro y rasga sus vestiduras porque cree que he injuriado a su ídolo. En realidad no he hecho otra cosa que lo que él mismo dice con intención muy diversa, por cierto: lo he leído provechosamente.

En un artículo mío sobre Sarmiento digo del genial argentino:

Este hombre pensaba y sentía con toda el alma. Su crítica teatral es la proyección apasionada de sus convicciones políticas. Aspira a la máxima libertad y a la verdad definitiva. No admite en ello transigencia alguna. Le faltan acaso ductilidad y amplitud para la verdad del adversario. Más que la especulación le interesa realizar, hacer de la palabra el instrumento y comentario de la acción. Por eso él mismo no concede en su literatura mayor importancia a los elementos formales. Quiere llegar derechamente a su fin como la saeta a su blanco. Le falta un poco de duda y de escepticismo. Y por eso es cruel, implacable, tremendo. No da ni pide cuartel (1).

Este párrafo le merece el comentario siguiente:

(1) Ver página 117 del tomo XIV de ATENEA (N.º 66).

El crítico lee al criticado con provecho, pues dice que Sarmiento «ni pide ni da cuartel». La expresión es de Fombona, aplicada a otro escritor.

Es otra de las enfermedades de Fombona, como dice el espolique para hacernos sentir la familiaridad con que trata a su ídolo. Continuamente se queja de que lo plagian y lo saquean. Sin duda, piensa en sus actividades editoriales. Y en esta manía ha hecho víctima de sus sospechas nada menos que a Pío Baroja, tal vez para vengarse de aquello del «continente estúpido». No sé si, por absurda y pequeña, merecerá respuesta esa acusación de plagio que se desvanece sola oyendo pronunciar la frase que aplico a Sarmiento tan usada en los episodios bélicos de nuestra gesta revolucionaria. No da ni pide cuartel. No insisto en ello porque, con el Premio Nobel, es la enfermedad de Fombona, como nos enseña a decir el espolique.

En otra parte el espolique usa un procedimiento que por desgracia no se olvida entre los escritores poco honrados: hacer decir y pensar al adversario lo que éste nunca ha dicho ni pensado y contradecirlo gloriosamente. Yo censuré en mi artículo que Blanco-Fombona, que ha hecho de su vida una profesión de odio a Juan Vicente Gómez, y en esta hostilidad lo acompañan los hombres libres del continente, entonara loas a don Augusto B. Leguía, hoy en desgracia, pero entonces en gloria y majestad y partidario del Premio Nobel de Fombona. Señalaba la contradicción y preguntaba:

¿No siente acaso Blanco-Fombona el nacionalismo continental? (1).

A esta pregunta clara, nítida y precisa responde el espolique con divagaciones que sacan la cuestión de sus quicios naturales y me ponen en contradicción con personales convicciones que siento cada día con mayor intensidad. Así, entregado a su propia fantasía, dice de mí:

También ignora que este hombre no siente ya el nacionalismo con el sentido estrecho, mezquino, de charca, que ha dado a aquel el «fascio» reaccionario, imperialista, militar.

Y entusiasmado con su descubrimiento, sigue declamando:

No siente, insisto, la patria, como un pedazo de tierra erizado de fronteras. Sólo siente lo que no tiene fronteras por su misma naturaleza: la Humanidad. (Hay que escribir con mayúscula palabra tan tremenda).

Por fin encontró el espolique algo digno de Blanco-Fombona: la Humanidad con mayúscula. Pero en medio de su fervor que

(1) Ver página 111 del tomo XIV de ATENEA (N.º 66).

lo hace confundir a Bolívar con Sandino, y a este con Blanco-Fombona, sacrilegio tan grande el uno como el otro, olvida que yo me referí expresamente al nacionalismo continental. Porque, ¿Cómo entonces denuesta a Gómez en Venezuela y alaba a Leguía en el Perú? ¿Por qué ha de ser bueno en Lima lo que es malo en Caracas? El espolique no ha entendido lo que ha leído o ha procedido de mala fe. Ambas tesis son probables y no inclino mi preferencia hacia ninguna de las dos.

Es fuerza poner un punto final a esta que quiso ser una apología del espolique entusiasta, abnegado y perfecto. Por defender a su ídolo todo lo sacrifica: amor a la verdad, temor al ridículo, estimación de sí mismo. Lo importante es no dejar dudas en la persona que se pretende halagar acerca de la incondicionalidad del servilismo que entrega, a quien presume de escritor, a labores de lacayo respecto del señor a cuyo servicio pretende entrar. No me hubiera detenido en analizar estas lacras vergonzantes de nuestra triste vida literaria. Pero era necesario hacerlo para ver modo de despejar la atmósfera que ya nos hacen irrespirable estos pretendidos mentores de la juventud de América con su egolatría sin freno ni medida.

Mi artículo sobre el último libro de Blanco-Fombona no era hostil ni en la intención ni en la forma. Pero tenía el pecado original de no ser una adulación sin reservas. En más de una oportunidad me he referido a este escritor en mis crónicas de *El Mercurio* y *ATENEA*. Generalmente no comparto sus opiniones y en particular la desmesurada idea de sí mismo con que quiere anticipar el juicio de la posteridad, pero siempre lo he tratado con la consideración y el respeto que merece a un joven un hombre de sus años y de su labor. He sido uno de esos hombres de buena voluntad cuya comprensión él reclama para su vida y su obra. Pero estos escritores alejados tanto tiempo de América viven todavía en la época en que asombraban a los públicos ingenuos con sus desplantes, sus arrogancias y sus insolencias. Y no pueden comprender que hoy no se les reciba con adoraciones idólatras y adhesiones serviles. Porque, mientras ellos han permanecido estacionarios, no se han dado cuenta de que América ha crecido, que ha ensanchado el círculo de sus curiosidades, que ha buscado en nuevas lecturas el camino que la conduzca a su propia verdad, que ha amado la fortaleza en el pensamiento y la claridad en la forma y que no ha encontrado ninguna de estas virtudes en los escritores de una generación que, envenenada por sus odios, ha hecho de su literatura una reacción violenta y arbitraria, donde asoma con las pasiones de la manigua, la garra del troglodita y el trabuco del bandolero.

La generación que ahora aparece en la vida literaria, enemiga de todo caudillaje, abomina también de esos odios y pasiones de montonera con que algunos hombres, alejados de América, y que no sienten por tanto sus inquietudes ni viven sus peligros ni comprenden sus problemas, quieren prolongar desde Europa el gesto de sus manos en ademán de tutoría y magisterio que nadie solicita ni espera, porque comprende que esos escritores cumplieron ya con su obra, buena o mala, y sólo interesan cuando se dedican a hacer la historia del movimiento literario en que actuaron, como protagonistas o comparsas. Hoy son otras nuestras preocupaciones y tratamos de abordarlas sin recurrir a los falsos profetas que todo lo confunden con la panacea de su verbalismo huero, enfático y declamatorio. Si Blanco-Fombona significó algo en su generación hoy ninguno de nosotros quiere ser Blanco-Fombona. Cada uno quiere ser uno mismo y trabajar seria y honradamente dentro de su disciplina o especialidad técnica para que América pueda llegar algún día a ser considerada y respetada. Ninguno de nosotros ha hecho nada todavía. Pero todos tenemos una vida entera por delante para crear las cosas que no crearon estos hombres que tanto han gritado y siguen gritando todavía pidiendo y exigiendo una consideración a la que se sienten acreedores por habernos enseñado el odio a Estados Unidos y el amor a Bolívar.

Sin alardes vanguardistas, y sin adherir a ningún otro *ismo* que el que nos lleva a descubrir las posibilidades que hay en cada uno de nosotros, no desdeñamos el pasado, pero tampoco queremos que se haga de él un fetiche para ahogar el presente y matar en flor el porvenir.

Si en nuestras manos estuviera daríamos el Premio Nobel al señor Blanco-Fombona a condición que nos dejara tranquilos y no siguiera quejándose de la ingratitud de todo un continente que todavía no se ha enterado de su importancia y de su grandeza. Si fuéramos el señor Blanco-Fombona daríamos una mayor dignidad y provecho al espolique apasionado en la esperanza de que no siguiera cometiendo apologías y panegíricos que ponen tan en ridículo a quien los escribe como a la personalidad que tratan de adular.

Y puesto que el perfecto amanuense afirma que he leído con provecho a Blanco-Fombona quiero decirle que, contrariamente a lo que pudiera esperarse, en esta oportunidad, no se ha equivocado. Efectivamente voy a terminar su apología con estas palabras con que Blanco-Fombona terminó su insolente y estúpida agresión a don Ricardo Palma: «Donde las dan las toman, seor feolenco.»

Como es de su maestro, la frase le sabrá a gloria. Y como la ha recibido en su servicio, tendrá un nuevo mérito que agregar a su cuenta para el día en que Rufino Blanco-Fombona se decida a suceder en su Olimpo agrario y petrolero al benemérito general don Juan Vicente Gómez.—ROBERTO MEZA FUENTES.

LA MUSICA EN FRANCIA

París, Diciembre de 1930.

ESTE año, en el momento en que se abría la estación musical, una importante revista comenzó la publicación de una vasta encuesta bajo este título: «La gran piedad de la música sinfónica en Francia.» Los artículos del *Courrier Musical* —es el nombre de esta revista—no revelaban sin duda nada que no se supiera ya. Pero tenían por objeto llamar la atención de todos los que se interesan por el arte sonoro sobre un conjunto de hechos de que la música sufre, incuestionablemente, y de los cuales es preciso que no siga sufriendo.

Todos los extranjeros que han pasado algún tiempo en París del otoño a la primavera—pues en el verano esta actividad cesa—han notado la enorme cantidad de conciertos que se dan allí cada tarde. En invierno y después hasta plena estación primaveral, no hay trecho de muro o de empalizada que no esté cubierto de letreros multicolores, que anuncian las sesiones de música de cámara, los recitales de los virtuosos. A esto se juntan naturalmente los conciertos regularmente dados cada sábado y cada Domingo, a veces también cada Jueves, por las grandes asociaciones sinfónicas. París contaba tres antes de la guerra, que eran la Sociedad de Conciertos del Conservatorio, fundada en 1828 y por consiguiente, más que centenaria (M. Philippe Gaubert es su jefe reputado); la Asociación de Conciertos Colonne, fundada en 1873 y dirigida, después de la muerte de Colonne, por M. Gabriel Pierné, y en fin la Asociación de Conciertos Lamoureux, dos años más joven y que dirigieron sucesivamente Chevillard, yerno y sucesor, de Lamoureux, M. Paul Paray y M. Albert Wolff. Durante la guerra, Colonne y Lamoureux se fusionaron para separarse de nuevo en cuanto se volvió a una vida normal. Pero se había formado una cuarta sociedad, que tomaba un nombre querido para todos los amigos de la música. Pasdeloup, en efecto, había arrendado en 1861 el Circo de Invierno, en

el bulevar del Temple, para dar allí conciertos populares. Este ardiente apóstol fué uno de los buenos obreros de este renacimiento musical que ha puesto a la escuela francesa en el primer sitio. A los jóvenes compositores de antes que se llamaban Bizet, Lalo, César Frank, Massenet, les dió un público, lo que es el más precioso de los alientos. Por eso pareció legítimo que una nueva asociación, cuyos conciertos se habían dado en este viejo Circo de Invierno, colocara su iniciativa bajo el patronato de Padeloup. Dirigida por M. Rhené-Baton, después por M. D.-E. Ingelbrecht, la Asociación de Conciertos Padeloup ha andado errante, yendo del Circo al Teatro de los Campos Elíseos, después al Trocadero, más tarde al Teatro Mogador, para volver a los Campos Elíseos, pero conservando siempre sus fieles.

Y también se han formado otras dos sociedades, que también dan conciertos dominicales. Una ha sido constituida por M. Gastón Poulet, el violinista reputado, y reúne su público en el Teatro Sara Bernhardt, frente al Châtelet, donde se dan los conciertos Colonne. La otra, bajo el nombre de Orquesta Sinfónica de París (que se abrevia, según la moda, en O. S. P.), tiene como sede la inmensa y nueva Sala Pleyel, en el barrio San Honorato, en el rincón elegante de la Estrella, y tiene como jefe ordinario a M. Pierre Monteux.

Toda esta floración espléndida de sociedades sinfónicas es verdaderamente el honor de París. Pero así como hay enfermos que parecen sufrir de un «exceso de salud», es cierto que esta misma superabundancia no deja de tener algún peligro.

Ciertamente, París atrae cada vez más a los grandes virtuosos, instrumentistas, cantantes, jefes de orquesta del mundo entero, al mismo tiempo que a los aficionados de los dos continentes. No hay sin duda en el mundo otra ciudad que reúna condiciones tan favorables para el desarrollo de las artes. Pero si se examina bien la situación, no se puede evitar cierta inquietud. Es este punto el que la encuesta del *Courrier Musical* ha tratado de estudiar.

Si todo ocurriera como antes, como antes de la guerra, para tomar un punto de comparación que no sea demasiado lejano, este crecimiento de las asociaciones sinfónicas sería sin duda menos inquietante. Pero atravesamos tiempos agitados, y no sólo los problemas económicos tienen una deplorable repercusión sobre los artistas, sino también las nuevas invenciones que les causan legítimos cuidados.

El extremo interés con el cual los músicos han seguido el desarrollo de la telefonía sin hilos y de las máquinas parlantes ha dado sus frutos, Hoy existe tal cantidad de aficionados provistos

de receptores de radio y tal cantidad de «discófilos», que las sociedades sinfónicas no han dejado de experimentar los efectos de esta competición. El repertorio de los discos es desde luego muy completo para que sea posible darse a domicilio el mismo concierto del cual sería preciso ir a oír el programa al otro extremo de París. Agregad a esto que muchos de estos conciertos son radio-difundidos.

De allí se sigue que un número de aficionados imposible de apreciar, pero que debe ser considerable, puede abstenerse de ir al concierto, mientras que hace cinco o seis años estos mismos melómanos habrían acudido. Pero este peligro no es el único, y veremos luego que las cuestiones económicas intervienen también. Ante todo en que ellas pueden en algunos momentos de crisis obligar a los melómanos a restringir sus gastos. Y por mucho que se ame la música, el concierto es lo superfluo y debe figurar después del alojamiento, el alimento y el vestido. Pero, en segundo lugar, ha sido necesario aumentar los salarios de los músicos de orquesta y de los coristas, que a pesar de estas legítimas alzas de sus entradas, no ganan todavía lo suficiente para que les sea posible consagrarse sin reservas a la asociación de que son miembros. Helos aquí, pues, obligados a correr a través de París, de ir de un registro fonográfico a un ensayo, de una lección a una iglesia en que tocarán durante un entierro o un matrimonio. El trabajo sufre por esto: hay la tendencia de limitarse a las obras conocidas y tocadas sin cesar, para evitar los gastos muy pesados de los ensayos suplementarios que se convierten en necesarios en cuanto se ponen obras nuevas.

¿El remedio o, mejor, los remedios?

Si bien todo el mundo está de acuerdo para comprobar la inminencia del peligro, las opiniones, naturalmente, difieren cuando se trata de conjurarlo. Nunca se ha visto—¿no es cierto?—que los médicos colocados a la cabecera de un enfermo se pongan en el primer momento de acuerdo sobre el tratamiento, suponiendo que desde luego lo estuvieren ya sobre el diagnóstico.

Pero conviene notar que la amenaza no ha hecho sentir aún muy gravemente sus efectos y que no es demasiado tarde para conjurarla, y esto ya es confortante.

En segundo lugar, no se puede evidentemente pedir a las Asociaciones ya existentes que tiren suertes para saber cuál o cuales de entre ellas deberán suicidarse. No se puede tampoco invitar a las nacidas últimas a que entren en el silencio de la muerte. Son jóvenes y se aferran a la vida, como canta la heroína de *La Judía*. La persuasión, en este asunto, no tiene efecto.

Se ha preconizado, pues, un medio más eficaz y que es un acuer-

do entre nuestras sociedades sinfónicas para repartirse el calendario y la clientela. En lugar de tocar todos los sábados y el domingo en las mismas horas, poniendo así a los críticos y a los melómanos en el más cruel disparadero, podrían sin gran esfuerzo repartirse los días de la semana y las estaciones. Tocan, por ejemplo, un domingo de cada dos o de cada tres, a fin de conservar cada una un día muy productivo. Pero es preciso no ilusionarse: todos los días son buenos cuando los programas son excelentes y cuando la concurrencia no divide entre seis conciertos un público que no puede tener el don de la ubicuidad.

Sería también necesario volver a divisiones más marcadas, a especializaciones, como antaño. Hace poco todavía la Sociedad de Conciertos del Conservatorio tenía el casi monopolio de lo clásico: Mozart, Haydn, Haendel, Rameau. Colonne tenía Berlioz y los románticos. Lamoureux, Wagner y los rusos. Evidentemente no había compartimentos estancos—esto habría sido, por lo demás, estúpido—, sino simplemente una tendencia que guiaba el gusto del público y le impedía despistarse. Habría cierto provecho en volver a una orientación parecida, que evitaría ver, como ocurrió el primer domingo de Octubre, la misma sinfonía de Beethoven figurar en los programas de las tres sociedades rivales que hacían ese día su reapertura.

Y después sería también conveniente que el Estado dijera alguna palabra. No gusta mucho en Francia que el Estado se mezcle en cuestiones ajenas a la administración pública, pero, precisamente, sería necesario reglamentar el uso de la radiotelefonía e instituir una tasa cuyo producto podría ser dedicado a los conciertos sinfónicos. Francia es uno de los pocos países en que la radio escapa al control del Estado. ¿No sería justo que ella viniera, como opulenta hermana menor, en auxilio de su hermana mayor, sin el apoyo de la cual no podría por lo demás crecer?

Tales son las cuestiones que ocupan en la hora actual al mundo de los músicos de Francia y singularmente de París. Antes de abordar, en el curso de los artículos siguientes, el detalle de su existencia cotidiana y las diversas manifestaciones de su actividad, me ha parecido necesario dibujar este cuadro. No está exento de sombras, evidentemente, y muchos se sentirán tentados a ennegrecerlas más todavía. Pero permanece luminoso y claro, como la vida artística de que es el reflejo.—RENÉ DUMESNIL.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

DOS MUJERES Y UN REY

VUELVE a recordarse la figura humillada y melancólica de Enrique IV de Castilla, y con ella reviven también las de Doña Blanca de Navarra y Doña Juana de Portugal, madre infausta de la Beltraneja.

El primero alojó en su tiempo y en la historia la fama de un hombre adusto, pusilánime y perverso, cuya impotencia vió el pueblo complicada con vergonzosos vicios. Doña Blanca de Navarra, su primera esposa, caso emocionante de infortunio sin compensaciones y de dignidad femenina, hubo de regresar a sus tierras de Francia, anulado el matrimonio, después de doce años de convivencia pesarosa y estéril. En la sentencia anulatoria se dice que dos dueñas honestas y expertas cataron a la Princesa y la hallaron *virgen incorrupta como había nacido*. Pero a pesar de la impotencia del Rey, que aparecía confirmada con este fracaso matrimonial, atribuído a maleficio por los amigos de Don Enrique, la verdad es que el divorcio se hizo con vistas a un segundo matrimonio. Doña Juana es la nueva esposa, hermana del Rey de Portugal, linda señora morena, como la describe un viajero, que llega a Castilla con un séquito de doce doncellitas ligeras dispuestas a perturbar a todos los hombres de la corte. Los severos cronistas pudieron anticipar graves conjeturas en cuanto a la conducta de esta Princesa y de sus damas, y luego las confirmaron apasionadamente. Así es como en el estigma de Don Enrique y en la vida exterior de Doña Juana se funda el problema histórico de su hija a quien se dió, a poco de nacer, el mote de la Beltraneja.

En su *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, el doctor Marañón se ocupa especialmente de Don Enrique y de Doña Juana. Su propósito ha sido el de aplicar a este rey infamado y a algunos de los seres que vivieron junto a él, la luz de los recientes hallazgos en la fisiopatología del carácter y de los instintos. Y de ello resulta que Don Enrique no fué tan impotente y que Doña Juana no merece el oprobio arrojado sobre su memoria.

Hay en el libro de Marañón un afán de pulcritud y de comprensión que invita a la piedad o a la simpatía. Piedad para el hombre, primera víctima de una miseria impuesta por su constitución y su herencia, y simpatía hacia la reina desdichada que no fué hecha con el bronce de los héroes, como la grande Isabel,

pero cuya frágil arcilla alcanzó a encenderse con una conmovedora gracia de feminidad.

Este ensayo tiene, además del ilustre precedente de Kretschmer con sus aportaciones acerca de la morfología y el carácter, el del doctor Sanchís Banús con su trabajo sobre el Príncipe Don Carlos, en España. Pertenece a un tipo de diagnósticos retrospectivos, ya muy corrientes, cuya importancia queda revelada, como advierte Marañón, por la frecuencia con que los destinos públicos han sido manejados por individuos enfermos o anormales. Esta anomalía puede actuar, y así ocurre en no pocos casos, favorablemente. Pero también suele tener una influencia desquiciadora y ser una calamidad para los pueblos que la padecen. Tal era la de Enrique IV.

Examinados los datos históricos y las referencias contenidas en crónicas y documentos, Marañón ve en Don Enrique un degenerado esquizoide con impotencia relativa producida sobre condiciones orgánicas y extremada por caracteres psicológicos determinados. Se trata luego de verificar este diagnóstico mediante el examen de la morfología. Una descripción muy certera de Diego Enríquez del Castillo, capellán y cronista del Rey, proporciona varios rasgos que, en efecto, corresponden a lo que el médico llama un displásico eunucoide con reacción acromegálica. Pertenecen a esta morfología la talla larga, desmesurada, que don Enrique heredó de su padre, el cuerpo recio y mal tallado, la piel muy blanca, la voz suave, la mandíbula saliente, los dientes enérgicos y mal implantados, la cabeza grande, la frente ancha, las cejas y los pómulos prominentes, las sienes hundidas, los miembros fuertes, las manos grandes con dedos largos y poderosos y las piernas muy largas. Todos los detalles de este retrato coinciden con el cuadro de la displasia eunucoide, menos uno: el de los pies delicados. Sin embargo, una variante de la misma descripción que existe en la Biblioteca del Escorial dice que los pies eran *a la planta muy corvos y los calcaños volteados afuera*, o sea pies valgos como suelen tenerlos algunos displásicos eunucoides.

Sabido es que la relación entre el carácter y la morfología está lejos de ser arbitraria. La intuición popular la ha entrevisto acertadamente al unir hasta la sepultura el genio y la figura. Ernesto Kretschmer ha sido el primero en exponer, sobre esta base, los fundamentos de una nueva caracterología psiquiátrica. Sus trabajos iniciales se abren con esta interrogación: ¿Cuál es la sede del espíritu? ¿Dónde reside el alma? Hay un viejo y desbaratado ensayo que aspiró a un diagnóstico psíquico valiéndose de la estructura del cráneo. Es la frenología, fundada por

Francisco José Gall, hermana en suerte con la fisiognómica de Lavater. Las definiciones temperamentales de la antigüedad clásica prescindieron, por el contrario, del cerebro y expresaron la creencia común de que el alma reside en la sangre y en los jugos orgánicos. Las recientes investigaciones sobre las glándulas de secreción interna han venido a reanimar aquella noción antigua. Kretschmer observa que si el desarrollo funcional del tiroides se altera en un individuo, éste permanece enano y presenta, desde el punto de vista psíquico, el cuadro de la imbecilidad cretínica. Las glándulas genésicas ejercen una doble acción análoga sobre el temperamento y el crecimiento del cuerpo. Las sustancias que en la sangre vierten las glándulas endocrinas operan inhibiendo o estimulando el crecimiento corporal y el desarrollo psíquico.

Si esto es cierto—dice Kretschmer—habremos obtenido nuevas perspectivas sobre la relación entre la estructura corporal y el carácter, y no será, en consecuencia, posible que en no importa qué cuerpo resida un alma cualquiera, como el contenido de un frasco puede llenar el continente de otro distinto, sino que hay una *fórmula endocrina* unitaria, una estructura química única, de la cual es producto la individualidad total del hombre, tanto corporal como psíquica. Todo se halla, pues, predeterminado por el plan total de la personalidad, incluso la más pequeña raíz de un cabello. Gentes de espesa cabellera poseen espíritu diverso que los sujetos de amplia calva y tipos de gruesa nariz otro muy diferente que los de nariz fina.

Fundado en las experiencias y observaciones de Kretschmer, así como en las que él mismo ha venido practicando, Marañón comprueba en la morfología ya descrita de Don Enrique su diagnóstico de que se trata de una personalidad esquizoide, lo cual aparece a la vez corroborado por numerosos rasgos históricos. Esa misma morfología se combina también frecuentemente con tendencias a la perturbación del instinto. La tortuosa sexualidad de estos individuos se origina en la misma irregularidad funcional que acarrea los desórdenes del crecimiento. La insuficiencia padecida por el monarca se hallaba asimismo trabada con factores psicológicos entre los cuales ha debido tener gran importancia el complejo de inferioridad.

Un detalle morfológico en el que Marañón se detiene especialmente, porque confirma su diagnóstico, es la frialdad húmeda de las manos, descrita por él con el nombre de *manos hipogenitales*. La interpretación de este síntoma ha sido, como no es raro, anticipada por la perspicacia popular, puesto que el refrán español sentencia: *manos frías, amor para un día; manos calientes, amor para siempre*. Las de Don Enrique eran manos heladas y húmedas. Completan el cuadro de esta personalidad la tendencia al

exhibicionismo y la aberración del instinto, ambas relacionadas entre sí y a la vez coincidentes con la estructura morfológica.

Tanto los antecedentes históricos indicados por Marañón como lo que dentro de su libro cabe llamar el ensayo biológico propiamente tal, autorizan su conclusión de que la impotencia de Don Enrique sólo fué relativa, lo cual significa que el monarca pudo ser, en efecto, el padre de Doña Juana la Beltraneja. La idea es anterior a las luchas promovidas por la sucesión del trono de Castilla y terminadas con la paz de Alcántara, pero ahora recibe, con las investigaciones del médico español, un apoyo que hará necesario considerarla en toda alusión al misterio de la Beltraneja.

Mas el misterio seguirá siendo misterio. No hay prueba alguna de la paternidad de Don Enrique, como tampoco la hay, efectiva, de la de Don Beltrán de la Cueva, favorito del Rey, y cuyo nombre proporcionó a la opinión popular el mote destinado a la primera hija de la Reina. Sólo queda la conducta liviana de esta princesa y su confianza con Don Beltrán, especie de Don Juan jactancioso, también con evidentes aberraciones del instinto, en apoyo de la sospecha infamante. Y esa conducta liviana, que perdió a la Reina, no era más grave que las diversiones sin las cuales, según todas las apariencias, no puede vivir la mejor de las muchachas «modernas». Ciertamente es que si la maledicencia popular no tuvo en el caso de la Beltraneja mayor fundamento, encontró después una confirmación en el amor de la Reina con don Pedro de Castilla, el Mozo. Este fué, al parecer, su único amante, y doña Juana guardó hacia él una fidelidad heroica y apasionada cuyos rasgos admiran y conmueven.—R. CABRERA MÉNDEZ.

BIOLOGIA DE BELGICA

(Valones y Flamencos)

LA pequeña Bélgica se halla dividida en dos regiones alejadas por un enojoso diferendo lingüístico, reunidas por una caparazón política que razones económicas defienden, y empujadas la una hacia la otra con mayor agresividad durante el período de la guerra y de la post-guerra. Flamencos y valones no pueden entenderse después de cien años de convivencia. Todos los intentos realizados para dar fin a las pendencias lingüísticas han sido vanos y en algunas circunstancias peligrosos pa

la seguridad del Estado, para la estabilidad de los ministerios y el pacífico funcionamiento de universidades, fábricas o usinas. Los belgas de Flandes—la zona germana—y los belgas de la Valonia—la zona latina—constituyen dos pueblos, dos razas, dos idiomas, dos culturas perfectamente diferenciadas la una de la otra y hasta antagónicas. La fusión de ambas no se ha realizado. Apenas una región insignificante dentro de la insignificancia nos presenta el producto bilingüe con caracteres mixtos. Es la región donde se encuentra Bruselas, capital del reino y de los belgas bilingües. En ésta se produce y reside la unión que desunen cuestiones lingüísticas. La línea del Ipres a Tongres, que pasa por Waterloo, es su frontera desde el siglo XIII.

Sobre una superficie exigua y superpoblada de 30,447 kilómetros cuadrados, Bélgica cuenta con 7.932,077 habitantes de los cuales 3 millones son valones, 3 millones flamencos y más de 900 mil bilingües, residentes en la aglomeración bruselense. Existen además en la Valonia y en Flandes minorías lingüísticas que tienen sus orígenes en los movimientos migratorios internos nos informa, imparcial, un compendio de Geografía.

Los que hemos viajado a través del país lo confirmamos. Viendo de Alemania, después de haber dejado la frontera muchos kilómetros atrás, nos encontramos con una prolongación del espíritu de Goethe y de Heine; yendo de Francia, igualmente descubrimos el sentido de la *mesure* francesa, el alma de Verlaine y de Baudelaire, las huellas de Rousseau y de Jean Jaurès. En una misma villa en diversos ciudadanos podremos observar las modalidades de este pueblo que en Flandes es Germania y en Valonia Francia.

Un sabor fuerte condensa las diferencias. La personalidad del pueblo belga se nos presenta ambigua, nebulosa, heterogénea. A fuer de intentarlo ha llegado a constituir una entidad cultural, puesto que constituye una entidad económica, pero es un tanto difícil encontrar la médula original autóctona. El producto no nos da todos los atributos de la creación propia. Exhibe los de sus fuentes maternas. Los trazos propios son débiles, las líneas son descoloridas; más una variación de hojarasca que una obra profunda e inconfundiblemente belga. Analizándola bien, quedamos sorprendidos ante las analogías, las copias, los trasplantes. Siempre leeremos francés o siempre viviremos descifrando los sonidos guturales de la influencia rubia. El belga se halla así diluído dentro de este dualismo complejo que la Geografía condiciona. Podemos decir que las vidas germana y latina han creado al pueblo belga. El sabio historiador Pirenne dice con cierta

explicable intención nacionalista, apoyando nuestra observación:

Como nuestro suelo formado por aluviones de los ríos que vienen de Flandes y de Alemania, nuestra cultura nacional es una suerte de sincronismo donde se encuentran mezclados el uno al otro y modificados el uno por el otro los genios de las dos razas.

El alma belga que Edmond Picard nos define con pasión chauvinista en la interesante *Revue Encyclopedique* parisiense, es para nosotros un producto de la fusión inacabada y difícil de dos razas y no un estado propio donde la fusión de las psicologías es mucho más avanzada que la fusión de las lenguas. Sus orígenes debemos buscarlos en la tierra, en la economía, en la historia más que en la visión nerviosa y simplista de la hecatombe reciente. Seguramente buscando en la influencia telúrica llegaremos a mejores conclusiones que perdiéndonos ingenuamente en candores bélicos de post-guerra.

1830 marcó para Bélgica su 1810, como dirían los americanos, y el comienzo de la cuestión lingüística, que hasta 1930, vieja y centenaria, mantiene en valones y flamencos profesiones de fe encontradas, estados de espíritus rivales.

El Gobierno de Rogier una vez conseguida la independencia reconoció el francés como lengua única oficial *con el objeto de destruir, poco a poco, el elemento germánico en Bélgica*. La Constitución en su artículo 23 precisó el empleo facultativo de ambas lenguas. Mientras el gobierno se decidía a imponer el francés para uso particular, favorecía al flamenco extraoficialmente. No pudiendo atentar de un solo golpe contra él se limitaba a adoptar una impolítica medida que razones «políticas» determinaban. Cuando los gobiernos de imperios o naciones con problemas de minorías nacionales quieren resolver dificultades de este género, casi siempre estiman útil recurrir a la violencia por medio de mandatos en realidad enojosos para los que los sufren y contraproducentes por sus resultados. El Gobierno de Rogier, pretendiendo solucionar los problemas de su flamante estado, impuso en cierta manera la valonización y desestimó al flamenco, no logrando con ello otras consecuencias que las hoy vigentes. El Estado nacía desunido. Bélgica debía afrontar así desde su infancia el problema de sus dos razas, de sus dos pueblos y de sus dos lenguas

Originariamente el flamenco fué un dialecto conocido entre la población campesina. Casi exclusivamente campesinos, obreros y artesanos eran los que por medio de él se expresaban. Las clases dirigentes tenían una cultura y un alma afrancesadas, se expresaban y pensaban en francés. Una cuestión lingüística hacía más distante la separación económico-político-social. La *élite* del Gobierno no podía entenderse con la muchedumbre de los gobernados.

Empero, esta inferioridad no debía durar largo tiempo. El flamenquismo insurgió irreverente. Pocos años bastaron para que el pueblo diera una cultura y forjara su alma. El desenvolvimiento de ellas llevó la cuestión al terreno político. Los flamencos plantearon la igualdad de las lenguas. El movimiento adquirió fuerza y la divisa: *el alma del pueblo está en su lengua* constituyó un grito de libertad y un apotegma de lucha.

En 1873 los procedimientos en materia judicial debían hacerse en la lengua del acusado. En 1883 el flamenco era reconocido como lengua para la instrucción secundaria en Flandes. En 1886 una Academia Flamenca se creaba en Bruselas, y se inauguraron tres teatros reales flamencos. En 1893 dos Cortes de Justicia flamencas quedaban establecidas. El Parlamento, y el Municipio hubo de escuchar a los oradores flamencos haciendo la defensa de su raza y de sus tradiciones. El flamenquismo rompió las primeras trabas de su inferioridad. Sus triunfos alentaron entusiasmos, y le insuflaron vigor. Tomó hondura, y un extremismo agresivo empezó a germinar. Cyril Buysse, ágil ensayista flamenco, lo reconoce criticando con amargura tales excesos por las simpatías que se pierden. La reacción ante la tendencia valonizante había dado sus resultados. Los flamencos no sólo habían logrado constituir un frente y logrado algunas importantes victorias. Habían creado el flamenquismo y dentro de él hasta un superflamenquismo ortodoxo y violento, anti-francés y provinciano.

Durante la guerra esta tendencia se manifiesta alarmista. La invasión no hace sino acrecer su odio. Ante la presencia de los alemanes en territorio belga, los flamencos exacerban su anti-valonismo hasta el grado de producir una campaña de federalización y un intento de separatismo. A la flamenquización de la Universidad de Gante sigue la independencia de la región de Flandes proclamada en Febrero de 1917. Un Gobierno autónomo se constituye y el Consejo de los Flamencos inicia su obra regionalista autonomista. Terminada la guerra los aliados disuelven, como por arte de encantamiento, el Gobierno naciente y cumplen una batalla sin cuartel contra los líderes más eminentes del mo-

vimiento flamenquizador. Con aquella y con esta lucha el movimiento gana nuevos prosélitos, en lugar de desfallecer. El pueblo, enamorado ciego de sus tradiciones, se sintió orgulloso cuando sus esfuerzos de años culminaron en una victoria fugaz: se sintió herido cuando la represión quebró todas sus ilusiones.

La igualdad de las lenguas continuaba siendo un mito. La preponderancia oficial del francés una realidad.

1919 lleva a Bélgica el sufragio universal, y los flamencos—diseminados a lo largo del Flandes Occidental y Oriental, de Amberes y Limburgo, formando familias numerosas—lo conquistan también y lo aprovechan ventajosamente. Una estadística autorizada de la Sociedad de las Naciones estipula que Flandes tiene en la actualidad ochenta y ocho diputados, mientras la Valonia sólo setenta y tres y Bruselas veintiséis. Además, con los partidos católico, liberal y obrero se deben considerar los partidos de post-guerra: el comunista, cuyas listas apenas alcanzan a cubrir el cuatro por ciento del total de votos socialistas con un total de dos mil adherentes y el fronterista, propiamente hablando, el Benjamín de las deshermandad de los partidos y que cuenta ya con 12 representantes en la Cámara y 3 en el Senado y cuya composición es un tanto *sui-generis*, pues en su mayor parte lo forman los curas de los villorrios y sus feligreses flamencos. Este partido, *espèce de petit parti*, al decir francés de los hijos de la Valonia, ha alcanzado algunos notables progresos en un país como Bélgica donde el catolicismo es realmente predominante. En 1928 por su gestión consiguió que Monsieur Borms fuera amnistiado. Conviene notar que su delito era de los calificados de alta traición y que perteneció al Consejo de los Flamencos. Su condena era a prisión perpetua.

Convertida en cuestión nacional la cuestión lingüística, habría sido casi la confirmación real del milagro si se hubiera mantenido ajena al juego de la política. Los partidos políticos por el contrario en su totalidad la han afrontado. Unos para aliviar sus males, otros para agravarlos. Pero todos creyendo con ello contribuir a la solución de la pendencia que naciera al día siguiente de que el Tratado de Viena liberaba a Bélgica de Holanda, separándolas.

Para los católicos de partido, la igualdad de las dos lenguas debe ser *absoluta y efectiva en todos los actos de la vida pública*. Sin embargo, ello no impide que muchos de sus líderes preconicen la *territorialidad* y que abandonen el principio de *la libertad del*

padre de familia reconocido por todos sus jefes desde un siglo. Su amenaza es así inminente.

El Partido Liberal, representante de la plutocracia de la urbe, acepta la igualdad de las dos lenguas *con respeto de los derechos de los funcionarios valones*. Fundamentalmente es un enemigo del territorialismo lingüístico, como un defensor de la cultura francesa. Trata de defender un pensamiento ecléctico de la cuestión. Teme que la divulgación del flamenco contribuya al desplazamiento de la *élite* dominante. Desde este punto de vista propugnó cursos facultativos en francés durante la flamenquización de la Universidad de Gante. Su actitud, en el fondo, es tan maquiavélica como la del Partido Católico.

Los socialistas en el célebre *Compromis des Belges* de 1929 proponen la solución lingüística *sobre la base de la igualdad de las dos lenguas, de la descentralización comunal y provincial, consulta al cuerpo electoral y respeto de las minorías nacionales*. Defienden inequívocamente la tesis democrática. El Partido Comunista limita su intervención a la lucha de clases. Para él el movimiento en favor de la igualdad de las dos lenguas es, escuetamente, *un movimiento pequeño-burgués*. Se coloca al margen del problema encerrándose dentro de su caracol marxista.

Para los fronteristas es una cuestión de federalismo y descentralización, autonomía y rebelión. Divididos propugnan un levantamiento contra el centralismo del Estado Belga y «los belguistas flamencos». Unos se pronuncian por el simple federalismo. Los otros, más ortodoxos y exaltados, por la separación definitiva. Pero todos están imbuídos de un sentimiento anti-francés fuerte. Los curas y los feligreses campesinos juzgan que la diosa razón es hija de Francia y que Francia es una nación de ideas disolventes y bolcheviques. Como la Revolución francesa prohijó el libre-examen, el libre-pensamiento y el ateísmo, los fronteristas, *más papistas que el papa*, no tuercen su diestra. Por otra parte, su flamenquismo agudo les separa racialmente en la lengua y en sus tradiciones germanas de todo lo que es latino. Este partido representa así el super-flamenquismo, afiebrado e insolente, conservador y anti-latino.

La Asamblea Valona fomenta el unilingüismo en la Valonia y se adhiere a todos los acuerdos que en esta materia han propiciado los valones desde el gobierno en el ramo de economía, político, administrativo y militar. Su voz es de alerta. Ante el flamenquismo y el super-flamenquismo, su grito es de aproximación a Francia. Representa el latinismo malcriado e intransigente.

Contemplando la cuestión desde otros intereses, si bien es cierto débiles y en minoría, la Liga Nacional por la Unidad Bel-

ga se pronuncia por el bilingüismo administrativo sin apoyar el bilingüismo de los funcionarios. Condensa una opinión intermedia y propugna con energía la fusión de ambos pueblos. Por sobre todo eleva la idea de Bélgica una e indivisible. Como todo centrismo, esta tendencia recibe los dardos de derecha e izquierda, del superflamenquismo y del supervalonismo. Es el sector incomprendido...

Todos los partidos enfocan la cuestión y cada cual a su manera. Si no existiera un interés «misterioso», que bien pudiera ser electoral, tal vez el problema habría sido ya resuelto con mejores perspectivas. Pero como mientras los unos agitan el incendio y hacen vibrar su demagogia exaltada y los otros aprovechan ávidos y los terceros se apartan displicentes y enhiestos, el *statu quo* se mantiene. Y flamencos y valones viven su centenario cada vez más flamenquistas y cada vez más valonizantes. Y la Bélgica: una e indivisible, desunida y dividida.

Si se ahonda el fenómeno no se podría a primera vista despejar semejante incógnita. ¿Intransigencia valona? ¿Tenacidad flamenca? ¿Odio de razas? ¿Imposibilidad de entendimiento? ¿Idioma? ¿O economía? Un flamenquista nos respondería atacando al adversario. Un valonista, inversamente, defendiéndose. Un católico, arremetiendo al diablo francés. Un protestante, al misterio de la Trinidad. Un marxista más marxista que el propio Marx, enfrascándose en la economía pura. Un idealista bergsoniano, alejándose con la personalidad, el espíritu. Empero el fenómeno en sí es más complejo y menos llanas las causas que lo determinan. Influyen en prorrogarlo indefinidamente todos los interrogantes y cada cual particularmente.

Ni raza, ni idioma, ni religión, ni economía puros y aisladamente considerados. Todos ellos en conjunto y cada cual en su línea de acción y de mira. Mientras que Flandes es una región eminentemente agrícola, salvo la naciente industria textil de Amberes y las minas de Hambourg; la Valonia es burguesa. Mientras Flandes nos habla flamenco, la Valonia francés. Mientras que Flandes continúa aprisionado por la religión, la Valonia tiene las manos sujetas por la Iglesia en lucha con los librepensadores. Mientras que Flandes conserva su sistema bancario propio e independiente, la Valonia opone otro ligado a Francia. Al Flandes germano se enfrenta la Valonia latina. Tales son las tesis y las antítesis, que convergen alrededor de la curiosa cuestión lingüística síntesis del problema.

Bélgica ha, sin embargo, envejecido. De 1830 a 1930 cien años

han transcurrido. Y la pendencia lingüística se agiganta. Nuevas soluciones se han encontrado. Pero en lugar de aliviar el diferendo lo han agravado. Los flamencos no ceden. Los valones otro tanto. La perseverancia germana es formidable. La latina vivaz. El *élan* flamenco es invencible. El valón lo comparte. La intransigencia de ambos es tan hiriente que parecería insoluble la cuestión. O que la capacidad de solución es nula en los hombres de gobierno, en las masas de partido.

No sabríamos si recordar las duras palabras del autor de *Das Kapital*, cuando en 1844 expulsado de Francia por Guizot se refugia en Bruselas para salir desterrado pocos años después.

La Bélgica ha guardado a los hombres más eminentes del siglo XIX y nada ha quedado en pie como atisbo genial o como informe documental. El pueblo y sus líderes tan indiferentes como animados por la cuestión lingüística han aprovechado muy poco de aquella vecindad. Amigos de Babeuf, discípulos de Saint-Simon, partidarios de Fourier, Karl Marx y F. Engels, se refugian en tierra belga; pero su obra aparece infecunda por sus resultados. Los belgas se nos presentan más entusiastas por sus danzas flamencas, por su *Rey Soldado* o por los combates del Iser que por sus problemas vitales. La nación belga con valones y flamencos en pendencia inacabable no es un todo homogéneo. Ha empezado a serlo, de intento en intento y bajo la influencia de un afanoso querer.

Los años vividos dejan una obra, pero ella tiene sus lagunas.

Mientras la cuestión lingüística se agite como un problema y cree dificultades, *el alma belga* se nos presenta hipotética.

No basta que Maurice Maeterlinck, que Emile Verhaeren o Henri Conscience y M. Crommelynck sean los herederos de las glorias de A. Kempis y Ruysbroeck. O que estos compitan con la portentosa obra de los Memling, de los Van Dyck y de los Van der Weyden. A través de ellos ya sabemos qué culturas hablan expresivas, palpitantes, frescamente. El problema económico-político-social subsiste íntegro. El diferendo idiomático supervive. Las más graves cuestiones en economía o en política se ven embrolladas por éste.

Conocer la pendencia lingüística es empezar a conocer a la pequeña Bélgica por dentro. Solucionarla es aportar la ayuda del álgebra para despejar incógnitas. Si la centuria que se inicia la aborda con éxito, asistiremos realmente al segundo nacimiento de Bélgica, y *empezaremos* a comprender mejor *por qué* el eminente Emile Vandervelde decía en el Parlamento no ha mucho:

La Bélgica no es una formación artificial, pero ha nacido de duras expe-

riencias y de luchas sostenidas en común por la libertad y por la independencia...

LUIS E. HEYSEN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

BOLIVAR DESDE ESPAÑA

LA colección de vidas noveladas que en Madrid publica Espasa-Calpe se ha visto aumentada con un nuevo volumen, el dedicado a Bolívar por el escritor vascongado José María Salaverría. Y también con esta nueva publicación se ha ampliado el objetivo de la colección que si en un principio fué de vidas españolas del siglo XIX, con la entrada de Bolívar, da cabida a las vidas de personajes americanos.

Creemos, después de la lectura de este Libertador visto por Salaverría, que si los escritores españoles son los llamados a fijar los caracteres de los americanos ilustres, el experimento será curioso, poco halagador para los nativos de América, pero repleto de enseñanzas de diverso género.

El mayor interés del libro de Salaverría reside en la circunstancia precisa anotada: el que sea la visión de un español, dos veces español por ser vascongado, sobre un personaje que encarna la más fuerte y más pura gloria americana. Y de esta experiencia tenemos un resultado único: una figura de Bolívar que se parece poco, muy poco, a la que se conoce en América.

Proviene esta característica de que se han juntado dos extremos opuestos. Durante muchos años en América la admiración por Bolívar y su obra ha quitado el reposo necesario para el estudio detenido de su personalidad. Pero hoy en día no podemos argumentar en esta forma, pues el personaje del Libertador ha sido agotado por escritores de todas categorías que se han consagrado, con benedictina tozudez, a desentrañar los misterios más recónditos de su vida y a poner de relieve toda su obra en la magnífica ejemplaridad de su grandeza. El mito bolivariano ya no nos coge de sorpresa y «el señorito Simón» que decían las niñas de Caracas de 1812, ha entrado de lleno a la inmortalidad de gloria que le corresponde con todas sus pasiones y sus virtudes, y —no sería honrado negarlo— con todos sus defectos. Hombre al fin, no puede juzgársele sino como fué: un grande hombre,

lo más grande que hemos tenido en América desde el descubrimiento.

Es comprensible que en España los excesos del culto bolivariano hayan parecido, en más de alguna ocasión, como un americanismo más, a unir a los muchos pintorescos arranques a que nuestras naciones de Sud-América tienen acostumbrados a los peninsulares, pero no es menos cierto que si la actitud de un Blanco-Fombona por ejemplo, convirtiendo en saldo al haber en su cuenta bancaria toda la gloria del Libertador, bajo pretexto de una admiración idolátrica, nos nos favorece mucho, en cambio, la decisión de todos los americanos que han estudiado serenamente la personalidad de Bolívar, en especial de los muchachos que llegan a Madrid desde América, con la imagen de Bolívar como un símbolo de su único sueño: la unión americana y que con este símbolo fundan la revista de su nombre, debía haber infundido en el escritor español que tratara el tema un deseo de acercamiento más efectivo, más íntimo a la personalidad que iba a estudiar, y más que todo un intento de ampliación de criterio frente al problema de la libertad de América; que se imponía como imprescindible. Sin embargo, desgraciadamente, ninguna de las calidades señaladas encontramos en la obra recientemente aparecida del escritor vascongado.

No pretendemos con esto que Salaverría se hubiera visto en la necesidad de darnos otra versión más del Bolívar de uso corriente en nuestras repúblicas tropicales. Un semidiós engrandecido por todas las virtudes y los merecimientos humanos y carente de todas las pequeñeces inevitables del espíritu. No. Pero si de un tema de la magnitud de la figura del Libertador se trataba, honrado parecía exigir a quien se acercara a él, por lo menos una pequeña dosis de comprensión. Y esta es precisamente la que falta en el libro de Salaverría. La figura, el alma de Bolívar se le han escapado entre los papeles consultados, entre los libros leídos, entre la documentación compulsada, y en ninguna página hay el menor indicio de que siquiera por un minuto el escritor español haya comprendido la esencia de la figura de Bolívar. Nos basamos para hacer esta afirmación en el espíritu, la impresión misma que deja la obra en la cual el escritor peninsular nos da un Bolívar como nos pudo dar un Baroja en sus *Retratos*. Es decir, una semblanza en que los tonos oscuros, los defectos mezquinos, los vicios pequeños, están cargados con una intensidad maligna. Pero, en cambio, el lado luminoso del alma del Libertador, toda aquella inmensa cantidad de arcilla humana de las más pura nobleza, fardo altísimo que constituye su pedestal de gloria y su defensa ante la inmortalidad, han sido

tratados de soslayo, con un poco de resentimiento y en ocasiones, es triste constatarlo en Salaverría, con un poco de ironía. ¡No, tal procedimiento es inaceptable, la ironía no cuaja con Bolívar ni con su obra! Quédese para quienes transcurren la vida en un perpetuo gesto de destructora negación frente a los personajes y a los acontecimientos, que para Bolívar lo que hizo lo salva de toda apreciación. Lo que después de muerto ha hecho y continúa haciendo, es la propina americana generosamente donada a la incompreensión peninsular.

Es cierto que los límites del trabajo efectuado por Salaverría no le han permitido bosquejar un estudio más acabado de la figura que es tema de su libro. Pero dentro de estos límites pequeños (237 páginas), ¡qué pequeño se ve también al Libertador!

Ha pintado Salaverría de mano maestra el ambiente existente en la época del nacimiento de Bolívar en la «gentil Caracas», y sus primeros años de vida están reseñados con ligereza y con ciertos atisbos de penetración psicológica, que forman a nuestro juicio las mejores páginas del libro. Y se comprende. El héroe en sus primeros años se mueve en un mundo frívolo, elegante y estúpido. Viaja continuamente por Europa, y en el primer viaje suspira apasionadamente tomado de la mano de la novia en el Retiro o en la Moncloa, como un hortera vulgar, o sirve de discreto celestino para encubrir los amores, bien poco encubiertos, de su íntimo amigo Manuel Mallo, guardia de corps en la escolta real, con María Luisa, la reina española, esposa de Carlos IV, italiana de nacimiento, y generosa hasta la prodigalidad de los favores de su lecho real. Pero si Salaverría comprende a la perfección este mundo europeo, por ser tierra de su nacimiento y de su afectividad, y las evocaciones de la época están marcadas con un languideciente estilo poético, no por eso deja de perdonar al Libertador, los aspectos negativos, que presenta aclarados y definitivos. Se habla de la familia y de la raza noble del Libertador, y después de presentarla, fijarla en sus individualidades más acentuadas nos encontramos con que

en fin, nuestro Simón Bolívar tiene su correspondiente ligera porción de sangre teñida en sus venas. Esto le hace ser un americano perfecto y virtual.

¡Es el negrito de chocolate del cuento! Es americano perfecto y virtual porque tiene sangre oscura en sus arterias, y aunque no lo dice porque no es necesario, no es extraño entonces que en su vida se nos presenten con una sonrisa muy gentil y muy despectiva todos los rasgos de Bolívar en que toma su venganza el ancestro indiano que Salaverría ha afirmado rotundamente.

Fuera de que la afirmación, históricamente considerada, no nos merece entera fe ya que Carbonell y otros historiadores bolivianos la han negado con acopio documental, no creemos, si fuera efectiva, que tenga la suficiente importancia para señalarla y menos que en modo alguno, sea el distintivo americanista «perfecto y virtual» del Libertador.

Y sigue la persona de Bolívar:

Tiene su vanidad siempre a punto (Pág. 47), ¡Desde entonces el demonio de la vanidad ha hecho presa en él y no lo dejará libre (Pág. 59),

y sigue la cantilena. Sin duda alguna, era vanidoso el Libertador, pero se encontraba poseído de una vanidad especialísima la vanidad de su gloria, la vanidad de la misión que se sentía impelido a cumplir, y para ello el amor propio de su capacidad le indicaba que en su patria era el único que podría llevar a feliz término la empresa de darle libertad. Es claro que esta vanidad se manifestó en su vida mundana; que como todo hombre gustó de ser admirado y remirado especialmente por el bello sexo, y que para obtener estos fines no hubo medio que no empleara, todos conducentes al mismo objetivo y todos refundibles en uno sólo: derrochar alegremente el cuantioso patrimonio heredado, a trueque de encontrarse siempre en el comentario elegante de la gente a la moda. Y en el París elegante, enriquecido y rastacuerdo del apogeo napoleónico, Simón Bolívar dictaba, nuevo Brummel, modas efímeras y era considerado como el más consumado ejemplar del señorito juerguista, espectacular, teatral y bullanguero.

Pero acaso tales afirmaciones no tengan mayor importancia. Sigue detallándose la obra de Bolívar y hemos de entrar a la acción plena del Libertador. A mediados de 1812 ocurre la conspiración de La Guayra, tramada por el comandante de la plaza, el coronel Manuel María de Las Casas. Como resultado de esta conspiración, se produce la prisión de Miranda, el precursor de la independencia americana. Y este acontecimiento, el más doloroso y más negro de la historia de Bolívar, ha sido estudiado detenidamente, de tal modo que hoy en día no puede ni siquiera echarse sobre Bolívar la más leve sombra de una traición que diera como resultado la prisión de Miranda, especie que durante muchos años han corrido hasta la saciedad los detractores del Libertador. Mancini, el historiador de la primera época bolivariana, ha desentrañado con profusión de documentos el embrollo formado alrededor de la prisión de Miranda, y la propia exposición de Monteverde al Subsecretario de Estado de España y el estu-

dio que de la conspiración hace Gil Fortoul, en su *Historia Constitucional*, han dejado demostrado que en la actualidad no puede seguirse echando sobre Bolívar la sombra de esa traición. En su obra tan conocida, *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas*, Julio Mancini (Págs. 390-397), ha deslindado claramente la actuación de Bolívar en la desdichada conspiración de La Guayra, y puede afirmarse que no fué acto del Libertador la entrega de Miranda a los enemigos. Muy por el contrario, aunque Bolívar tomó parte activa en las conversaciones e intrigas que dieron como resultado la prisión, intimada por el propio Bolívar, del desgraciado Miranda, debe tomarse en cuenta que ése, convencido por medio del sutil trabajo de Las Casas, de la culpabilidad de Miranda, fué inflexible en pedir el fusilamiento para el precursor. Esta actitud, tratándose de Miranda, está lejos de ser excusable para Bolívar, pero es muy distinta a hacerle cargar la culpa de la felonía de haberlo entregado a los propios enemigos, como tanto se ha repetido, y como se encarga de insinuarlo muy claramente el propio Salaverría. «¿Le han dado la libertad a cambio de una traición?» No, señor Salaverría; Ud. bien sabe que no. Se le dió la libertad por las influencias ejercidas por don Francisco de Iturbe, español, amigo de Monteverde y de Bolívar, y que defendió a este último según sus propias palabras, «con toda la honrada firmeza del español íntegro» (pág. 93). Bolívar, por más que Salaverría quiera hacerlo suponer, no tenía pasta de traidor. Cometió, hombre al fin, muchos actos deleznales en su vida; tuvo siempre sus pasiones excitadas al rojo blanco en sus amores y en sus odios, pero no cabía en su alma la abyección de espíritu que supone una traición, como la que pretenden echarle encima, fríamente, calculada y despaciosamente hecha.

Entonces en vez de adoptar una actitud de espartano que declina sus pasiones personales ante la llegada del enemigo común y se sacrifica y muere por la patria, procede como un condottiero de la Italia del cuatrocientos. En efecto, abandona su ejército, sale al mar y busca asilo en la isla de Jamaica. (Pág. 126.)

¿Se tratará de algún bandolero que escapa a la acción de la justicia? No creáis nada de eso. Se trata de Bolívar, a quien Salaverría no atenúa ninguna debilidad, ni disculpa ningún extravío. La actitud de Bolívar en la ocasión reseñada estamos lejos de disculparla, pero no se trata de una huída de condottiero cobarde. Hay otros hechos que es necesario delimitar. Por un lado el general Castillo, neo-granadino, se había sublevado contra la autoridad de Bolívar, y por otro lado, se acercaba Morillo, general español, con todas las poderosas fuerzas traídas

de la península, contra las cuales el pequeñísimo ejército de Bolívar (1,800 hombres), no habría podido oponer una resistencia seria. A Castillo no se le podía dominar con rapidez, y Morriño con rapidez podía aniquilarlo y aprisionarlo. Tal es la situación de Bolívar. Entonces, la escapatoria a Jamaica, no sin haber agotado todos los medios de avenimiento con su insurrecto subordinado. Por eso en la alocución que dirige a sus compañeros de armas al despedirse, afirma el Libertador:

La salvación del ejército me ha impuesto esta medida; no he vacilado. Vuestra existencia y la mía eran aquí incompatibles.

Por este motivo, Bolívar ha preferido la desmedrada actitud que significa poner mar por medio, ante el avance de fuerzas enemigas. Si no lo hubiera hecho, quién sabe si su destino se hubiera tronchado y su obra posterior hubiera quedado sin realizar. Ante esa posibilidad, puede explicarse, ya que no justificarse, la actitud de Bolívar en esta ocasión, aunque al displicente escritor vasco, le parezca sólo una arrancada de un «condottiero del cuatrocientos».

Y después Salaverría relata con una insistencia lindante con la minuciosidad la vida aporreada, vejada, humillada del Libertador en Jamaica. ¡Esta es la revancha! ¡Qué gozo en los períodos que describen la miseria de este soñador incomparable!

Arruinado como hacendado, como político, como militar, como libertador de pueblos. Y sin un duro en el bolsillo.

¡Ah, por fin cayó el osado combatiente del poderío español! La dueña de la casa en que se alberga, lo despide

como cualquier patrona hace con el último de los estudiantes morosos. No podía llegar a menos el hombre que había gozado en Caracas de los ostentosos títulos de Dictador y Libertador. (Pág. 136.)

¿Para qué seguir? Si no hay cariño a la figura estudiada, ¿qué se saca con relatar hechos, de los que siempre se muestra el lado peor, el aspecto negativo? A pesar de que

en la vida de Bolívar, sobre todo en sus años de tentativas y de preparación, hay bastantes puntos oscuros que sus más celosos panegiristas no acertarán nunca a justificar (pág. 146),

hay un Continente entero que le debe su independencia y libertad a él; hay muchos millones de hombres que pronuncian su nombre con reverencia; y en el hecho indiscutible, puede afir-

marse que ejecutó una acción que lo pone encima de panegiristas y detractores. No necesita ni de los unos ni de los otros.

Pero también tuvo Bolívar, a pesar del propio Salaverría, días de gloria, sin discusión; años de culminante poderío, y entonces el procedimiento varía. Se pasa muy a la ligera, a veces sólo citándolas, por las acciones heroicas del Libertador, y en cambio se escriben no pocas páginas destinadas a convencernos de que al Libertador le gustaba el sabor a los aplausos y a las exteriorizaciones oficiales de la pompa, de manera enfermiza. Y no hay una actitud sin una explicación mezquina. Fusila a Piar, por «celos» (pág. 151); su ejército sólo está compuesto por mercenarios extranjeros (pág. 155); obtiene una victoria por la tenacidad y buen orden con que combate la legión británica (pág. 172); le escribe al rey de España cartas absurdas (pág. 184), y así continúa la interpretación del Libertador que nos llega de España.

Es curioso el efecto que produce en quien ha estudiado la figura de Bolívar. A pesar del empeño de Salaverría en disminuir al «señorito currutaco y voluntarioso», de Caracas, éste sale engrandecido, y situándola justicieramente en el panorama de la historia americana, su figura domina con soltura y con amplitud a todas las otras del mismo Continente. Y esto es de fácil comprobación, si se considera en la actualidad el valor simbólico que ha adquirido el hombre Bolívar, pues luego de conocer con exactitud el desarrollo de su gesta heroica, después de investigar su vida y escudriñar su actitud ante sus contemporáneos, después de conmovernos ante su desgracia y abatimiento, ante su caída en majestad gloriosa, que constituyen sus últimos años y su muerte, nos interesa hoy en día mucho más aquello que Salaverría no ha visto, o no ha querido o no ha podido ver: el valor simbólico de su figura; la encarnación de un sentir continental consagrado en un ademán de unión ante los extraños y de fiera independencia ante todos.

Es natural que a Salaverría, español y vasco, le llegue hasta lo íntimo la actitud de este «señorito Simón», que le arrebató a su patria un continente. Es esa la impresión que deja el libro. Parece el dueño de una vasta posesión campestre, a quien un Administrador, excesivamente inteligente, por manejos de todo orden, le ha arrebatado una parte importante de aquella. Retirado en la ciudad y apartado hasta el recuerdo de sus días de poderoso, llega a sus oídos el rumor de gloria que circunda la frente de su Administrador de otrora, y se impone de sus actividades, estudia su vida, sigue paso a paso sus acciones y su influencia en todas las actividades que ha desarrollado, y rendido

ante la evidencia, al fin, de la personalidad superior de su antiguo dependiente, se ve obligado a confesar: «Inteligente el muchacho, vale mucho, ha llegado, pero... era un sinvergüenza, a mí me quitó toda mi hacienda.» Sin fijarse acaso el antiguo propietario en que la hacienda pasó a otras manos cuando él era incapaz de mantenerla, y precisamente por eso.

Y es tanto más sensible que esta aportación al estudio de la figura de Bolívar que nos envía la Península haya sido inspirada en un espíritu poco simpático para el Libertador, cuanto que esperábamos una labor óptima de un escritor de la talla de Salaverría. Su prestigio y su reputación no pueden discutirse en la literatura actual de España, y su espíritu artístico es uno de los más sutilmente refinados. Es este espíritu el que ha salvado en parte su última obra, que ha sido escrita con el lujo de un lenguaje bellísimo. El estilo cuidado, la composición buscada en cierta impersonal levedad de indiferencia, son cualidades literarias que hacen tolerable la lectura del libro. Y muestra y cristalización de estas cualidades, es el giro poético de la frase, la evocación sentida de épocas que se han ido, obtenida por Salaverría en páginas muy bellas. *La gentil Caracas*, *El niño prócer* y todos aquellos trozos en que, sin tratar de estudiar el espíritu del biografiado, estudia o evoca un cuadro de costumbres pintorescas, una impresión sutil y desvanecida de un fugaz momento psicológico, son de un valor artístico de primer orden. La llegada de Bolívar a España, en su primer viaje, cuando todo parece concluído, es una de sus mejores páginas:

Al recordar la tropical exuberancia de América, como de un mundo que ha salido recientemente de las mismas manos de su Creador, la presencia de Europa le produce una impresión extraña. Todo parece estar hecho y acabado hace mucho tiempo. Parece que el Creador ya no tiene parte en la obra, y que ésta se halla completamente en poder de los hombres. El mismo cielo se diría que ha envejecido un poco. La luz es más tenue, más tibia, más delicada. (Pág. 41.)

Cuando leemos esas líneas, nos olvidamos de la fundamental incomprensión de Bolívar que a través de toda la obra demuestra Salaverría. Y no queremos atribuir más que una causalidad estética al fundamento de esta incomprensión. Para no pensar mal un minuto del distinguido escritor español, creeremos que su indiferencia para apreciar la figura de Bolívar proviene de su temperamento frío, realista, loyolano. Que indudablemente está muy lejos de ese gran señor del romanticismo guerrero, político y glorioso, dueño de un alma atormentada y magnífica, que fué Bolívar.—A B E L V A L D É S A.

LA CRISIS DE CULTURA EN LA LITERATURA CHILENA

Buenos Aires, Enero de 1931.

DOS escritores chilenos de significativo valer han publicado, recientemente, en un mismo opúsculo, dos trabajos de hondo sentido crítico, destinados a fijar los límites, los valores y las anomalías de la producción literaria chilena. Tanto en *Paradoja sobre las clases sociales en la literatura*, que firma Raúl Silva Castro, como en *Acerca de la literatura chilena*, que suscribe Manuel Rojas, una idéntica finalidad preside el rumbo de su contenido.

Silva Castro sostiene que la literatura chilena es una literatura de la cual están ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia. En torno a esta premisa, desarrolla su juicio, al que arrima un haz de observaciones atinadas, aun cuando, por momentos, se vean resentidas en la claridad indispensable para el mejor afianzamiento de sus juicios. Silva Castro pasa revista a la producción literaria chilena de los últimos veinte años, de la cual se desprende una total ausencia de interés por los más trascendentales problemas de la vida: de esa vida que no puede limitarse al estrecho marco de un país, de una ciudad o de una región.

Junto a las voces literarias de América, el eco de las expresiones creadas por los escritores chilenos, es el más débil, aun cuando, como exactamente apuntan Silva Castro y Rojas, esas voces chilenas sean las más equilibradas por la uniformidad de motivos explotados por la mayoría de los escritores. Son los menos los que prefieren inventar, crear, tras dolorosa y fecunda labor de intelecto. La mayoría se prodiga en la copia de recursos disfrazados con ligeros matices de diferenciación exterior.

Lo que yo echo de menos en esta literatura—anota Silva Castro—es la preocupación por las ideas generales y cierta angustia metafísica que hoy levanta su vuelo en casi todas las demás literaturas del mundo.

A la objeción de que para que el escritor alcance este grado de inquietud es indispensable que habite en un medio ambiente donde tales problemas existan, Silva Castro sostiene que el

escritor es el producto de una minoría para la cual existe la inteligencia y los problemas espirituales tienen realidad y a veces urgencia.

Si se observa el panorama de la literatura europea, fácilmente se divisa cómo de las minorías de cada país surge la figura que prestando oído a los problemas que gravitan en torno suyo y que no le son ajenos, imprime a su obra el giro personal que la dota del vigor indispensable para saltar fronteras, cubrir distancias y suscitar movimientos de opinión, cordiales o encontrados. Así Lawrence, Chesterton, Wells, Huxley, G. Bernard Shaw, Cocteau mismo pese a su versatilidad ideológica, Unamuno, Baroja, Pirandello, Papini y cuantos dieron muestras de estar atentos al clamor de las inquietudes más latentes y sutiles. Para éstos y no pocos más, la literatura, sin excluir cuanto debe ofrecer a la emoción, la estética y el arte, se transforma en intérprete de ideas y problemas, a cuyos principios amolda sus personajes y motivos.

Silva Castro agrega que los orígenes de este localismo literario que él, «a riesgo de quedar solo en esta apreciación», se ha propuesto combatir, tienen, por partida inicial, la condición mesocrática de la mayoría de los escritores chilenos, hombres llegados a Santiago desde todos los extremos del país, atraídos por la confianza del desahogo económico, en el cómodo refugio de las profesiones liberales. Enrolados, luego, en el cultivo de un género literario cualquiera, no adquieren, por esto, condición exclusiva de hombres de letras y continúan cortejando la profesión y la vocación, simultáneamente.

Los bohemios de ayer, apunta el autor de este trabajo que comentamos, se han adaptado a las buenas costumbres y por supuesto no escatiman sus incursiones al confesonario. De esta suerte el núcleo mesocrático dedicado a la literatura imprime a sus obras el tono escaso de sus afanes, de sus inquietudes. Son funcionarios, son profesionales, son burócratas, y la vida se les desliza sin mayores trastornos, sin interrogantes, desconociendo el dolor de la duda, de la congoja de un problema; el perseguido afán de una tesis, de una teoría continental. La vida limitada y mediocre de sus horas se refleja y se trasunta en la trama de sus novelas, en el alcance de sus ensayos, en el carácter manido de su poesía.

Nuestra literatura, desgraciadamente—agrega Silva Castro—, tiene los ojos cerrados y se mueve en una órbita pequeña y sin trascendencia. Los hombres que la cultivan parecen no sentir la presión que sobre ellos ejercen los acontecimientos del mundo en torno o no tener curiosidad de explicarse la razón de las inquietudes que los mueven a ellos y a sus semejantes. Desde este punto de

vista, nada más cómodo que ser escritor en Chile. Como no se ahonda en nada, no se corre el peligro de ser discutido, y si eso buscan los escritores chilenos, puede decirse que han dado con el camino que un día deben haber perseguido.

En igual sentido de acusación, serena e implacable, el autor de esta paradoja prosigue ascendiendo a tal punto que expresa que en vez de un hombre de genio, Chile muestra docenas de talentos tranquilos y discretos. La discreción, manto propicio que acoge cariñosamente a los mediocres, es tan evidente que hace imposible el hallazgo de los grandes disparates, de cuanto constituye expresión de independencia y de fisonomía propia. Tan difícil es esto como dar con una concepción genial, de esas que por su vigor sobreviven a través del tiempo y del espacio, factores implacables destinados a guillotinar lo enclenque, débil y trivial.

De las páginas de este ensayo se desprende el problema que con mayor agudeza afecta a la literatura chilena. Silva Castro conceptúa que esta dolencia esencial radica en la estrecha concepción localista que inspira a los escritores de su país. Una fatal estrechez de miras limita las perspectivas de su obra, una dolorosa anemia creadora torna en juego de noria lo que debiera ser ágil y múltiple expresión de inteligencia fecunda. No abundan las excepciones. Las obras de mayor trascendencia debidas a la pluma de Edwards Bello y de Barrios están sujetas al patrón imperante y exclusivo. Para muchos, acaso para aquellos en quienes un nacionalismo enfermizo cierra los oídos a las voces del resto de la humanidad, esta actitud invariable de escribir en torno a idénticos temas y situaciones, constituye una noble y generosa preocupación. Pero generalmente se confunde el significado de la obra que realizan los autores sujetos a un principio localista.

Ricardo Rojas con su *Blasón de Plata y La Restauración nacionalista* y Manuel Gálvez con *El Solar de la Raza* llevaron a cabo una empresa de ubicación étnica. Se deseaba saber de dónde venimos, para saber hacia dónde vamos. No intentaremos demostrar en esta oportunidad la escasa trascendencia que tal propósito adquiriera, pero sí anotaremos que ambos autores —a título de referencia bastan sus nombres de los muchos que podrían citarse— se abocaron a la interpretación de los signos de la época, llevando, a la obra de ensayo el uno y a la novela el otro, los problemas que se desenvuelven en el seno de las multitudes y que pasan inadvertidos para ellas mismas hasta que el escritor y el artista los descubren, despertando conciencias ante la realidad. Tampoco diremos hoy el valor total de la obra

de Gálvez o de Rojas, pero es indudable que si en la Argentina no nos ciñe en forma tan marcada la cuestión local, tenemos, en cambio, la influencia de todas las modas, teorías y ensayos que cada correo de ultramar arroja a nuestra ciudad

El localismo chileno, que entre nosotros se traduce en un ir y venir de motivos folklóricos, no produce nuestra angustia. Los Fausto Burgos de nuestra literatura tienen ya su sentencia de muerte en el propio género que cultivan y en la esterilidad de un esfuerzo que pasará sin gloria ni provecho, para perderse en la balumba de papel impreso. La influencia de los «ismos» es nuestra laguna más visible, pero es indudable que de estos juegos caprichosos, saltos en el vacío, que motivaron la defunción de no pocos saltimbanquis de las letras, han surgido algunos valores en quienes la acción del trabajo y de la cultura ha de perfilar escritores de mérito indudable. Tampoco poseemos genio alguno, talentos sorprendentes. Mediocridades de las cuales, acaso, puedan esperarse revelaciones desconocidas, potencias ignoradas. Infantil fuera, por otra parte, suscribir juicios terminantes, junto a un núcleo de valores en formación.

Silva Castro ha puesto en descubierto, pues, un motivo fundamental de la crisis que afecta a la literatura chilena. Se ha dicho que es ésta la total ausencia de sensibilidad frente a la vida y ante los problemas humanos. Terminada la lectura de sus observaciones caemos en la cuenta de que si bien es cierto que la circunstancia antes apuntada puede ser factor esencial para el anquilosamiento de la literatura del pueblo, no puede, empero, ser el único, ni poseer el vigor indispensable para determinar una influencia tan señalada y amargamente perniciosa. Otros deben ser, además del citado, los motivos de tal crisis.

Pero he aquí que Manuel Rojas nos habla también de la literatura chilena y lo hace tomando para la iniciación de su capítulo, el final de los de Silva Castro cuya tesis amplía aportando la contribución de nuevas ideas acerca del mismo problema. Nos apresuramos a decir que estas páginas de Manuel Rojas constituyen el más claro y preciso de los alegatos que conocemos en torno a la literatura chilena. Se complementan con el ensayo de Silva Castro, pero poseen una total independencia de criterio y de juicio. Llevan a fondo una valiente carga contra los prejuicios más anquilosados y las rutinas más dóciles y corrientes de los escritores del país. Rojas no discute que la ausencia de aptitudes vitales en los escritores chilenos provenga de su origen mesocrático. Esto le parece incuestionable, pero lo que Rojas sostiene es que esto solo no basta para justificar la situación de las letras en Chile. La explicación resúltale insuficiente.

Considera por consiguiente otros motivos de no menor peso. En primer término el de la cultura, viejo problema que, es fuerza reconocer, no sólo afecta a la literatura de Chile, sino también a la de la Argentina y a la de toda nuestra América con mayor o menor—más mayor que menor—intensidad. Pese a las vastas declaraciones de carácter antiguo y tropical, estamos en los primeros pasos de la inquietud cultural. En Chile, la ausencia de interés por los problemas generales de la especulación intelectual es poco menos que total. En nuestro país tenemos, en cambio, la trivial disposición de convertirnos en diletantes de cuanto asoma con rótulo importado. De tan cordial como funesta inclinación surgen actitudes y producciones híbridas, sin aspecto definido, sin orientación precisa, lo que hace posible a un común e intrascendente cultor del cuento nativo disertar acerca de Proust o Max Scheler con un natural desparpajo, pese a su erudición a base de traducciones de segunda mano y tercer orden. Si el localismo chileno es pernicioso, no deja de serlo menos esta voluntad dócil y apacible de mariposear en torno a cualquier inquietud, sin dedicarle ni obtener de ella todo cuanto rinde la contracción y el estudio hacia cualquier género de problemas.

Manuel Rojas enfoca esta condición de los escritores chilenos, entre los cuales constituye un verdadero hallazgo la presencia de quien se interese por algo que no sea la menuda lectura de algunas piezas literarias, de esas que afectan, únicamente, al género que cultiva. En derredor de esta ausencia de vocación cultural, Rojas trae a colación el ejemplo de Wells o de Shaw en quienes el abultado conocimiento de fundamentales cuestiones les lleva, no a ser eruditos, sino al maravilloso mundo de nuevas inspiraciones, de nuevos motivos, sugeridos en el contacto con la ciencia y las artes.

Las obras de los más prestigiados escritores de casi todos los países de Europa rebotan de ideas, están saturadas de inquietudes, plantean problemas, sugieren teorías, se les discute, levantan clamores de resistencia, recogen estímulos colectivos. Rojas denuncia que en el valle que riegan el Mapocho y el Maipo «no discutimos las ideas sino cuando hieren nuestra personalidad social o literaria o nuestros intereses económicos». Acaso fuera oportuno extender los límites de estas fronteras. Por supuesto que no quedaríamos excluidos los argentinos.

Tomo del ensayo de Rojas esta oportuna cita de Max Scheler.

Culto no es quien sabe y conoce muchas modalidades contingentes de las cosas (polimatía), ni quien puede predecir y dominar, con arreglo a las leyes,

un máximo de sucesos—el primero es el erudito, y el segundo, el investigador—, sino quien posee una estructura personal, un conjunto de movibles esquemas ideales, que, apoyados unos en otros, construyen la unidad de un estilo y sirven para la intuición, el pensamiento, la concepción, la valoración y el tratamiento del mundo y de cualesquiera cosas contingentes en el mundo.

Esta cultura, esencial y básica, es la que Rojas acusa de no poseer a los escritores chilenos. Entre los más consagrados, por paciencia y tenacidad más que por méritos, son escasos los que pueden presentar el balance de una discreta cultura humanista. Entre los jóvenes, menos aun, inclinados como se evidencia hacia todos los géneros, con excepción de los de creación auténtica, por cuyas ramas se diluye la médula de las inquietudes que afiebran a cada autor.

Esta circunstancia justifica la decisión, convertida en necesidad, de abocarse a los temas que sólo exigen retentiva, cierta habilidad literaria, impuesta de observación: el paisaje del campo, de las montañas, del mar y de los hombres de Chile. A continuación expresa Rojas que débese esto a una evidente falta de método de los escritores chilenos. Una visión errónea de las posibilidades literarias del medio ambiente conduce a cuantos escriben en torno a los géneros de imaginación a repetirse continuamente, llevando y trayendo los mismo temas, adobados por distintas especias y confituras, pero compuestos de un idéntico relleno. La producción de Latorre, de Edwards, de Barrios, de Marta Brunet, de Santiván, de Espinosa y del mismo Rojas, tienen por eje el panorama de las costumbres campesinas, del roto chileno, de la vida provinciana, etc. Los que así escriben entienden que el tema o los temas de este jaez no están agotados, pero a ninguno se le ocurre pensar lo que Rojas señala, es decir, que acaso, el roto, el campesino, el campo y la montaña no están agotados, pero sí lo está el público lector que hace treinta años viene leyendo las mismas obras con ligeras variaciones de forma y diferencias de enfoque.

De esta situación quedan excluidos los poetas. Estos tratan, sí, los problemas y las inquietudes del género humano, pero lo hacen con imágenes y metáforas, lejos de toda forma cabal y definida. Con Paul Valéry, Rojas quiere tan sólo referirse a los hombres que caminan, no a los que bailan.

Siguiendo el itinerario de sus notas llegamos a la conclusión de sus fines que quedan cifrados en las siguientes líneas finales.

He querido demostrar que no era el origen mesocrático de los escritores chilenos la causa de que en su literatura no aparecieran tales o cuales problemas; he querido demostrar que algunos no han sido tratados porque la capacidad cultural de los escritores no lo ha permitido; que otros, como el sexual,

no ha sido posible tratarlo a causa principalmente de la falta de cultura de sus habitantes y de la indiferencia que aquí existe por la literatura, lo que habría colocado al escritor que de él se ocupara en el disparadero de morirse de hambre o dejar de ser escritor; y que otros, finalmente, por causa racial, no tienen eco ni origen en los escritores nacionales.

Este anhelo, sumado al no menos generoso de Raúl Silva Castro, ofrece el compuesto de un trabajo crítico maduro, dotado de muy nobles y leales propósitos. Se complementan, se ensamblan, de tal manera que de uno a otro, y pese al ligero ribete polémico que preside las páginas de Rojas, se evidencia cierto ritmo de continuidad que concurre a completar el esfuerzo de uno en la contribución del otro.—SALOMÓN WAPNIR.

ASONANCIAS Y DISONANCIAS

DOS CIUDADES

AL respaldo de una carta venida de Buenos Aires, advertimos un sello grande, verde, color que llaman de esperanza. Majestuoso palacio al fondo. En primer plano, una pareja de estudiantes: capa española, ceñido pantalón a cuadros, galera de felpa con hebilla de plata. Sobre límpido cielo, cuatro golondrinas. Y una leyenda sobre el marco: «Pro Ciudad Universitaria de Madrid. Yo doy 10 cts.» Para el viaje de estos estudiantes. Exodo de golondrinas.

El esfuerzo de toda España secunda la iniciativa del Monarca. Se multiplicarán los palacios, se alzarán numerosas cátedras. Todo será allí amplio, cómodo, bien dispuesto. Sólo que en un principio, como es natural, los muchachos se sentirán un poco desorientados en medio de tanta munificencia. Hasta que el tiempo dé a todo aspecto familiar y trueque palacios en hogares.

Ahora se nos ocurre a nosotros pensar en otra ciudad. Pequeña y austral. Habitada por un sólo propósito. Salvemos proporciones. Aquella, grande, populosa, rica, principio de un continente, ciudad de paso, cielo límpido cruzado de pájaros; pupilas ante un horizonte. Esta otra, humilde, casi desconocida, ciudad de reposo, situada al término de la tierra; cielo lluvioso, cada ave en su nido; ojos inclinados sobre un microscopio analizan la propia existencia. Con todo, allí palacios que esperan vida; aquí, vida que espera palacios.

En todo caso, hermoso sueño. Cruzar el océano. Llegar a España. Revolver archivos pre-coloniales. Recibir la influencia

de maestros de prestigio mundial y aquella otra, cien veces más provechosa, en muchos casos, de la psicología y el ambiente cosmopolitas. Ser como esta pareja de estudiantes escapada de la novela de Pérez Lugín que, con sus libros auestas, se ha lanzado a recorrer el mundo, mostrando la estampa—verde, color de esperanza—de su ciudad universitaria. Esta vez han partido desde Buenos Aires. Lo dice un timbre con grandes letras rojas: «Pro-becados argentinos.» América que esta vez se decide a descubrir a España.

Pudiera ser que nuestro Gobierno, adhiriendo al proyecto del Rey Alfonso, nos proporcione algún día la satisfacción de poder enviar incitaciones fraternas y sellos como éste, grandes, verdes, con estudiantes, palacio, cielo y golondrinas. Sobre ellos, un timbre que dijera: «Pro-becados chilenos.» Y seríamos de la partida expedicionaria.

EDICIONES DE LUJO

Aventuras de Juan Esparraguito se titula el libro de cuentos que ha escrito para sus nietos don Agustín Edwards, político, ex-diplomático, industrial, historiador y banquero. Hermoso libro, según dicen aquellos que lo han tenido en sus manos, pues se trata de una obra de circulación privada y los más hemos de contentarnos con las solas referencias. Es suficiente.

Un hombre de genio y humilde condición ha de luchar con pobrezas, suspicacias y prejuicios. Un millonario, en cambio, ha de vencer incitaciones del ánimo, molicie a que conduce la vida regalada, lobo con piel de cordero. Mecenazgo, filantropía, exotismo de aficiones; aplauso fácil, admiración mayoritaria. Trabajo sistemático, espíritu de empresa, labor disciplinada; germen de polémicas, pie de contradictorios juicios. De esta suerte, en el último caso, doblegar el impulso natural, vencer al diletantismo innato. Proponerse problemas, acariciar proyectos, recibir solicitudes. Viajar de continuo, llevando consigo los hilos-claves de una malla en que se debate el destino de muchos hombres. Y llegar a no concebir el descanso sino en tarea más grata. Consagrarse, por ejemplo, a recoger materiales para escribir la vida de la patria. Mediada esta tarea, un buen día, redactar una serie de cuentos—vida de la imaginación—para los nietecitos.

Bástenos el hecho. Quien puede desprenderse de todos los afanes y deshacerse de cuantas graves preocupaciones le asalten para darse a concebir historias infantiles, posee cuanto se nece-

sita—ternura, imaginación fresca—para hacer un buen libro de este género.

Nada habla como este *Esparraguito* de la claridad mental, la sistematización de ideas, la constante renovación que disfruta el señor Edwards. Fundar asociaciones mercantiles, establecer periódicos, lograr figuración, cauce normal. Escribir cuentos pueriles, dar vida a un «niño medio legumbre»—lujo que contados banqueros pueden permitirse—, credencial de creador.

Conocido ya en este sentido don Agustín Edwards, baste dejar su tarjeta—unida a la de Albert Thibaudet—sobre maravillosa portada: *Discours à l'Academie des Psychologues du goût*.

Tras la primera página—despertar del apetito—la palabra *goût* bailando. Tras la segunda, corcho disparado por el champagne al espacio. Y luego, la tapa de la cajita del queso, epigrama de todo banquete. Elogio del menu. El de los comensales, ya lo hemos dicho, dos tarjetas de visita sobre la bandeja maravillosa de una portada.

LO MÍNIMO

Ha mejorado notablemente el porcentaje de aumento de la población en Chile, que hasta el año 1920 era de 1,14% y que en el último censo ha llegado a ser 1.32%. A propósito de ello, el Dr. Carlos Keller ha observado que si tal cosa hubiera sucedido en la China, no sé qué enormidad de millones de habitantes se habrían sumado al astronómico total de la población de este país. Consecuencia, para nosotros, de operar con cifras pequeñas.

Surge nuevamente la cuestión de lo mínimo. El gigantón de pega que era Goliath. El inmenso titán que era David. Leyenda bíblica, eternamente repetida. Si nuestros laboratorios llegaran a proporcionarnos un aparato, mediante el cual pudiera medirse el esfuerzo potencial que desarrolla cada individuo, ¡qué de sorpresas! ¡Derrumbe de estatuas de héroes! ¡Revelación de muchos Hércules! Y—nuestra querida esperanza—reivindicación del intelectual!

Luego, la justificación, incentivo que nuestra humanidad requiere para realizar cualquier cosa. Sobre todo, para desarrollar el esfuerzo de no hacer nada, en algunos sentidos. Nadie habría de sentirse postergado, contando con un aparato que diera a conocer a la opinión la calidad de sus sacrificios, la energía que requieren sus trabajos. Supresión de muchas declamaciones;

confraternidades internacionales, que se desvanecerían en un instante. Sensacional caída del eterno figurón. Y el convencerse de que no existe más que un modo de arreglar el mundo: el que esté cada cual en lo suyo, sólo en lo suyo.

La valoración de lo mínimo, he ahí el secreto. Una máquina registradora de esta naturaleza, equivaldría a los Rayos X del pensamiento. Suprimir falsos valores. Organizar la vida sobre nueva base. Lo que no quiere decir que, conforme al nuevo sistema, el país más denso fuera el más poblado. Pero sí quedaría revelada, por su medio, la relación que existe entre el tamaño y la grandeza.—A L F A.

LOS LIBROS

GEOGRAFIA

CATALUNYA A LES MARS, por Gonzalo de Reparaz (fill).

Con el subtítulo de *Contribución al Estudio del Comercio y de la Navegación en el Mediterráneo*, Gonzalo de Reparaz hijo ha realizado uno de los más sólidos ensayos de investigación histórico-geográfica que conocemos (1). Hijo de un geógrafo, don Gonzalo de Reparaz, que prologa el libro de su hijo en forma amena y sugestiva, el joven erudito aclara problemas, desmenuza ideas y resuelve asuntos de una viva importancia para el conocimiento de la Edad Media y de la influencia catalana en el Mediterráneo. Completa así la obra que, en otros aspectos, han comenzado Rubió y Lluch, Fernando Valls y Taberner, Fernando Soldevilla y Luis Nicolau d'Olwer, que marchan en la vanguardia de los estudios históricos catalanes.

Reparaz padre al prologar a Reparaz hijo dice:

Pocos prologuistas habrán pro-

(1) Editorial Mentora. Barcelona, 1930.

logado tan a su gusto como yo ahora, pero tampoco se da frecuentemente el caso de que el prologuista sea, a su vez, prólogo del prologado. Porque el Gonzalo de Reparaz que escribe estas líneas es ni más ni menos que padre del Gonzalo de Reparaz que ha escrito *Catalunya a les Mars*, y ambos son dos existencias empalmadas y tan puntalmente continuadoras la una de la otra que, en realidad, son una sola: dos volúmenes de la misma obra.

Y agrega en otra parte estas simpáticas palabras:

No cabe más puntual continuidad de vida y de estudios. Pero él, al continuarme, ensancha el campo de nuestra acción espiritual, añadiendo a los dos idiomas peninsulares, portugués y castellano, por mí usados, el catalán, y prefiriéndole para comenzar por haber hecho nosotros de esta tierra mediterránea nuestra segunda patria, ausentes largos años de la de origen, aunque en espíritu nunca. Y tal elección la hicimos por afecto, ya que las raíces de nuestro árbol genealógico se hallan en Guipúzcoa y Navarra.

La importancia de *Catalunya a les Mars* es su contribución a la importante historia de la marina y del comercio catalanes en la Edad Media. Mientras el Mediterráneo

tuvo importancia fundamental en Europa, esto es, antes del Renacimiento, Cataluña desarrolló en él empresas de vasta extensión colonizadora, religiosa, política y comercial. No sólo debe estimarse este libro como algo local de interés relativo, sino como un aporte sólido a la historia de la náutica, de la economía y del saber humano. Cataluña desarrolló en la Edad Media un esfuerzo grandioso que puede conocerse en gran parte merced a los documentos para su historia medioeval recopilados por la diligencia de Rubió y Lluch. Reparaz hijo sabe aprovecharlos bien y saca de ellos un partido inmenso. Todo ese ingente archivo de acontecimientos está seleccionado y sirve para aclarar problemas de valor excepcional.

Los marinos catalanes se extendieron desde Flandes, a cuyos mercados acudían en la Edad Media, hasta el Mar de Azof. No habría sido posible tal expansión sin la ayuda de los cartógrafos; y aquí presenta Reparaz uno de los más nutridos aspectos de su acuciosidad investigadora. El Capítulo Tercero sobre *La cartografía y los cartógrafos catalanes* es quizá de los mejores de este libro, que se lee como una obra de imaginación por su nutrido material de novedades.

El triunfo de los turcos en el Mediterráneo, con el dominio de los corsarios, junto con el descubrimiento de la ruta de Indias por los portugueses, quitaron al Mediterráneo su predominio. Servía en la Edad Media de puente de unión entre Europa y los países orientales.

El comercio y la cultura europea se ponían en contacto con Asia y África por sus aguas gloriosas. Más tarde, esa importancia decrece y junto con ella empieza la decadencia política y comercial de Cataluña. Reparaz, con su fino criterio, relaciona el hecho físico y geográfico a los acontecimientos históricos y explica así los grandes hechos sociales con una fuerte luz de geografía humana. Curioso resulta ver el desarrollo del espíritu occidental desde que se creía en las más burdas patrañas geográficas hasta que el arte de los cartógrafos y geógrafos comienza a desvanecer el misterio del cosmos con laudables esfuerzos de investigación. El tarraconense Orosio creía que era imposible conocer el interior del África porque el calor de la zona tórrida lo reducía todo a un brasero...

El Venerable Beda tenía las más pintorescas ocurrencias geográficas. Comparaba el mundo a un huevo; en el centro, como la yema, se hallaba la tierra, el agua en torno, como la clara; después el aire como una membrana; y el fuego como la cáscara. Creía además en la Tierra Antíctona, separada de la nuestra por la zona inhabitable. Desde estas absurdas ideas hubo que evolucionar hasta la relativa claridad de los cartógrafos catalanes y mallorquines, que tanto ayudaron al progreso de la ciencia moderna. En tanto, los marinos se batían con sus propias luces, porque el ensanche de las zonas de navegación contribuía siempre a destruir los ciegos prejuicios del mundo antiguo. En esta labor se ve el formidable apor-

te de Cataluña y la honra de Reparaz será haber puesto tales esfuerzos en una obra de síntesis admirable.

A medida que la importancia naval de Cataluña aumenta, su lengua se impone. Entre 1300 y 1350 existen, entre una vasta documentación medioeval, ciento ochenta documentos latinos contra 32 catalanes. En el medio siglo siguiente, en cambio, figuran 385 de los segundos contra 182 de los primeros.

Todas las ramificaciones de tal expansión en el orden geográfico, científico y aun religioso están bien expuestas en el libro de Reparaz. También es muy importante su contribución al estudio del esfuerzo judío en la ciencia medioeval.

Los monarcas catalanes, que siempre fueron tolerantes, usaron a menudo a los cosmógrafos judíos que habitaban en Mallorca. Extendieron privilegios en su favor y buscaron ayuda en su extraordinaria ciencia. Pedro III, encantado de los servicios que le prestó Isaac Nafuci, fabricante de relojes y astrolabios, en Diciembre de 1362 lo nombra Rabí de la Aljama de Mallorca, algo así como obispo de los judíos isleños.

Tal sentido de cooperación que no se aclimató en otras partes de España, influye más tarde en el carácter de la raza catalana. Raza más abierta y dúctil que la castellana, sin su aspereza fanática ni su limitación espiritual.

De un centenar de mapas náuticos que hoy se conservan anteriores al siglo XV, la cuarta parte es catalana. La cartografía medioeval, que nace con los árabes, fué sin-

gularmente perfeccionada en Mallorca y merced a tal progreso fueron posibles los avances de la navegación y los descubrimientos geográficos del Renacimiento.

Notables son los Capítulos IV y V del libro de Reparaz sobre la marina y el comercio catalanes. Gracias a ellos hubo una época, que más tarde malogra el fanatismo, en que Berbería estuvo en cordiales relaciones con los pueblos cristianos del Mediterráneo. También hubo un tiempo en que los cristianos cometieron actos de piratería en las costas africanas. Por eso después los berberiscos pusieron tal saña en saquear las costas cristianas del Mediterráneo. La consecuencia de los abusos de los marinos catalanes en un principio repercutió más tarde en sus propias tierras. Así vemos que no siempre fueron tan inocentes los europeos de entonces.

Estas y otras novedades históricas, realizadas por un estilo llano y amenísimo, contiene el libro de Reparaz hijo. Es una obra movida y agradable que vulgariza muchas de las investigaciones de grandes historiadores e investigadores inaccesibles para el grueso público como Rubió y Lluch, Finke, Pinheiro Chagas y Magnaghi.

Pocas veces puede verse que una vida de investigación tan honorable como la de Don Gonzalo de Reparaz, padre, colaborador de esta revista, se haya completado por un vástago tan sagaz como el hijo. Su especialización en el difícil ramo de la geografía humana tiene en el reciente libro un testimonio indiscutible.—*Ricardo A. Latcham.*

LA ISLA MÁGICA, por *W. B. Seabrook*.

Paul Morand, prologuista de este libro (1), presenta al autor. No son muchos los datos que da. Seabrook es un joven escritor americano, cuyo nombre y carrera se iniciaron con la publicación de *The Magic Island*, aparecido en el transcurso del penúltimo invierno del hemisferio norte. Tiene este escritor la pasión de las raza de color. Llevado por ella ha visitado Africa y Asia.

La isla mágica está dedicada a Haití, la misteriosa y semisalvaje isla del Caribe, ocupada primero por España, luego por Francia, nuevamente por España y bajo el protectorado norteamericano hoy día, después de un período tempestuoso de vida independiente, durante el cual fué costumbre asesinar, cada cierto tiempo, a los hombres que regían sus destinos. El libro de Seabrook está dividido en dos partes, una que dedica a estudiar las costumbres religiosas y mágicas de los haitianos y otra que describe las características sociales de Haití y narra anécdotas y aventuras de la gente blanca y de color que allí vive.

La primera parte es muy interesante. Aunque Seabrook no hace un estudio psicológico de las costumbres religiosas y mágicas haitianas, limitándose a narrar la forma en que los ritos y ceremonias se realizan, los capítulos dedicados a ello están llenos de color y sabor, y atraen por su estilo liviano y pinto-

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1930.

resco. Nos enteramos en este libro de una cosa muy curiosa: los ritos *vaudou* no están enteramente separados de los ritos católicos; se mezclan a veces. Los objetos sagrados, cristianos y profanos, tienen un mismo lugar en los altares.

Pero vuestras piadosas inquietudes se hubiesen tranquilizado, creo yo, si, como me sucedió mucho más tarde, al finalizar la Semana Santa, hubieseis visto esos objetos sagrados, tanto paganos como cristianos, arrancados todos juntos del altar, la noche del Viernes Santo, y yaciendo debajo, en fila y cubiertos de hojas, para permanecer así enterrados, como lo fué Jesús hasta la resurrección pascual. Mientras dura la tragedia del Gólgota, Damballa mismo, el gran dios serpiente *vaudou*, debe inclinar su cabeza encaperuzada. Y eso es, así me lo aseguraron, lo que ocurre en medio millón de altares *vaudou*, cada vez que se conmemora el santo aniversario.

Es decir, que los negros poseen dioses cristianos y dioses paganos, no encontrando entre unos y otros oposición alguna. Los ritos *vaudou* se celebran secretamente, pues los blancos, menos tolerantes o menos inteligentes que los negros, que poseen así una mayor cantidad de dioses a quienes rogar y acudir, prohíben las ceremonias. Seabrook explica esta mescolanza diciendo que se debe a una ley que, prescribiendo la instrucción religiosa y el bautismo a los esclavos, inclinó a estos últimos a incorporar a sus ceremonias, sin ninguna intención sacrílega, y creyendo cumplir así la ley, algunas partes del ritual romano, tales como las procesiones y ornamentos

sacerdotales; por lo mismo que les indujo a anexionar, bien inocentemente, a su teología panteísta *vaudou*, el Padre, el Hijo, la Virgen y los Santos. Es una fusión de dos religiones.

La hechicería negra, a la cual Seabrook dedica unos capítulos, no tiene nada de extraordinario y presenta las formas ya conocidas en el magicismo de otros pueblos.

La segunda parte del libro, que interesa más especialmente a los americanos, según dice una nota, perfila imágenes de hombres y acontecimientos de Haití. Americanos, mulatos y negros están descritos magistralmente. Aunque el autor no quiere opinar sobre política, se le deslizan en el curso de sus narraciones algunas ideas sobre la situación moral y racial creada entre negros y blancos. Americano cultísimo, el autor de *La Isla mágica* lamenta esa situación y critica a aquellos que sin tener más valor que el relativo de ser blanco, sienten por el negro un desprecio irracional, fruto sólo de una mentalidad de ropa hecha.—*Manuel Rojas*.

HISTORIA

EL OTOÑO DE LA EDAD MEDIA, (tomo segundo), por *J. Huizinga*.

Se abre el segundo y último tomo de la obra de Huizinga (1) con un admirable capítulo acerca del es-

(1) Ver el número 68 de ATENEA, en que se comentó el primer tomo de esta obra.

píritu religioso y su expresión plástica hacia el final de la Edad Media. Para traducir resumidamente el proceso de la religiosidad superficial en el pueblo, acude a las palabras de Jacobo Burckhardt en sus *Consideraciones sobre la historia universal*. Según ellas, una fuerte religión se extiende a todas las cosas de la vida y da su peculiar colorido a los movimientos del espíritu y a las formas de la cultura. Pero todas estas cosas reaccionan luego sobre la religión, hasta el punto de que el verdadero núcleo de ésta puede ser anulado por aquéllas.

El mundo medioeval se ve anegado de representaciones religiosas. Los actos y los objetos, aun los más insignificantes en sí, se muestran frecuentemente en relación con Cristo y con la fe. La tensión religiosa puede conferir a estas relaciones una categoría de belleza y de sublimidad, pero si esa tensión cede, todo lo que estaba destinado a estimular la conciencia de Dios se precipita en una abrumadora vulgaridad. Los dos casos se dan en un espíritu tan excelso como el de Enrique Susón. En homenaje a la Virgen María, tributa honras a todas las mujeres y marcha sobre el barro para dejar el paso a una pobre. En cambio, cuando Susón come una manzana, la corta en cuatro partes, toma tres, en nombre de la Santísima Trinidad y la cuarta *en amorosa conmemoración de cuando su celeste madre daba de comer una manzana a su tierno hijito Jesús*. Y esta cuarta parte la come sin pelar, porque a los niños pequeños les gustan las manzanas así. En los días posterior-

res a la nochebuena, como el Niño Jesús es todavía muy pequeño para comer manzanas, renuncia al cuarto trozo y lo ofrece a María a fin de que ella lo dé a su hijo.

Semejante religiosidad conduce también a la multiplicación incontrollable de representaciones, conceptos y usos. Prescindiendo de las modificaciones cualitativas acarreadas por aquellas manifestaciones, su sola cantidad llenaba de alarma a muchos graves teólogos. Llegóse así a una notoria confusión de las esferas religiosa y temporal.

Más adelante se ocupa Huizinga de los tipos de religiosidad. Nota la frecuencia con que se ofrece el contraste de piedad y pecado, y cómo se suceden las alternativas de la tensión religiosa así en la masa del pueblo como en figuras de más alta significación. Felipe el Bueno, hombre de magníficas fiestas, de incontables bastardos, astuto, orgulloso y colérico, tiene rasgos de una sincera piedad. Se trata de una tensión entre dos polos, apenas concebible para el espíritu moderno, pero que encaja perfectamente en el dualismo que importa la fe en un reino de Dios al que se opone el mundo real del pecado. Los sentimientos más altos y puros son aquí absorbidos por la religión, en tanto que los impulsos naturales quedan constreñidos a un nivel mundano que se desprecia como pecaminoso. De esta manera coexisten en la conciencia del hombre medioeval dos concepciones de la vida. Pero si, por una parte, la concepción piadosa incorpora los sentimientos morales, por otra, el

sentido mundanal de la vida, abandonado por completo al demonio, se entrega a una venganza desenfrenada.

De los capítulos que integran el volumen, todos sugestivos y penetrantes, los tres últimos se proyectan, como síntesis, sobre la cuestión que dió origen a la obra entera, esto es, la necesidad de entender mejor el arte de los hermanos van Eyck y de sus seguidores. Logrado el propósito de Huizinga de precisar la conexión de aquel arte con la vida de su tiempo, ha resultado un cuadro mucho más amplio y de maravillosa riqueza.—*R. C. M.*

ESPLENDOR Y OCASO DE LOS ROMANOV,
por *Ana Wyrubowa.*

Hay cierto desaliento visible en el público que espera revelaciones extraordinarias de los libros escritos sobre la tragedia rusa. Cada uno anhela encontrar ahí la solución de todas sus interrogaciones, y no ve en realidad sino una pequeña parte del misterio: la que los autores mismos han visto. Es natural: cada espectador ve sólo una fracción del panorama, ya que no le es dado al hombre escapar a su medio social, a sus consideraciones familiares o raciales o intelectuales. para dominar el conjunto de los acontecimientos. Por lo demás, los acontecimientos mismos están en tránsito; no se han estabilizado, aun cuando los años de pacífica dominación de Stalin podrían ser considerados ya una base de donde partir para investigar, en forma retrospectiva, la

realidad de la Rusia post-revolucionaria.

Este libro (1), escrito por una dama de compañía de la Zarina, Ana Wyrubowa, con la cual se ensañaron los revolucionarios por considerarla inspiradora de la política pretensamente germanófila de la soberana, no escapa a las limitaciones indicadas más arriba. Es uno de tantos testimonios fidedignos de las personas que tuvieron en Rusia un maltrato abusivo que se explica—pero no se justifica—por el profundo vuelco moral que representó allí la revolución. Pero hay más en este libro: Ana Wyrubowa vivió en compañía de la familia real durante varios años, y en ellos pudo atesorar observaciones psicológicas y morales muy interesantes. Ellas forman lo mejor de esta obra, que se lee con sumo interés por la sencilla dramaticidad de sus escenas.

A través de *Esplendor y ocaso de los Romanof* se advierte, por ejemplo, la vacilante psicología de Nicolás II, dominado ya por la camarilla de sus parientes, ya por grupos políticos que llegan en un caso a arrancarle la constitución de una Duma, es decir, una especie de parlamento democrático. También se dibuja con cierta claridad el carácter de la Zarina, mujer fanática, demasiado madre de familia para soberana de una nación que ofrecía tan complejos problemas a cuantos tuviesen la grave misión de regirla.

Hacia el final el libro se hace un

(1) Editorial Juventud. Barcelona, 1930.

poco fatigoso por la monotonía de la persecución que sufre la autora por los revolucionarios, tanto bajo el transitorio régimen de Kerensky, como bajo el látigo de los bolcheviques, y ya doblegada por los años y los sufrimientos, huye para que la policía primero y la Cheka después no la sometan a nuevas vejaciones y torturas. Es un relato angustiador, pero, como he dicho, monótono.

Se incluyen en este libro, como apéndice, varias cartas de miembros de la familia real dirigidas a Ana Wyrubowa desde sus prisiones, pocos meses antes del fusilamiento en masa de los últimos Romanof de Rusia. Son documentos de gran valor humano, en que trasparecen las lágrimas de la madre y los incipientes pensamientos de las grandes duquesas y del zarevich, víctimas inocentes de la furia roja. Estas páginas valen por muchas del resto del libro, lo que no quiere decir en modo alguno que este libro sea mediocre o deleznable sino prueba el estupendo valor psicológico de las cartas, que son a veces gritos del alma herida por la fatalidad.—R. S. C.

POESIA

EL ALBA FRÁGIL, por *Fausto Soto*.

Después del título, entre paréntesis, el autor como indicación de su pequeño libro, ha escrito «Diario de Adolescencia» (1). Y ya te-

(1) Imprenta «La República». Santiago, 1930.

nemos establecido el espíritu de esta alba. Como producción de adolescencia tenemos que encontrarnos con los componentes inevitables de esa época de la vida: mucha soledad, mucho amor, un asomarse continuado a la muerte, miedo íntimo al último fenómeno, y amor y dolor, que tal vez por rimar en todas formas, aparecen juntos en un connubio indestructible. Y por sobre todos los sentimientos, un fluir continuado de palabras, palabras y palabras.

El autor es sentimental y su adolescencia parece ha sido trabajada por dolores fuertes que han ahondado su visión de la vida y su orgullo fiero de la soledad de su espíritu. Estas circunstancias lo han hecho prorrumpir en un largo monólogo dolorido, en que las circunstancias, que no cambian, son expresadas en un lenguaje a la sordina, poético y en ocasiones tristes, que tampoco cambia, a través de todo el diario, con la consiguiente fatiga para el lector. Podríamos decir que es este el principal inconveniente que tienen los poemas en prosa de *El alba frágil*: un tema, las consiguientes inquietudes espirituales de todo adolescente, expresado en una forma monótona y en ocasiones aburridora, sin por esto estar exentos algunos de estos poemas de ciertos toques poéticos que hacen agradable su lectura.

Pero el autor también ha expresado sus inquietudes de adolescente en versos, y entremezclados se encuentran en su libro las prosas poéticas y los versos prosaicos. Y esta afirmación es necesario expli-

carla. Los versos de Fausto Soto pudieron sin duda alguna ser mejores de lo que son. Dan la impresión de que el autor los ha cuidado poco al publicarlos, y cuando se ve un trabajo más efectivo en la expresión, que en ocasiones toma formas de un indubitable acierto, constituyen pequeños poemitas de innegable belleza. Una revisión de sus trabajos dará sin duda alguna al autor una capacidad de selección de que aparece desprovisto totalmente en esta *Alba frágil*, donde junto a fragmentos, ya en verso ya en prosa, de calidad artística sencilla, se encuentran algunos que son repeticiones vulgares, de motivos vulgares expresados en un lenguaje que dentro de lo sentimental, viene a constituir el lugar común de la «sentimentalidad», ya que no podemos decir del sentimentalismo.—*Abel Valdeés A.*

CIENCIAS SOCIALES

ESQUEMA DE UNA SITUACIÓN ECONÓMICO SOCIAL DE IBERO-AMÉRICA, por *Augusto Santelices*.

Hace poco, cuando Augusto Santelices publicó su primer libro *El agua en sombra*, nadie habría sospechado que su segundo trabajo literario iría a ser un grave y erudito ensayo de interpretación económico-social. En efecto, ese primer libro se recomienda por la levedad de la imaginación, por el constante cabrilleo del buen humor que sirve de caparazón literaria o de armadura a un poeta. Poeta poco emocionado, como requiere el tiempo

presente, mas seducido siempre por el esplendor de la imagen y del juego de palabras.

Para recibirse de abogado, Augusto Santelices publica ahora este libro (1), que a su propio autor le parece poco frecuente como iniciativa. En efecto, las tesis de prueba que tradicionalmente presentan los estudiantes de leyes para coronar sus estudios profesionales son trabajos reducidos a un número pequeño de temas y de casos. Aun cuando la Facultad, como muy bien recuerda Santelices, es de Ciencias Jurídicas y Sociales, los estudiantes se limitan a lo primero, y no siempre desde el punto de vista de la ciencia, sino a menudo desde el de la práctica profesional. Es decir, con sus tesis tratan de obtener dos cosas: la primera cumplir un requisito que casi siempre les resulta enojoso y la segunda, adquirir luego la práctica profesional necesaria para atender el bufete. Santelices, como poeta, ha buscado algo diametralmente opuesto. Con esta memoria, cumple, es cierto, el requisito reglamentario, pero lo rebasa con mucho, tanto en el número de páginas como por el carácter del estudio y la menuda investigación, y no acrecienta en lo más mínimo su conocimiento de las triquiñuelas jurídicas y legales.

El estudio de Santelices es difícil de abarcar en una nota breve como debe ser esta, ya que sus aspectos son muchos y algunas de las ideas que el autor lanza en el curso de su disertación merecen y necesi-

tan comentario y crítica. En efecto, no podríamos asegurar que todas las proposiciones del autor son plausibles, a fardo cerrado. Hay muchas que es preciso examinar con detenimiento.

Desde luego, al plantear el problema, en la página 7, el autor incurre en un explicable paralogismo. Para hacer más notoria, en efecto, la oposición que nota entre los Estados Unidos de Norte América y los países iberoamericanos, asienta:

Ibero América y América del Norte, hijas gemelas en cuanto al origen, pero con una tendencia histórica diametralmente opuesta desde su nacimiento: la una crece y la otra decrece; la primera se dispersa y la segunda se une; la del Norte avanza y la del Sur retrocede.

En primer término, las dos Américas que el autor contrapone no son hijas gemelas, ya que no son hijas del mismo padre o de la misma madre. Es decir, para hablar con mayor propiedad, el hecho histórico de la colonización en el Norte y en el Sur fué impulsado por pueblos diferentes y hasta por motivos históricos distintos. ¿Quién ignora que la colonización del nuevo mundo hecha por España fué presidida —bien o mal— por el gobierno de la metrópoli y que con ella trataba de cumplir un programa teológico que Waldo Frank en *España virgen* ha caracterizado en términos insuperables? Pues bien, el fenómeno del Norte es diferente. Después de algunas exploraciones de adelantados españoles que no han tenido influjo posterior en la vida

(1) Santiago, 1930.

de los Estados Unidos y que por tanto puedan dejarse de mano en el estudio, la colonización efectiva se hace por puritanos que habían abandonado las islas británicas—su país natal—en busca de tierras más libres. Esos puritanos fundan los Estados Unidos, enteramente a espaldas de la metrópoli, que viene a intervenir más tarde en forma profundamente diferente a la que vemos reflejada en el movimiento colonizador español. Se ve, pues, que el origen de las dos Américas no ha sido el mismo; no puede hablarse por eso de hermanas gemelas.

Luego dice Santelices que «la una (Norte América) crece y la otra decrece» (Sud América, o más bien, Ibero-América). Esto es por lo menos exagerado. Entre los dos grupos americanos podría hablarse de crecimiento en distintos sentidos y presididos por dos ritmos diferentes, acelerado en el Norte, retardado en el Sur, pero no de avance en el primero y de retroceso en el segundo. En la política práctica se observa en Ibero América (especialmente en Méjico, Perú, Venezuela, Bolivia, Brasil, Argentina y Chile) en los últimos diez años un proceso de inestabilidad política en algunos casos creciente y agravado de golpe cada cierto tiempo por crisis repentinas. Por lo demás, cada país americano necesita un tratamiento diferente. La situación de Venezuela, por ejemplo, no es comparable a la de Bolivia. La de Chile no lo es a la de Méjico, la de la Argentina no lo es a la del Perú, etc. Las crisis observadas en el año 1930 deben achacarse en gran parte a la crisis

mundial de sobreproducción, como ha hecho notar en esta misma revista el escritor peruano Manuel A. Seoane (1). Pero hay una época en que el progreso político de Sud América es efectivo. Esa época nace para Chile —el primer país americano que se estabiliza y adopta formas occidentales de política— el año 1833 y se cierra trágicamente el 91. Para la Argentina nace al día siguiente de Caseros (1852), con el derrocamiento de la tiranía rosista, y llega, con algunas alternativas, hasta el 6 de Septiembre de 1930.

Todo esto, naturalmente, contemplando las cosas desde el punto de vista de la civilización occidental, que el autor, con Spengler, considera llegada a la decadencia. Claro está que si se mira desde el ángulo de la vida aborígen, el panorama es muy diferente. Desde luego, la vida aborígen no influye ni poco ni mucho en la historia contemporánea de Chile, Argentina y Uruguay. Mientras tanto, juega un papel considerable en Méjico desde 1911 y parece que comienza a tenerlo en el Perú desde la revolución triunfante en Arequipa.

Esto prueba, a mi modo de ver, entre otras cosas, que Ibero-América no es una unidad política así como tampoco es una unidad geográfica, ni tampoco una unidad racial o cultural. Lo fundamental es que no sea unidad geográfica: de allí arrancan, a mi juicio, las consecuencias

(1) Artículo titulado *sobre las revoluciones de Argentina, Perú y Bolivia*. Núm. 69, página 681.

que todos lamentamos. Pero este es un hecho ineluctable hasta ahora; acaso el progreso de la técnica moderna nos permita dominarlo algún día, y entonces los males de Ibero-América comenzarán a remediarse. Antes, todos los esfuerzos de los tratadistas, entre los cuales se inscribe la juvenil firma de Augusto Santelices, son útiles como iluminación académica de un problema que no está en la mano del hombre corregir por ahora.—*Raúl Silva Castro.*

EL TERROR EN AMÉRICA, por *César González Ruano.*

John dos Passos, en su admirable *Rocinante vuelve al Camino*, llama a Blasco Ibáñez un «Midas al revés». González Ruano supera a Blasco Ibáñez, si no en calidad por lo menos en cantidad. Según anuncia el jactancioso proemio, el autor ha escrito el libro en ocho días, dictándolo a máquina, y completando con él una serie de 35 volúmenes dados a luz en diez años. Tal fecundidad, tal explosión literaria, tal incontenible torrente o catarata nos obliga a levantar toda clase de represas y diques de contención. Este señor González, ortofónico y exteriorizante, niño del café madrileño en macabra alianza con la linotipia, se ha dedicado a América. En todo español pervive, en realidad, el afán conquistador del siglo de oro. Unos vienen a hacer fortuna vendiendo porotos; otros, sin cruzar el charco, también quieren amasarla vendiendo garbanzos literarios. Porque el señor González no ha escrito

su libro trigésimo sexto por amor a América sino por exigencia de la editorial. Lo habría redactado, también en ocho días, y con una musa freudiana revelada en el epílogo, sobre la revolución hindú, o el raid aéreo fascista, o el petróleo artificial y sintético. Todo era cuestión de que cayeran en sus manos algunos recortes y transitaran por sus oídos algunas historietas.

Para quienes hacemos de la lucha antimperialista y de la lucha contra las dictaduras un culto que nos ha llevado al sacrificio, la aparición de estos locuaces aliados nos resulta perjudicial. González Ruano, hombre de calembours, es decir, hombre de café, se satisface con muñozsecadas. Pasa sobre los acontecimientos, como una mosca, saltando de un lado a otro, sin referir nada debidamente, sin profundizar ningún análisis. Y lo más grave para él y agradable para el lector: interpolando trozos ajenos en el libro, sin citar al autor. (Tales el esquema de la expansión territorial de los Estados Unidos, tomado de *La Diplomacia del Dólar*; la relación de la deuda latinoamericana, tomado de *Renovación* de Buenos Aires y un Memorándum antimperialista, que me pertenece, en el que incluye hasta apreciaciones personales favorables al Apra y la Ula. Véase pág. 237.)

Este steeplechase a través de América, a la que desconoce casi en absoluto y para la que revela ese petulante prurito de superioridad que vive en todo hispánico, se cumple con más yerros que aciertos. Padece un simplismo lindante

con la ingenuidad. El señor González Ruano habla como una cotorra, sin método, repitiendo cuanto le han contado, y habla apresuradamente, pegando un recorte en cada respiro, deseoso de completar el libro antes de los ocho días, a fin de poder deslumbrar a la viajera norteamericana que presenció su inicio y a la que habrá de mandárselo por avión al primer puerto de desembarco. (¡Cómo se habrá reído esa compatriota de dos Passos, acostumbrada a los records materiales, con este fulminante parto literario!)

Lo peor del caso es que el libro parece acoderarse a la lucha social. Sería ingenuo declarar que, desde este punto de vista, nosotros también estamos contra Machado, Leguía, Gómez, etc., y contra el imperialismo yanqui. Pero nuestra posición es más seria, más reflexiva. No fijamos nuestra ubicación en el escenario social con sólo ocho días de tecleo en una Underwood. Esto nos permite salvar errores tan garrafales como el del señor González Ruano que, en Argentina por ejemplo, juzga que Leopoldo Melo o el «doctor Gayo» pueden ser excelentes mandatarios. Y errores veniales, aunque pintorescos, como dar a Mella por muerto en huelga de hambre (pág. 99) y luego por muerto en asesinato (pág. 107). (Mella, en realidad, murió en Méjico de un balazo disparado por un agente del gobierno de Cuba.)

En suma, el libro revela todo lo que podemos esperar de España en nuestra lucha. Palabras, palabras, niágaras de palabras, dimes y dire-

tes, calembours, anécdotas, verborreo. Revela también la esencia gárrula del hispanoamericanismo. Nuestro destino es otro. Está en nosotros mismos, mediante nuestro propio esfuerzo. España nos ha perdido para siempre. Entre otras causas porque mientras ella se ha detenido en sus recuerdos de opulencia, en sus complejos arábigos, en su charlatanería, nosotros hemos avanzado. Hemos avanzado tanto que ahora sabemos sonreírnos de las ametralladoras del verbalismo peninsular.—*Manuel Seoane.*

PEDAGOGIA

CÓMO EDUCA LA NUEVA ESCUELA CHILENA, por *Manuel Martínez M.*

Mientras la falta de pulcritud es cada día una característica más acentuada de los tiempos que estamos viviendo, ocurre con mayor frecuencia el caso de que la educación pública sea tratada sin ningún respeto y debatida por todos no ya sin previo estudio, pero ni siquiera a seguida de una breve reflexión. El libro del señor Martínez, que se refiere a actividades de la educación primaria, contiene una utilísima y expresiva información cuyo examen sería muy provechoso para cuantos, sin conocerlos realmente, barajan los tópicos o lugares comunes que se han venido acumulando sobre esta rama de la enseñanza. Como dice su epígrafe, se trata de una sucinta reseña de la labor realizada en las escuelas del Quinto Sector Escolar de Santiago. Con-

tiene, pues, una demostración de lo que esas escuelas han hecho, y, en consecuencia, de lo que todas puedan hacer. En otros términos, y para el público que mira o juzga desde la calle, muestra la potencia y las posibilidades que existen en nuestra escuela primaria y que una dirección inteligente puede revelar y orientar.

Se diría que por esta demostración parece cobrar un sentido más acerbo el cargo que ha solido arrojarse—con esa escandalosa alternativa de aplauso y vituperio que viene gravitando desde hace algunos años sobre las cosas más serias del país—contra la escuela primaria y su profesorado. Pues, se pensará, si la escuela puede realizar todo eso, ¿por qué no lo hace? Y, según ocurre con toda actitud superficial, no se va más allá de la pregunta. La tontería unánime se satisface creyendo que la pregunta es al mismo tiempo una respuesta. Justamente, la manera de no enterarse nunca de nada.

El libro del señor Martínez será útil, por las experiencias e indicaciones que contiene, a todos los maestros. Pero lo será todavía mucho más para el prestigio de la escuela primaria. Atestigua que ella trabaja y que es, con su profesorado, capaz de esfuerzo y abnegación. Y si nos parece que, en general, ese trabajo no es bastante fecundo y que esta capacidad no se hace siempre efectiva, después de leer este libro no tenemos derecho a reaccionar trivialmente contra la escuela. Estamos obligados a conceder al tema algún momento serio de reflexión

y, sobre todo, a mirar; a mirar la escuela y cuanto con ella está relacionado. Sin esta faena previa, no hay censura fundada ni responsabilidad discernida rectamente. — R. C. M.

NOVELA

MÁS AFUERA, por *Eugenio González*.

Raúl Silva Castro promovió recientemente una discusión saludable, cualquiera que sea el punto de vista que se adopte ante cierto radicalismo de conclusiones a que arriba. Nos referimos a la falta de problemas en las letras de Chile.

Silva Castro acusa de omitir los asuntos vitales al mesocratismo de nuestros literatos, limitación de horizontes, y, por ende, falta de contacto con los grandes dramas humanos. La mujer, el tema sexual, la inquietud religiosa, el mal metafísico, todo eso—al decir de Silva Castro—aparece ausente de los tópicos literarios nacionales.

Los novelistas y cuentistas se han refugiado casi en masa en el campo. Han preferido el análisis de esas vidas oscuras y primitivas que luchan con la naturaleza y tratan de domarla. Pocos se han quedado en la ciudad y de éstos, los menos han preferido un ambiente refinado. Orrego Luco ha penetrado a los salones sin ser siempre afortunado en su evocación. La clase media ha tenido acertados descriptores como Barrios, Maluenda, Espinosa y Santiván. En resumen, los problemas de la vida interior y

los altos asuntos sociales y políticos aparecen ausentes de nuestras creaciones novelescas. Silva Castro tiene razón en cierto modo, sin que, por esto, pueda decirse que no existan en definitiva los problemas en la literatura patria. Falta, eso sí, la vida acendrada del espíritu, arbitrariedad de asuntos y una atmósfera, de ensueño y poesía que rescate los temas de la gris vulgaridad cotidiana.

En los momentos en que seres distintos como Mantel Rojas, Mariano Latorre, Alone y Domingo Melfi discutían el alcance de la *Paradoja sobre las clases sociales en la literatura*, surge a la vida un recio libro en que se aborda resueltamente uno de los más pavorosos problemas sociales de esta tierra: el régimen carcelario.

Eugenio González, sin proponérselo, afronta en *Más Afuera* (1) el contacto con una realidad cancherosa de este país; sus colonias penales, hórridos sitios de abandono en que naufraga toda esperanza espléndida y donde sólo el sórdido vicio puede medrar.

Desde las primeras páginas de su novela sentimos algo sordo que palpita como en los relatos de Remarque o de Víctor Serge. Se está en un mundo sin esperanzas, que no invita a la meditación tranquila sino a la horrible desesperación.

El caserío era pequeño y disperso. Próximo a las rompientes donde las mareas se deshacen, se alza un pabellón alargado, y chato, hecho de calamina. Alguien lo había

pintado de rojo, pero el tiempo y la humedad fueron, poco a poco, tornándolo gris, color de moho, de hastío. Ahí vivían los confinados por delitos comunes: rateros, matones, vagabundos, una población pintoresca y haraposa, arrancada, un día cualquiera, del suburbio nocturno. Cada uno tenía una historia, una historia sucia.

Con esta firmeza rompe el relato y así sigue el seguro narrador que hay en el autor de *Más Afuera*. Vibra con los dolores, un poco a la sordina, pero, por sobre todo, es el humano pintor de las vidas míseras y hampescas de los confinados. Hay notas fuertes de humor, como el pintar a Don López:

Había sido tinterillo en Valparaíso y por su habilidad leguleyesca, sus años y sus barbas disfrutaba de un serio ascendiente entre los confinados, a muchos de los cuales había sacado de apuros, más de una vez, en trances difíciles con las autoridades judiciales. Había permanecido, además, largos años, en la cárcel por complicidad en robos y estafas, por «cuentista» y jurero falso, y como era hombre de cierta ilustración y ex-miembro de una Asamblea Radical, se refería a sus condenas con un volteriano circunloquio: «Cuando estuve en el Convento de la Calle Sama, entregado a ejercicios espirituales...» Sus compañeros no entendían la figura, pero se reían.

La sobriedad de González no le resta ni simpatía humana, ni un vago humorismo, ni aun cierto don poético que exalta por encima de las míseras existencias que describe, un hálito de ensueño. Pocas veces la literatura chilena se ha visto más favorecida que en esta sencilla

(1) Nascimento. Santiago, 1930.

novela de una colonia penal. No faltan siquiera los rasgos tiernos y emocionadores como la muerte de «El Chute», a quien acompañó hasta sus últimos instantes la piedad de un camarada de prisión, el Camañiñi.

La burda trama de estas existencias es rota casi siempre por una muerte violenta o por una infección contraída en el abandono isleño.

Cuando se ha leído *Más Afuera* se comprende que nunca podrá brotar la regeneración o el arrepentimiento en ese vivero de amargura. Los corazones que libren de la prueba tienen que salir arrugados como harapos. Ningún soplo de rehabilitación puede haber entre tanta laceria.

González muestra una perfecta objetividad en todo su relato. No se exalta ante los procedimientos tortuosos, no grita contra el abandono social ni aprovecha la oportunidad para componer discursos humanitarios. Se limita a exhibir descarnadamente, en su viva desnudez, estas almas de presidio, cuyo sueño es retornar a tierra firme para amar, beber y robar. Admirable es su acierto del Quiquirihuevo, tipo muy chileno de ladrón que se graba con nitidez entre las otras figuras de la novela. Definitivo también su Perpetuo, detritus social que satisface bajas pasiones en la isla; y por sobre todo, el repugnante Endeiza, estampa central de *Más Afuera*. Endeiza resume todos los defectos y falsedades del bajo pueblo. Es, por decirlo, así, una caracterización de la mulatería psicológica.

Eugenio González no sólo ha

enriquecido el ámbito geográfico de las letras chilenas sino también el campo de la observación psicológica. *Más Afuera* revela un mundo animadísimo e inexplorado en que cobran vida asombrosa los expulsados de las cárceles vulgares, los peores restos de la criminalidad urbana.

Pero ha sabido también sacar vida psicológica de tan deleznable seres y a la vez ha colocado un resplandor de poesía humana en tan abatida porción de la sociedad. La lectura de *Más Afuera* es un trago amargo y tónico a la vez. Queda después de cerrarlo la sensación de que nuestros literatos si cultivan los temas de resonancia social pueden hacer mucho bien a la colectividad. Es este un libro donde no falta nada de lo que hace perdurable una creación literaria; el sentido social, el realismo verista y el estilo apretado y correcto. González escribe con naturalidad y es muy escueto en las descripciones, que semejan aguas fuertes. Realista verídico, no se arredra ante lo escabroso; pero sabe rehuir lo grosero. Su talento de fino estilista le evita caer en lo excesivo al describir la violación de El Perpetuo y un acto de animalidad de Garrapata.

El estilo de González revela la severa contextura moral de su persona. Es sobrio, recio, sin afectación. *Más Afuera* es una obra que denota siempre un tono de virilidad que no quisiéramos ver perdido en la literatura nacional. Significa todo lo contrario a la retórica melosa; es un símbolo de humanidad libre y abierta en manos de un inte-

lectual sincero y noble.—*Ricardo A. Latcham.*

LITERATURA

SCRITTORI DEL TEMPO NOSTRO, por *Arturo Lanocita.*

Las entrevistas a escritores son siempre un género de periodismo interesante. Se supone que la gente que ha dedicado sus actividades a las letras, tenga una nota de interés, una idea original, un punto de vista nuevo ante los acontecimientos, que exponer al que llega a entrevistarla. Y aunque en más de una ocasión la suposición es equivocada, las intimidades y los relatos de los hombres de pluma sirven para dar interés a la pluma de los que a este género se dedican. Arturo Lanocita se ha especializado en el género en Italia, y si las series de *Lo que sé por mí* pudieron hacer creer en la personalidad de un *Caballero Audaz*, bien pronto desvirtuada por la detestable labor que siguió, estos entrevistados de Lanocita aportan material para apreciar la labor del periodista italiano como novedosa e interesante.

Hay en el libro, en una pintoresca mezcla, escritores de todos los géneros. Desde personalidades de primer orden, tales Máximo Bontempelli, Luigi Pirandello, Sem Benelli, hasta versificadores del tres al cuarto como el fabulista Trilussa, pasando por las respetables medianías: Marco Praga, Darío Niccodemi, Rosso di San Secondo, Lucio d'Ambra.

Bontempelli afirma siempre su iniciación clásica que acaso pueda

sorprender ante su actitud de modernismo renovador gritado en su campaña que no ha cesado de la revista 900. «Iniciación clásica la mía; del más puro clasicismo.» Y después la inevitable actitud nueva. La génesis de su obra; la influencia en ella de su temporada guerrera; la afirmación de su paganía exuberante manifestada en su delicia de vivir, en su «gloria de vivir» de que blasonan sus muñecos de *El hijo de dos madres*, a nuestro juicio la más completa de sus obras, se relatan bajo la pluma de Lanocita en un estilo que quiere acercarse al del entrevistado y que resulta de una rapidez periodística simpática y ligera.

Pirandello, humorista, comenta risueñamente la creación de sus personajes inmortales. Y el autor de ellos sólo muestra ante la afirmación rotunda de la personalidad real, de la existencia humana, de sus figuras de ficción, un escepticismo incurable, que lo hace sonreír de todas las verdades, hasta de aquella que más ha defendido—recuérdese el conde de *Enrique IV*—: la verdad de sus ensoñaciones.

Gran misterio este de la creación de una obra de arte, mi amigo, pero imposible de explicar. En la comedia sucede como en la vida, otra comedia, que nadie puede entender.

Y esta desalentadora afirmación acaso sea un atisbo de una verdad semi-oculta en el fondo del pensamiento de todos los que se han preocupado de los problemas del espíritu.

Benelli, fuerte trágico, no toma a lo serio su obra. Le gustan los versos, y ante el misterio que encierra la dificultad insuperada de un endecasílabo perfecto, pospone las tragedias que gritan sus muñecos. Pero la vida lo seduce. Se aparta de ella, vive retirado en Liguria en su castillo de Zoagli, pero no se olvida que cada año llamea en todas las almas y de sus obras quiere con cariño indisimulable su *Santa Primavera*. Afirmación de vida de uno que se retira de ella, para estudiarla, para comentarla, para enaltecerla por boca de sus desfallecidos y trágicos histriones.

Y así casi todos. Borghese, estudioso incansable; Chiarelli, a quien las nuevas formas de técnica teatral le sirven de magnífica bambalina para ocultar su escaso y mediocre fondo espiritual; Marinetti, apóstol futurista y hoy día—¡horror!—académico y miliciano de la dictadura mussolinesca; Rosso di San Secondo, sentimental, refinado y elegante; Panzini, muerto recientemente, positivo y exacto como naturalista novelero. Y por sobre los citados y otros muchos que dejaremos en el tintero, las figuras más conocidas: Da Verona, gesticulando en un océano de modistillas, de arrebatos de alcoba y de cursilería violeta, y Ada Negri, serena, grandilocuente en su humildad y modestia, y para quien la gloria literaria ha tenido en más de una ocasión una sonrisa de placentera complacencia.

A todos los observa, los entrevista, los retrata el incansable y discreto Lanocita. Y sin una nota personal,

con un estilo rápido, descarnado y fulgurante a ratos, nos da una obra «macedónica», de muchos autores a los que ha tratado a fondo, y que casi siempre, observación inevitable, aparecen como consagrados hombres de letras, ante la curiosidad de los lectores.

El libro es curioso y entretenido. Y rarísimo de conseguir. Nos lo ha facilitado, con su gentileza habitual, un amigo correteador en Europa de novedades y profundizador de estudios, a quien debemos más de un conocimiento nuevo.—*Abel Valdés A.*

PSICOLOGIA

EL CONCEPTO DE LA ANGUSTIA,
por Sören Kierkegaard.

Débase a don José Gaos la versión española de esta obra de Kierkegaard (1), de la cual anticipó algunas páginas la *Revista de Occidente*. Publicada en 1844, su genuina incorporación a nuestra lengua estaba reservada a esa magnífica empresa de cultura dirigida por Ortega y Gasset.

Según advierte el presente volumen, la primera edición de Copenhague, suscrita por Virgilius Haufniensis, se definía en la portada como «simple investigación psicológica orientada hacia el problema dogmático del pecado original». Pero se entra en la mente y en la sensibilidad universales de Kierkegaard y los límites especiales quedan a la

(1) Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid, 1930.

vez reconocidos y rebasados. Son cinco capítulos rigurosos, hondos y dramáticos en los que el teólogo de Copenhague deja ver a menudo al hijo melancólico de Miguel Kierkegaard, especie de Pascal protestante, como se ha dicho, enamorado para siempre de Regina Olsen.

Es imposible renunciar a la evocación humana de Sören, este grave y a la vez irónico investigador de la angustia. Hijo de Miguel Kierkegaard, sexagenario, era de enfermiza constitución y ánimo triste. El mismo cuenta que su padre, mirándolo, solía decirle: ¡«Pobre niño. Tú vives en una muda desesperación!» Padre e hijo se creían recíprocamente causantes de su dolor. Sören descubre un día el secreto paterno. Miguel fué a los doce años pastor de ganados en Jutlandia. Cierta vez ascendió a una colina, maldijo su suerte y blasfemó contra Dios que dejaba sufrir tanto a un pobre niño sin socorrerlo. Poco más tarde, Miguel disfrutó la prosperidad y, sobrecogido, reconoció en ello un milagro. Un temor supersticioso se apoderó de su alma y la llenó de congoja para el resto de su vida. Luego vió en la misteriosa pesadumbre de su hijo la manifestación de un justo castigo divino.

El descubrimiento hecho por Sören, debido a unos momentos de semi-ebriedad de su padre, hizo aumentar su respeto por las creen-

cias religiosas en que éste le había educado. Además, Miguel poseía imaginación animada y talento dialéctico. En sus paseos enseñó a Sören a observar y analizar de manera que podría llamarse socrática. A su vez, el hijo estaba dotado de cierta gracia mordaz, de una ironía que se acentuó en su labor filosófica y que le preocupó en su primer trabajo. La tesis con que resolvió su examen de teología fué: «Sobre el concepto de la ironía considerada siempre en relación con Sócrates».

Antes de 1840, Kierkegaard se queja de esterilidad. Aquel año se enamora y compromete con Regina Olsen, pero su melancolía y su naturaleza enfermiza lo apartan, a su juicio, del mundo. Renuncia a ella y desde entonces la idealiza. La imagen delicada de la novia aparece y reaparece en toda su obra, de cuya mayor fecundidad se diría que es ella el recóndito secreto.

El concepto de la angustia representa un aspecto hartamente determinado en la obra total de Kierkegaard. Esta totalidad podría resumirse, con Brandes, notando que, mientras todos los contemporáneos de Kierkegaard habrían ido a refugiarse en el molde anónimo del fundidor de almas que Ibsen animaría en *Peer Gynt*, Sören busca la salvación en el individuo, en «el único», y arriba de esta suerte a «un nuevo continente moral».—R. C. M.

LAS REVISTAS

SOBRE ANGEL SÁNCHEZ RIVERO

Murió en España, no ha mucho, el joven escritor peninsular Angel Sánchez Rivero. Su labor editada es escasa, pero sus colaboraciones en la *Revista de Occidente* y su ensayo sobre Goya, lo acreditaron como uno de los más agudos prosistas españoles del momento presente. Uno de los últimos números de la indicada publicación trae en sus páginas diversos y disparejos fragmentos del *Diario* (si así pudiera llamarse) del malogrado escritor, que en realidad son apuntes inconexos sobre diversos temas artísticos y de otro orden, mirados bajo una perspectiva original, inteligente y novedosa. A continuación damos algunos fragmentos:

Religión.—Desde hace bastantes años giro alrededor de este problema: la religión. Siempre he sentido que al hablar de religión había que entender, más bien, vida religiosa, y que al decir vida religiosa, lo que había en el fondo era esto: intimidad del alma consigo misma. Para mí el hecho fundamental de la vida religiosa es la oración, la plegaria, y el carácter más profundo de la plegaria es el recogimiento que proporciona al alma sobre sí misma. Por la contextura natural de nuestro

espíritu dispuesto hacia fuera, esta plegaria se dirige a un ser, Dios, creación indispensable para la realidad de la vida religiosa. Pero la realidad positiva es esta vida, la vida del alma. Lo cual no quiere decir que Dios sea una proyección imaginativa; pero su realidad, su verdad, no puede comprenderse más que en el seno de la vida religiosa; desde fuera es un fantoche ridículo. La fe, el fenómeno de la conversión, es que, por un accidente que podríamos designar con la leyenda del huevo de Colón, el alma se alza de plano de la vida religiosa, y súbitamente, la realidad divina le resulta evidente. La conversión no es un convencimiento, no es la sumisión a una supuesta realidad exterior cuya realidad nos parece plausible: es la entrada del alma en la vida religiosa, o sea, su oposición en la intimidad consigo misma. Como es muy difícil que el alma se sostenga sin apoyo en este momento sutilísimo, es natural que la verdad de una religión—cuyo instinto creador de dogmas y ritos ha sido precisamente el hacer posible esta vida religiosa—le parezca súbitamente evidente. Desde hace tiempo venía yo sintiendo todo esto y había intentado varias veces acercarme a la vida religiosa; pero siempre me había resultado un esfuerzo artificioso demasiado reflexivo, demasiado teórico; la unidad viva entre mis convicciones, mis sentimientos religiosos confusos y el régimen de ritos y dogmas de la Iglesia no se producía; después de todos los

ensayos fracasaba y volvía a errores sin rumbo. Es que buscaba la vida religiosa saliendo fuera de mí mismo. No había llegado de una manera neta a la conciencia del estado de paz interior. ¿Se puede llegar por este camino a la vida religiosa concreta? Continuaremos más tarde este tema.

La paz interior está por encima de la eficacia y de la ineficacia, por encima del pesimismo y del optimismo, por encima del bien y del mal, por encima del error y de la verdad; no hay que esperarla de la meditación; la meditación la ahonda, pero no podría encontrarla. El acto de encontrarla es una gracia en el sentido cristiano. Se produce como una aparición súbita y de una vez, aunque no consigamos en el preciso momento ganarla por completo, hacerla penetrar por completo en nuestra vida. La paz interior está por encima del placer y del dolor; no la buscamos como un almohadón para hacer reposar la cabeza dolorida. Pero al mismo tiempo la paz interior es eficacia, optimismo, verdad y dicha, cuando estas palabras se han transfigurado en el sentido supremo que sólo les puede dar la paz interior, que sólo puede comprenderse cuando se está dentro de la paz interior.

El amor propio es uno de los enemigos de la paz interior; enemigo mezquino, pero nos destruye lo mejor de nuestra vida. No pretender ser simpático, no preocuparnos del efecto que se produce, no impresionarse por la manera como nos tratan. Indiferencia, pero no indiferencia agria, hostil, sino indiferencia alegre. La paz interior es, sobre todo, alegría.

El silencio: es el capítulo más importante de la paz interior. De un modo formal la paz interior es silencio.

Estilo.—Abandono lacio, sensual, caprichoso; delectación morosa en

las sensaciones, gracia melancólica, ocurrencias errabundas, que serpentean en torno del tema con la modulación inquietante de los grandes oficios. Cansancio y energía ensoñadora, lentitud en el giro, rotundidad muelle. Algo de Rubens lánguido; con toda la brutalidad de la carne, más una íntima nostalgia de no se sabe bien qué sea. La atención, floja; el pensamiento, con la rienda abandonada, al azar de las ocurrencias, a la deriva de la sensación. Vivir sintiendo siempre el empuje secreto de los instintos, las llamadas del deseo y el azar de la aventura. Pasividad, ductilidad. Romanticismo sin llama, un rescoldo que brilla entre las cenizas y se consume sin dar pábulo al aire: Estilo moderno.

Aristocracia.—Toda aristocracia principia por la fuerza; después es fuerza y elegancia; por último, no es más que elegancia. La república de Venecia, oligarquía aristocrática, ha seguido esta trayectoria. La nobleza francesa, evolucionó del mismo modo. Si Francia no hubiese dispuesto de otras fuerzas, hubiera terminado en el Carnaval veneciano. Pero Francia pudo producir un Napoleón.

La inestabilidad de la burguesía moderna impide que se verifique en ella esta transformación.

Tales son algunas bellas anotaciones del diario de Sánchez Rivero. En todas ellas el escritor difunto puso lo mejor de su aguda sensibilidad, de su claro talento. ATENEA, al dar a conocer fragmentos de sus producciones, cree rendir el homenaje más serio y más reverente en la triste ocasión de su fallecimiento.

PROUST Y LA MÚSICA

En el último número de *Nosotros* de Buenos Aires se publica un

interesante trabajo de Carlos Malagarriga, titulado *La música en la obra de Proust*, en el que estudia el tema con profundidad y conocimiento. Traduce primero diversos trozos de la obra de Proust, en que el tema musical ha sido tratado por el genial francés en la forma que lo ha hecho glorioso, y a continuación agrega el comentario que como crítico le merecen esos trozos traducidos. Extractamos los principales párrafos del estudio de Malagarriga:

La Sonata de Vinteuil no ha existido.—Para describir la Sonata, Proust ha tenido que oírla interiormente antes, es decir componerla. En realidad no la describe, sino que detalla las sensaciones que la Sonata produce en el que la oye, pero también para eso ha tenido que componerla idealmente. Trátase de describir la obra misma y una pluma, aun la de Proust que es bisturí y microscopio y cámara cinematográfica, no bastaría: Proust hubiera tenido que apelar para describirla al pentagrama, con lo cual, a ser ello posible, no tendríamos sino una Sonata más, cuando ahora tenemos una Sonata tipo, algo definitivo y en cierto modo eterno. Así la robusta y sana mujer griega que el ignoto y genial cincel sin duda tuvo a la vista y en la memoria, para con otros datos estéticos clavar la rueda del tiempo en su estupenda Venus de Milo, fué una mujer más, que luego envejeció y murió; pero ha quedado como un tipo eterno y definitivo de belleza femenina.

Esto lo ha logrado Proust en una obra literaria donde la Sonata de Vinteuil, como el amor de Swann, o el vicio del barón de Charlus, son cañamazos o dechados en que el escritor bucea en la vida psicológica del hombre, de los hombres, y nos trae de sus profundidades tesoros de pedrería preciosos y huellas de corrientes de hervor de creación. Por

esto no ha tenido necesidad de oír anteriormente su creación de la Sonata; se ha limitado a ir anotando sucesivamente las impresiones de lo que pudo haber sido una composición musical que vagamente iba siguiendo mentalmente sin que llegara a destacarse, siempre en su interior, con la nitidez y acopio de detalles que de existir tendría.

Permítaseme una impresión personal. Soñaba que oía una romanza cantada por un tenor, cuyas modulaciones perfectas distinguía, y que, en un trino conmovedor, llegó a una altura donde no llega de seguro la voz humana: hasta recuerdo que, sin dejar de seguir aquel arrebatador canto, lo comparaba con el de los *escolares* de Monserrat que he oído, los *castrati*, de la capilla Sixtina que no he oído, y aún con lo que he leído del esfuerzo exigido por Beethoven a la voz humana, en algunas de sus últimas obras que en esa parte han resultado inejecutables. Ahora bien: ¿creaba yo entonces el canto? Ciertamente no: sentía sólo la impresión que ese canto no existente en parte alguna ni en mi interior, me iba produciendo y esto me bastaba. Y hasta me sobraba porque la delicia que sentí fué en cierto momento tan honda que me despertó... y cesó el encanto.

Así hay que contemplar, *mutatis mutandis*, y habida cuenta de la diferencia de «autores», la Sonata de Vinteuil cuyos efectos describe tan minuciosa como bellamente Marcel Proust, una vez como experimentados por Swann y otra por el mismo narrador de la novela.

Pero aun así contemplada la Sonata con su Septimio es algo nuevo en la Literatura.

Veamos, pues, como procede Proust. La forma subjetiva que ha adoptado para su narración le da cierto aire de *Memoria* por el estilo de las de Saint-Simon, de Rousseau, de Chateaubriand, a pesar de que su parentesco directo es con los Ensayos de Montaigne. Pero el *yo* que habla, con parecerse mucho al autor

que escribe, es también un personaje ideal, inventado por Proust, para el cual indudablemente ha posado, pero que tiene mucho de otros; en los últimos dos tomos de *Le Temps Retrouvé* se nota esto visiblemente, como en las figuras como la de Swann se advierten muchos trozos tomados de la propia vida y de la especial sensibilidad de Proust mismo. Así le vemos detallar, como de Swann la primera impresión producida por la Sonata, y que al hablar del Septimio le atribuye distraídamente al mismo yo en boca del cual se pone la narración entera de la obra.

Así sucede con la Sonata-Septimio de Vinteuil que Proust ha creado y que no ha existido en parte alguna fuera de su propia imaginación, ayudada como él dice en una carta a Lacretelle, por distintos y variados recuerdos de otras obras y quizá más que por ninguna, por la de Fauré, que parece ser una obra *Temas y variaciones*, que no conozco y que he visto citada en la primorosa novela de Lucie Delarue Mardrus, *A côté de l'amour*, pág. 185 de *Les Livres* de Junio de 1922. (Las primeras notas fueron para Antonino como un fuerte golpe asestado al pecho; anhelante escuchó el desarrollo de aquel gran gemido que sin duda constituye la obra maestra de Fauré.)

Continúa Malagarriga analizando técnicamente la Sonata de Vinteuil, hecha célebre por Proust, y al referirse a las relaciones del trabajo de Proust sobre su tema musical con el tiempo y el espacio, tema tan tratado por los críticos del autor francés, expone algunos conceptos que en sus partes más interesantes damos a continuación.

El tiempo y el espacio.—Los escritores que describen impresiones musicales tienden a expresarlas como revelaciones especiales: no así Proust.

De los cinco sentidos humanos los dos más nobles nos comunican (sino los crean), con el espacio y con el tiempo: para éste el oído, para aquél la vista.

La vista es para el espacio, aunque ella al mostrarnos las variaciones que en este sufren las cosas, nos dé ya nociones de tiempo; las Bellas Artes que en la vista se fundan, la Pintura, la Escultura y la Arquitectura, detienen el tiempo mismo: sus obras son instantáneas como si el tiempo no existiera para ellos: hasta cuando las dos primeras nos quieren dar impresiones de movimiento (la mal llamada *Ronda de noche*, en que Rembrandt nos presenta figuras que parecen adelantarse hacia nosotros; el *Laocoonte* del que Schopenhauer hasta cree oír el grito del padre infortunado) no alcanzan más que a sugerirnos una alteración temporal que la misma instantaneidad del momento elegido tiende a destruir.

El oído es quien más directamente nos señala el mudar de las cosas; el rumor del viento nos sugiere una idea del espacio no inerte e instantáneo sino en el cual las cosas se suceden; la palabra que oímos exige para su emisión como para ser oída una sucesión, y una de las dos Bellas Artes que por el sentido del oído—a veces interno—existen, la Literatura, no se nos ofrece sino en pleno movimiento, es decir, con impresiones sucesivas. En cuanto a la otra, la Música, es por definición conjunto de sucesiones; el ritmo musical es un continuo salto atrás que vuelve de lo pasado a llenar el momento presente, con lo cual su movimiento con ser literalmente sucesivo, trata con su retroceso y regreso de crear una segunda dimensión para el tiempo, que a pesar de que así la llamamos, y que el fenómeno de la regresión sólo se da en el espacio (y en éste ya no sólo con dos dimensiones sino con tres que permiten la superposición de líneas y de superficies y quién sabe si en una cuarta dimensión, la de

cuerpos) no nos da la impresión de instantaneidad, sino que nos obliga a movernos hacia adelante como tema general en el que ligeras variaciones hacia atrás nos convencen de que no podemos salir de la dirección hacia lo futuro (cuando en la relación especial podemos ir a la derecha o a la izquierda, hacia lo alto o lo bajo, siempre con la condición de no detenernos, sino de volver a lo instantáneo. La Mecánica y la Matemática en general se permiten librarse de esta última obligación, pero no son Bellas Artes).

Todo esto tiende a demostrar que la Música — se habla de la pura, sinfónica y derivados—, que es Arte temporal, no puede ser traducida en arte de espacio y que son vanas aunque pintorescas y de segunda categoría las tentativas de sugerir impresiones de paisajes aun sacudidos por la tempestad u ofreciendo perspectivas primaverales, lo mismo que describir escenas que llamaríamos exteriores. En cambio una sinfonía, una sonata describen muy en su punto, la impresión plácida o de terror que una tempestad o un jardín abandonado nos producen y no se diga de los movimientos del alma, ya sean los de una multitud clamorosa, ya el eterno diálogo del amado y de la amada, ya el dolor del desengaño o de lo irreparable.

Por esto los que nos describen una sinfonía, como si describieran un cuadro, no pueden traducir totalmente lo que el autor ha puesto en su obra. Proust nos presenta la Sonata de Vinteuil a través del al-

ma de Swann que ve en ella como un telón que se descorre para dejar ver espacios luminosos cuyos matices le deleitan, pero cuando se presenta el mismo caso oyente, esta vez del Septimio, aquella impresión casi teatral a fuerza de pictórica se transforma en otra también de espacio en que Proust se detiene complaciente hasta que aparece la honda y estridente interrogación del autor, del hombre en general, ante su propio destino y ya en este tren desaparecen los paisajes exteriores y los cuadros deslumbrantes para dar lugar a los análisis descriptivos de sentimientos más internos con prescindencia de lo que el sentido de la vista pudiera decirnos: cuando describe hacia el final del Septimio la lucha de los dos motivos, llega a presentarla como «cuerpo a cuerpo» de energías en que dos seres se enfrentan, desembarazados de cuerpo físico, de apariencia, y haciendo que el espectador prescinda de hombres y de lo particular para sólo interesarse en su combate inmaterial y dinámico y seguir con apasionamiento sus peripecias.

Como puede verse, la interpretación de Malagarriga es personal, y aunque su estudio es pequeño y revela ciertas influencias de los críticos de la obra proustiana, en especial de Leon Pierre Quint, se ve que el autor argentino ha estudiado la obra proustiana con entusiasmo. —*Ariel.*

